

AL DERECHO Y AL REVÉS

MARIANA VARGAS FETY

Trabajo de grado para optar al título de
Comunicadora Social-Periodista

Director:

Pedro Adrián Zuluaga

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE

ÉNFASIS EN PERIODISMO

BOGOTÁ, D.C.

2011

ARTÍCULO 23

DEL REGLAMENTO ACADÉMICO

“La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus tesis de grado. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales. Antes bien, se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

Bogotá, lunes 30 de mayo de 2011

Doctor José V. Arizmendi

Decano

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Pontificia Universidad Javeriana

Estimado Doctor:

En cumplimiento de los lineamientos de formalidad de la Facultad de Comunicación y Lenguaje, me complace presentar mi trabajo final de grado, para optar por el título de Comunicadora Social y Periodista, Proyecto de Tesis titulado *Al Derecho y al revés*. El proyecto de graduación referido desarrolla un perfil biográfico sobre la vida y la obra del fallecido arquitecto colombiano Hernando Vargas Rubiano.

Este proyecto de grado fue asesorado por el profesor y periodista Pedro Adrián Zuluaga.

Con el perfil biográfico del arquitecto Vargas Rubiano he pretendido que se valore nacionalmente el aporte profesional a la arquitectura y al urbanismo en Colombia así como destacar, dentro de un enfoque periodístico las muy variadas facetas de la creatividad de este arquitecto en otros campos diferentes al de su profesión.

Además, la misión de este trabajo es el de ofrecer elementos teóricos sobre el papel que desempeña el periodismo cultural y como se involucra con los géneros híbridos como el perfil, hay un proceso de realización de memoria dentro de la cultura colombiana.

Agradezco su atención,

Mariana Vargas Fety

C.C. 10.20.720.923, Bogotá.

Bogotá, mayo 27 de 2011

Señor:

José Vicente Arizmendi

Decano Académico

Facultad de Comunicación y Lenguaje

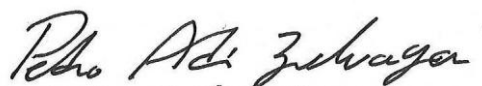
Pontificia Universidad Javeriana

Cordial saludo:

Me complace poner en consideración suya y de la Facultad el trabajo de grado “Al derecho y al revés”, realizado por la estudiante Mariana Vargas Fety, de la carrera de Comunicación Social, que contó con mi asesoría. Este trabajo desarrolla un perfil biográfico sobre el arquitecto Hernando Vargas Rubiano, a través del cual se arman como en un rompecabezas las piezas dispersas de la vida de un hombre excepcional y adelantado a su tiempo, que contribuyó con sus ideas y experimentos mucho más allá del campo restringido de la arquitectura.

Este trabajo, cuyo marco teórico brinda nociones sobre la idea de cultura, como algo dinámico y atravesado por la historia, y acerca de la construcción de perfiles biográficos, es un aporte a la memoria del país, al ubicar los aportes y el legado –atendido o no– de Vargas Rubiano al desarrollo del país. La estudiante, nieta de Vargas Rubiano, explora sus propias memorias familiares y las entrega a la sociedad, en tanto ellas revelan algunas claves para entender la Colombia actual.

Atentamente,



Pedro Adrián Zuluaga

Profesor

Facultad de Comunicación y Lenguaje

FORMATO **RESUMEN** DEL TRABAJO DE GRADO CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Este formato tiene por objeto recoger la información pertinente sobre los Trabajos de Grado que se presentan para sustentación, con el fin de contar con un material de consulta para profesores y estudiantes. Es indispensable que el Resumen contemple el mayor número de datos posibles en forma clara y concisa.

FICHA TÉCNICA DEL TRABAJO

Autor (es): Nombres y Apellidos completos en orden alfabético)

Nombre(s): Mariana

Apellido(s): Vargas Fety

Nombre(s):

Apellido(s):

Nombre(s):

Apellido(s):

Nombre(s):

Apellido(s):

Campo profesional: Periodismo

Asesor del Trabajo: Pedro Adrián Zuluaga

Título del Trabajo de Grado: Al derecho y al revés

Tema central: El componente teórico expone el enlace de periodismo y cultura, la crítica como género periodístico y la producción final es la realización de un perfil del difunto arquitecto Hernando Vargas Rubiano.

Subtemas afines: Cultura, periodismo cultural, arquitectura, géneros híbridos y el perfil biográfico del Arquitecto Hernando Vargas Rubiano.

Fecha de presentación: **Mes:** Mayo **Año:** 2011 **Páginas:** 143

II. RESEÑA DEL TRABAJO DE GRADO

1. Objetivo o propósito central del trabajo:

Hacer un perfil biográfico del arquitecto Hernando Vargas Rubiano.

Con este trabajo no sólo se recordará quien fue Hernando Vargas Rubiano y lo que hizo por su país, sino también resaltar la importancia de la arquitectura en el patrimonio colombiano, porque a medida que crecen las ciudades cambian sus ciudadanos y por ende es una ciencia que ha nacido para el bienestar del hombre.

El periodismo, la arquitectura y la memoria responden a las necesidades del hombre para que este viva en armonía con su entorno y pueda seguir adelante para construir un futuro, de manera que no se les puede calificar de ramas disparejas y opuestas sino que son complementarias.

2. Contenido (Transcriba el título de cada uno de los capítulos del Trabajo)

Definición y nociones de Cultura

El papel del Periodismo Cultural

Los Géneros Híbridos

Memoria y Arquitectura

Perfil Al derecho y al revés

1-Memorias de Tunja

2- El arquitecto Rampante

3- Vida en Bogotá

4- Inventos "Home made"

5- En compañía del riesgo

6- Piruetas en el aire

Conclusión

3. Autores principales (Breve descripción de los principales autores referenciados)

Talese, Gay. (2008) *Retratos y encuentro, una antología de Gay Talese*. Buenos Aires. Aguilar.

Tubau, I. (1992) *Teoría y práctica del periodismo cultural*. Editorial Paidós.

Rivera, J. (1995) *El periodismo cultural*, Buenos Aires. Editorial Paidós SAICF.

Vallejo Mejía, M. (2003). *La crítica literaria como género periodístico*. Navarra. EUNSA.

Arango, S. (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá. Centro Editorial y facultad de Artes Universidad Nacional de Colombia.

4. Conceptos clave (Enuncie de tres a seis conceptos clave que identifiquen el Trabajo).

Cultura, arquitectura, memoria, géneros híbridos, perfil biográfico.

5. Proceso metodológico. (Tipo de trabajo, procedimientos, herramientas empleadas para alcanzar el objetivo).

El diseño metodológico consiste en alcanzar los objetivos propuestos con entrevistas a profesores, colegas, amigos, familiares y contemporáneos de Hernando Vargas Rubiano. Asimismo, se cotejará y ampliará la información con libros, documentos y manuscritos

6. Reseña del Trabajo (Escriba dos o tres párrafos que, a su juicio, sintetizen el Trabajo).

La valoración de sus obras arquitectónicas desde el periodismo cultural, puesto que no hay una crítica propiamente dicha a la arquitectura como sucede con el cine, el arte, la fotografía y demás artes. La idea esencial es la de proponer unos parámetros de valoración a sus obras y traducirlas, por así decirlo, de un lenguaje técnico y de nicho, a un lenguaje más informal y neutro, entendible a las personas que no entienden de arquitectura.

Realmente, lo poco que circula sobre arquitectura aparte de Rogelio Salmona, tiene que ver más con el tema comercial y no con la esencia de la arquitectura propiamente dicha, la cual no es opuesta al arte o al urbanismo.

Como ya se mencionó, se complementan, y lo ideal es que el público no arquitecto debe entender que la ciudad y los ciudadanos se hacen de arquitectura, que es todo lo que vemos y está presente en cada instante de nuestras vidas solo que no reparan en ello.

III. PRODUCCIONES TÉCNICAS O MULTIMEDIALES

1. Formato (Video, material escrito, audio, multimedia).

--

2. Duración audiovisual (minutos):

Número de casetes de vídeo:	
Número de disquetes:	
Número de fotografías:	
Número de diapositivas:	

3. Material impreso Tipo: Monografía Teórica Número de páginas:

4. Descripción del contenido

Se tratará, en primera instancia, un estudio sobre el papel de la cultura y el periodismo cultural en la sociedad, Iso géneros híbridos como el perfil biográfico para más adelante enfocarnos en la vida y obra del fallecido arquitecto colombiano Hernando Vargas Rubiano quien entre muchas construcciones, se encargó de la realización del edificio UGI.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por supuesto. Es un homenaje al legado imborrable que el arquitecto Hernando Vargas Rubiano construyó y solidificó en cada uno de nosotros.

Por supuesto, gracias al profesor Pedro Adrián Zuluaga por su tiempo y dedicación, queda en la Universidad Javeriana constancia de esta Historia.

Y claro, a ti, Hernando Vargas Rubiano. No sólo hiciste de mi vida una aventura extraordinaria, sino que también, una obra de arte. Hoy más que nunca sé que estás conmigo.

Tabla de contenido

	Pag.
Introducción	14
Marco teórico	
Definición y nociones de Cultura.....	19
El papel del Periodismo Cultural.....	20
Los Géneros Híbridos.....	27
Memoria y Arquitectura.....	35
Perfil	
Al derecho y al revés.....	42
1-Memorias de Tunja.....	45
2- El arquitecto Rampante.....	57
3- Vida en Bogotá.....	76
4- Inventos “Home made”.....	83
5- En compañía del riesgo.....	99
6- Piruetas en el aire.....	109
Conclusiones	117
Bibliografía	121
Anexos	124

Introducción

“Lo que más me importa en este mundo es el proceso de creación. ¿Qué clase de misterio es ése que hace que el simple deseo de contar historias se convierta en una pasión, que un ser humano sea capaz de morir por ella; morir de hambre, frío o lo que sea, con tal de hacer una cosa que no se puede ver ni tocar y que, al fin y al cabo, si bien se mira, no sirve para nada?”

(Gabriel García Márquez, *Como se cuenta un cuento*, pp.12)

“Life is a journey, not a destination”

(Aerosmith)

En el fin está el comienzo. Al despertar de un sueño, comienza la incertidumbre, las preguntas, la curiosidad sobre lo que acaba de suceder y cómo. Es atrayente la manera en que deseamos armar las piezas de los rompecabezas bizarros con los cuales a veces logramos recordar lo que soñamos. Resulta imposible soñar sabiendo que se sueña. Siempre hay un después. Un luego. Un más tarde. Y nos preguntamos, ¿qué fue eso que soñé?

En la muerte no acaba la aventura, más bien hay una continuidad, pero de un modo que pocos logramos entender. Si existen personas enamoradas de la vida, de los retos, de lo impensable, no se cansan nunca, y ni siquiera la muerte les arrebatara ese deseo.

El abuelo yacía en la cama del hospital y yo sostenía su mano. La que temblaba era yo. Él, por el contrario, sonreía en silencio, irradiando sosiego. La máscara respiratoria no me impidió ver que me dirigía su última sonrisa. “-Para donde voy yo, esto no es el final. Es tan sólo la continuación de la aventura-”, parecía decir.

Silenciosamente, su vida se apagó. El sueño terminó. Y quedaron piezas. No sólo meros testimonios en un video, una grabadora, fotografías familiares o chistes durante los almuerzos domingueros. Imágenes. Sentimientos.

Sentí entonces que, como la nieta mayor del viajero que emprendió su último vuelo, a quien le gustaban los cuentos, debía armar esas piezas y esbozar un legado para que el mundo recordara al aventurero, al indomable, al imaginativo autor de la frase “el mundo es de los valientes.”

La frase favorita de Hernando Vargas Rubiano era aquella y la valentía consiste parcialmente en hacer memoria, algo que a varios les cuesta mucho trabajo urdir porque puede resultar doloroso, pero es un método para enfrentarnos a lo que tememos, para evitar cometer los mismos errores del pasado y que la historia deje de girar en una catastrófica rueda de la que no hay salida.

La memoria contribuye a re-definir a la sociedad y a sus habitantes, que bien que mal es la nuestra, la única que tenemos y de la cual podemos todos tomar las semillas para empezar a cosechar un mejor futuro. El destino de nuestro país no puede seguir recordando u olvidando según los intereses de algunos particulares miembros de una élite que paradójicamente son inferiores a la inmensa mayoría del país a quienes ellos mismos denominan “minorías”.

La Historia está escrita por los vencedores, desde una sola perspectiva y por ende, un gran número de voces se olvidan, a causa del inmenso poder que transmite el miedo. Si no recordamos para no repetir, estaremos cercenando las posibilidades de construcción de una Democracia y un país libre. Recordando nos acercaremos a la verdad y la verdad nos hará libres.

De manera que teniendo Hernando Vargas Rubiano un bajo perfil, poco se escribió sobre él y no siempre se le daba el crédito que merecía porque sus conocimientos aún perduran en campos como la arquitectura; por ello, vale la pena reescribir sobre él, rescatando archivos, memorias, testimonios, fotografías, crónicas de viaje y trabajos hechos por él y sobre él. De manera que en mi criterio, es valioso enlazar la memoria y un reportaje biográfico de este arquitecto, porque tanto la memoria y la arquitectura responden a necesidades de los humanos y por ende colaboran a que estos comprendan su situación y que mejoren en lugar de permanecer estáticos evitando cometer los mismos errores dentro de la sociedad que olvida.

Ahora bien, vale la pena que nos preguntemos lo siguiente, ¿qué es una sociedad sin memoria? En palabras de Jacques LeGoff la memoria “intenta preservar el pasado sólo para que le sea útil

al presente y a los tiempos venideros. Procuremos que la memoria colectiva sirva para la liberación de los hombres y no para su sometimiento”.

Ahora, la esencia de este trabajo será armar poco a poco la vida y obra de un arquitecto que fue testigo de su época y quien además fue el único abuelo a quien conocí. Hernando Vargas Rubiano dejó un legado imborrable no solo en el campo de la arquitectura, el urbanismo y la construcción en Colombia, sino también como ser humano, familiar y profesional, pero poco se escribió sobre él debido a la humildad y bajo perfil que quiso mantener. En su caso, un reportaje biográfico, un género fraternizado con el perfil, se basa en soportes como las fotografías, entrevistas y las herramientas más eficaces de autoanálisis: los diarios.

Este relato es importante para mí porque el ejercicio de la memoria colabora fervientemente a la reconstrucción del tejido social. Quienes recuerdan intentan preservar la identidad a la cual pertenecen; el recuerdo nos impide convertirnos en unos seres incompletos, vacíos, manipulables y sin pasado, inevitablemente condenados a repetir nuestra historia una y otra vez en un futuro lúgubre.

El gran problema de la memoria no es solo *cómo archivar* determinada información dentro de nuestro sistema neurológico, sino *cómo recordar*. Esto implica no el simple hecho de conmemorar sino desde *dónde* se recuerda y *quién recuerda* uno o varios acontecimientos. Los recuerdos están tapizados con los sentimientos de cada uno de los personajes que participan directa o indirectamente en un hecho significativo u ordinario.

Hernando Vargas Rubiano no sólo era un arquitecto, sino una persona fuera del molde convencional. Pienso que es relevante rescatar su memoria que es una huella imborrable e indispensable para todos los que lo conocimos.

Un ser humano que busca plasmar a otro en una simple hoja de papel, no es una tarea sencilla. Somos seres complejos, mutables, impredecibles y somos todos retratos de nuestro tiempo y espacio. Un personaje como Hernando Vargas Rubiano no puede limitarse a la descripción de “arqui-depor-violinista”. Es mucho más que eso.

El ejercicio del perfil consiste en separar cada capa del personaje. Desnudarlos, conocerlos, dibujarlos, recrearlos. Cuan más multifacético es éste, resulta más atrayente. No sólo la voz del mismo personaje sino cómo es visto, oído, tratado por otros.

La tarea es apasionante, porque quien la lleva a cabo se ve inmerso en el trabajo peculiar de “dibujar a un dibujante”, escuchar a un músico, construir a un arquitecto, y la lista sigue. Pero para ello se debe recoger cada pieza que su legado dejó. Es ahí fundamental recurrir al ejercicio del género periodístico que conocemos como el perfil. Con él se desarma al personaje en cuestión. Se le muestra en acciones, momentos, sentimientos para plasmar instantes quizá nunca antes vistos por los que lo conocieron o bien los que desearon poder hacerlo. Una vez desarmado el individuo a tratar, o, en el caso del arquitecto, retratar pieza por pieza, las fibras se van uniendo. A final, tejiendo un telar multicolor del personaje, una historia viviente la cual vale la pena oír y conocer.

Escribo este perfil biográfico a manera de una memoria póstuma, y mi visión quizá no sea la más objetiva. Mientras plasmaba mis sentimientos y recuerdos en hojas de papel, pasaba horas en la biblioteca familiar en busca de libros, y me topaba con fotos que no había visto nunca, o cuando realizaba mis entrevistas a parientes y cercanos a Hernando Vargas, me di cuenta poco a poco que estaba tejiendo no sólo la historia de mi abuelo sino la mía, o parte de ella.

Por medio de las voces de otras personas logré un esbozo de aquel patriarca con el que cada domingo teníamos nuestras *chocolate parties* después de un almuerzo muy al estilo payanés, con tazas de humeante chocolate caliente, pandeyucas, ponqué de vainilla, habas (las predilectas de mi abuelo) y partidas de dominó. E historias, anécdotas, recuerdos de grandes hazañas.

Un verdadero trabajo en equipo, en familia, donde pudimos entender la satisfacción de hacer catarsis y memoria, términos que no se aplican mucho en Colombia y menos en planos como la Historia y la Arquitectura. Fue ahí que confirmé una vez más la veracidad de las palabras de Amparo Ibáñez, mi profesora de Historia Social de la Comunicación, en nuestra primera clase, el

primer día de la carrera y que no olvidaré jamás: “Un pueblo que no conoce su Historia está inevitablemente condenado a repetirla”.

Fueron 21 años de mi vida que pasé al lado de mi abuelo y aún así él terminó siendo toda una caja de sorpresas. Pasados unos meses de mi vigesimoprimer aniversario, su llama se apagó. Y de ahí en adelante, y mientras escribo estas palabras, confirmé que más de veinte años no bastaron para conocer plenamente cada faceta del padre de mi padre.

Esto me recuerda una escena muy conmovedora de una de mis películas predilectas, *Forrest Gump*, donde la madre moribunda del protagonista le enseña que “la vida es una caja de chocolates, y que uno nunca sabe qué va a obtener de ella”. La vida de Hernando Vargas es una pastelería completa de la cual se sustraen diferentes bizcochos, cada uno más asombroso que el anterior y me corresponde a mí como su nieta mayor impedir que su memoria y legado desaparezcan pues es muy poco lo que se ha escrito sobre él.

Me queda por decir, o más bien citar a Vladimir Nabokov: “Cuando más se ama un recuerdo, este más vivo y singular es.”

Marco teórico

Definiciones y nociones de cultura

Cultura. Existen innumerables definiciones de ella. En primera instancia, como en el caso de las industrias culturales, podemos nombrar con esta palabra toda dimensión donde se crean y recrean símbolos y signos de alguna civilización. En *Teoría y práctica del Periodismo Cultural*, Iván Tubau desmenuza el concepto de cultura, y aporta varios ejemplos y definiciones, como la del suplemento de la Gran Enciclopedia Larousse (1977). Dicho texto describe la cultura o la civilización, en palabras del antropólogo E. B Taylor, como “todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridas por el hombre en cuanto miembro de la sociedad” (Tubau, p. 56).

La cultura puede ser también el conglomerado de todas las manifestaciones sociales o bien las producciones individuales de las personas como lo son la música, la pintura, la danza, el teatro, entre muchas más. También, es la forma en cómo los seres humanos se relacionan entre sí.

También podemos definir la cultura como un intercambio de bienes simbólicos como son los himnos nacionales, las banderas o un distintivo determinado: tomemos el ejemplo de las estampillas con la cara de un rey o un afiche de un héroe (¿o villano?) como el “Che” Guevara. A partir de estos símbolos y signos, se van configurando ideas y sentimientos con los cuales toda una nación, o bien un grupo pequeño, como una secta, se identifican.

Por ejemplo, ¿qué era la esvástica para los miembros del partido nazi? Un símbolo, o más bien, *su símbolo* de libertad, y de la “superioridad” de la raza aria, y la representación de la unidad del pueblo alemán con su líder, el Fuhrer. En la Alemania nazi se exaltaban los valores propuestos por Hitler, gracias a Joseph Goebbels, su director de campaña y de propaganda, para que una frase o una imagen condensara la “nacionalidad” y sirviera para rechazar a los grupos de “inferiores”.

La esvástica y la Alemania nazi fueron sinónimos. Aquella figura, resaltada con rojo y blanco, fue muy aclamada y se la veía por doquier: las banderas, los uniformes de los soldados, los carteles...Y hoy por hoy, es un signo tabú, que emana toda clase de sentimientos negativos que varían desde el odio, el miedo, el desprecio; se olvida que en otra cultura, la hindú, era todo lo contrario.

Lo cultural depende pues del valor que le atribuye una determinada sociedad.

El objetivo primordial de la cultura no es otro que el de la representación de lo social. Pero, será esta más rica si incluye no sólo una, sino varias voces y clases de representaciones, que abarquen distintos grupos sociales y lenguajes en lugar de invisibilizarlos o atacarlos.

De una imagen, pues, se derivaron sentimientos de respeto con los que se lograron cosas increíbles...y terribles. De hecho, la esvástica no creó meros seguidores, sino fanáticos. Y todo por la efectividad de la emisión y recepción del mensaje de la “pureza” que comunicaba este símbolo.

¿Qué significa alzar los hombros o las cejas, cruzar la pierna, guiñar un ojo? En algunos países pueden significar desde sorpresa, exaltación, confusión, asombro, coquetería, camaradería o bien, por otro lado, expresión de mal gusto o de pésima educación. Recordemos que un signo es comunicable a medida que es socialmente aceptado y luego, aplicado. La propaganda es efectiva si ésta es aceptada por los sujetos sociales al sentirse plenamente identificados.

Un signo varía según el contexto (el tiempo y espacio) en el que viven los individuos dentro de un determinado país. Que un símbolo o signo cree un número considerable de seguidores y fanáticos depende de factores como la religión, la política, el género y ahora, la fuerte presencia de las tecnologías y las redes sociales.

El papel del Periodismo cultural

El hombre no puede vivir en calma sin estar enterado. Frente a esto, Bill Kovach y Tom Rosenstiel en *Los elementos del periodismo* explican que:

Los historiadores (...) han llegado a la conclusión de que las características que hacen que un hecho sea noticiable se han mantenido constantes a lo largo del tiempo.

[...] Las noticias satisfacen un impulso básico del hombre. (...) Conocer lo que no podemos ver con nuestros propios ojos nos proporciona seguridad, poder y confianza. (p. 13)

Lo anterior es una muestra de lo que los dos autores denominan el “Instinto de estar informado”, donde todos los que habitan dentro de una comunidad manifiestan un impulso incontrolable de tener a su alcance el conocimiento de lo que sucede a su alrededor, tanto dentro como fuera del marco socio-cultural en el que se desenvuelven.

Compartir un descubrimiento resulta emocionante. Iniciamos relaciones, establecemos amistades, o valoramos a otras personas basándonos en parte en si el otro reacciona ante una información concreta del mismo modo que nosotros.

[...] Necesitamos información para vivir la vida que nos es propia, para protegernos, para establecer vínculos, para identificar amigos y enemigos. El periodismo no es más que el sistema que la sociedad ha creado para suministrarnos esa información. (p. 14)

Ahora, ¿qué sucede cuando esas vías de transmisión de relatos e información se interrumpen? Los habitantes de la comunidad se sienten intranquilos y perdidos, pues es como si se les arrebatara los ojos y los oídos.

Iván Tubau en su *Teoría y práctica del Periodismo Cultural* cita a André Fontaine, redactor del diario francés *Le Monde*, quien, sobre el tema de la cultura y el periodismo opina que la primera muchas veces está quedando limitada a una sola palabra, el espectáculo. Y es más que eso.

Históricamente debemos remontarnos a la aparición del personaje encargado de contar historias, que empezó recorriendo cada pueblo y narrando las novedades que sucedían por fuera del entorno familiar de quienes lo escuchaban. Y adquirió más y más fuerza. Pero lo anterior fue todo

un proceso, y como señalan Bill Kovach y Tom Rosenstiel, fue gracias a la cultura oral que se cruzó una larga senda hasta lo que hoy denominamos prensa. Veamos:

En la Baja Edad Media las noticias se transmitían en forma de canciones y relatos, de baladas noticieras que entonaban los juglares errantes.

Lo que podríamos considerar periodismo moderno comenzó a principios del siglo XVII. Surgió literalmente a partir de las conversaciones que se mantenían en lugares públicos, sobre todo en los cafés de Inglaterra y, algo más tarde, en los pubs –o *publik houses*– de Estados Unidos. En este país, los propietarios de esos establecimientos –*publicans*– preguntaban a los viajeros qué habían visto y oído en sus andanzas y les animaban a registrarlo en cuadernos que colocaban al extremo de las barras. En Inglaterra los cafés se especializaban en un tipo de información concreto. Los primeros periódicos nacieron a partir del intercambio de noticias que se producía en estos locales y, ya en 1609, algunos impresores comenzaron a recoger los chismes sociales, las discusiones políticas y las novedades que traían los marineros y a imprimirlos en papel. (p. 30)

Ahora bien, el periodista ha empezado a ser no sólo un contador de historias y hechos verídicos, sino un partícipe de ellos, y entre sus funciones sociales, está el hacer de una especie de puente conector entre el público y los hechos acontecidos bien sea en la actualidad o en el pasado. Esto último quiere decir que además de recolectar datos y transmitirlos a los escuchas lectores o espectadores, se encarga de orientarlos y generan así una subjetividad y opinión con respecto a un tema en específico.

Bill Kovach y Tom Rosenstiel sostienen que hoy en día ningún individuo social es ajeno a la información que circula imparable en todas las formas; me refiero a los nuevos medios de comunicación:

Y pese a que la rapidez, las técnicas y el carácter de los medios de información han cambiado, existen ya una teoría y una filosofía de la información muy definidas que surgen de la función que desempeñan las noticias.

El propósito principal del periodismo es proporcionar a los ciudadanos la información que necesitan para ser libres y capaces de gobernarse a sí mismos.

Los medios informativos nos ayudan a definir la comunidad y a elaborar un lenguaje y un conocimiento compartido, basados en la realidad. El periodismo también contribuye a identificar los objetivos de una comunidad y reconocer a sus héroes y villanos. (p.24)

MaryLuz Vallejo en *La crítica literaria como género periodístico* resalta la importancia de esta clase de periodistas:

La prensa cultural puede crear nuevos códigos, hablar con un lenguaje propio y, sobretodo, hacer una interpretación crítica de la realidad. El periodista cultural deja de jugar el despreocupado papel de “correa transmisora” y asume su compromiso de orientar y formar a los lectores que tienen necesidades e intereses culturales diversos. Su empeño será el de acercarlos a los hechos culturales, insertos en la vida cotidiana, desterrando así la imagen de la cultura cubierta con un manto de solemnidad, sólo comprensible para los iniciados. (p. 18)

Es en el siglo XIX, con las ideas de cultura general y de Bellas Artes, empieza a consolidarse una noción del crítico de arte y de cómo es posible una educación de un público frente a temas como la cultura. Aquí, los medios de comunicación tienen una misión muy importante que desempeñar. Si la cultura es un hecho histórico que está mediado por las formas de ordenar la realidad, los periodistas son los encargados de “editar” y regular los determinados temas que la componen.

Según Charles Dickens, autor de *Oliver Twist* e *Historia de dos ciudades*, los primeros años de la Revolución Industrial fueron “La época de la sabiduría y la locura, de la luz y de la oscuridad, donde teníamos todo y nada delante de nuestros ojos”. Aquel contexto contradictorio, de desigualdades socio económicas, fue el escenario de creación de grandes obras maestras en el campo de la pintura y la arquitectura y de consolidación de las grandes capitales en el mundo europeo.

En ese contexto, la concepción que se tenía de la persona culta o “cultivada” era la de quien conocía parcialmente de retórica, historia, política, arte, religión, y manifestaba un gusto por la música clásica y el dominio de lenguas como el griego y el latín.

También en siglo XIX sobrevivía aún de la cultura griega el gusto por la belleza y la noción de la genialidad, la inspiración y el orden de las cosas. El genio era el personaje que lograba desempeñar su talento no solo en un área sino en muchas. Además de lo anterior, el artista era aquella figura que tenía la facultad de producir cosas únicas y excepcionales.

Se retoma también el concepto de que lo bello estaba asociado a lo bueno. Y fue el filósofo Kierkegaard quien separó dos grandes bloques: lo bueno, es decir, lo ético, y lo bello, o estético. Partiendo de lo anterior, se puede afirmar que el siglo XIX fue la época de las Bellas Artes y en donde los críticos consolidaron su papel de guías.

Los críticos de arte desempeñaron un papel clave a la hora de ser puentes conectores entre la obra de arte, las instituciones -museos, galerías- y el público. La palabra crítica proviene del vocablo griego *kritikós* el cual se refiere a la capacidad de discernir, entender, descifrar, profundizar y juzgar sobre determinada temática. El primero en mencionar la noción de crítica en el campo de las artes fue Aristóteles cuando hablaba de la *estimatío* o valoración de la obra.

La *estimatío* aristotélica se refiere a la escogencia que hace el crítico de la obra teniendo en cuenta los criterios de gramática, ética, literatura, o bien el conocimiento especializado de la materia a evaluar. Una crítica es una formulación o bien positiva o negativa y actualmente va estrechamente ligada a la cultura y al periodismo cultural, pues este último incluye entre sus procedimientos habituales el análisis y la argumentación sobre elementos positivos y negativos de una obra específica.

La crítica es un arte relativo y complejo y siempre genera discusión en torno a la obra artística que se encarga de juzgar y traducir al público. La crítica no es una verdad absoluta y en ella entra a participar el gusto del propio crítico, de forma que su profesión es de las más difíciles que existen.

El papel del crítico no fue muy respetado en la antigüedad, como sí lo fue en el Romanticismo. La antipatía y concepto negativo hacia la crítica existían porque artes como la pintura, la escultura, la arquitectura, la música o la poesía eran casi divinizadas debido a que en ellas se desplegaba el genio creador, mientras que un crítico era visto como un individuo que tan solo se limitaba a juzgar lo que observaba. Puede decirse, de modo irónico, que se le hacía una crítica a la propia crítica.

Para Raurich, al no haber un público que mire o comprenda la obra, ésta se desvanece o pierde su razón de ser. Según Hegel, la función del crítico era la de “mostrar la pluralidad de vínculos que se anudan en la obra, descifrar el símbolo. Hacer ver cómo y por qué este sentido ha pasado a la obra, se ha encarnado en ella.” (citado en Raurich, p. 32)

Los grandes y más reconocidos artistas, como planteó Raurich “¿no han sido a la vez los más grandes inquietos e insatisfechos de la propia obra, no han sido los más grandes críticos? Piénsese en un Leonardo de Vinci (...) En el doloroso proceso de su conciencia crítica, antes de emprender sus obras, durante el trabajo en ellas, después de haberlas abandonado, más que por considerarlas concluidas, por las exigencias de otras empresas, vivía obsesionado por lo que emprendía, por lo que estaba haciendo, por lo que había hecho.” (1965, p. 25)

El crítico es alguien que da su opinión personal frente a un tema, pero antes que nada su voz tiene peso porque es este un especialista en el tema en cuestión. Su voz tiene la misión de analizar un tema o varios de una misma corriente y su visión orienta el pensamiento de un público sobre las características cualitativas de una tendencia.

La crítica como un género periodístico cultural orienta e informa a los lectores sobre una serie de acontecimientos relacionados con la cultura. La labor del periodista crítico es controvertida porque opera desde un campo de la subjetividad y del gusto, donde juega la opinión personal un papel importante y su visión sirve como guía. El crítico trabaja en todos los géneros conocidos del periodismo como entrevistas, reseñas culturales, reportajes y columnas de opinión donde también se despliega un amplio abanico de posibilidades donde los diferentes puntos de vista se contraponen.

Ahora bien, no existe una crítica completamente transparente, pues sería entrar a la discusión de la absoluta imparcialidad del periodismo o de cualquier profesión. La crítica debemos entenderla a grandes rasgos como un conector entre el artista con su público, pero que parte siempre del nivel cultural del crítico y de la manera como escribe.

Un factor importante en la valorización de una obra es el contexto: las circunstancias bajo las cuales el autor llevó a cabo su labor son determinantes y el crítico como el público deben entenderlo. De ahí ellos juzgarán y concebirán su propio análisis.

Como escribió Maryluz Vallejo, cuando se habla de un periodismo especializado cultural, este es el que “ejerce la labor de crítica como un nuevo género (...) porque informar sobre el arte es otra forma de hacer arte. De ahí que deba explorar las posibilidades del lenguaje, abandonado el tono erudito y la retórica artificial, para difundir la cultura con un lenguaje directo, natural y sugestivo que conquiste a la audiencia”. (p. 20)

Y la función del crítico tiene valor no porque califica la obra en sí misma por ser estética, sino por el mensaje que ella busca transmitir y por la fuerza con que lo hace. En lo esencial, el crítico debe “buscar el equilibrio entre la crítica esteticista que califica los valores formales y la crítica humanizante que resalta sus ideas, verdades y valores como reflejo de la realidad.” (Vallejo, p. 26)

Lo que preocupa en el periodismo cultural es la banalidad y poca profundidad. Esto sucede por dos posibles motivos, o bien la falta de formación o por la tan altamente cuestionada alianza entre la economía y el periodismo. Si nos centramos en los grandes medios, podemos ver que hay una alianza a menudo criticada por los estándares de calidad periodísticos: los conflictos de intereses generados por las diversas maneras de pensar del periodista y de la empresa.

Hoy por hoy con respecto a algunas corrientes culturales del periodismo, ciertas empresas de medios no comparten que la información a transmitir al público es ciento por ciento compuesta por gamas y manifestaciones culturales que difieren de la rama de la cultura que conocemos como el entretenimiento. En estos casos, la información más valiosa es la que vende, sin importar si informa o no al público, o si lo cualifica.

Empresas editoriales y periodísticas están desbordando el compromiso social del periodismo para adaptarse a las lógicas del mercado, que muchas veces se ocupan más de *vender* que de *informar*.

Los géneros híbridos o emparentados

¿Qué exploraron los periodistas en géneros como la biografía, el perfil y la semblanza? El biógrafo se vale de memorias del personaje, para contar a los lectores la importancia del mismo, de su legado a la humanidad. La biografía de ciertos hombres y mujeres enriquece la historia de un país como Colombia, dentro del cual es tan difícil recordar debido a las lagunas derivadas quizá de los largos periodos de violencia que han marcado nuestra vida política.

El biografiado bien puede ser un ilustre ejemplo de la sociedad a lo largo de varias generaciones, que ha fragmentado las barreras que dividen lo posible de lo imposible y que ha dedicado su vida y obra para la mejora de una nación en constante construcción. La biografía en su estilo literario cuenta la historia del personaje.

La biografía representa un arduo trabajo de constante seguimiento a aquel hombre o mujer que se haya destacado entre sus pares, porque contribuir a forjar a su patria, a su manera, su estilo y desde su perspectiva. Maneja lo que conocemos como la Historia Personal y ha resultado fundamental a la hora de hacer un ejercicio de memoria para el futuro de un país. Su relato se constituye en una vida que desea recordarse.

El perfil es un género híbrido en el cual se buscan distintas voces que hablan sobre el personaje. Es un género narrativo, que combina lo informativo, pero que no deja de lado la faceta humana. Se informa quién es el personaje, se menciona su obra y se presenta un instante muy emotivo, conmovedor y sobretodo, revelador para quien lo lee. Se puede decir que es un hijo de la biografía; están estrechamente emparentados porque el personaje perfilado y entrevistado hace un préstamo de su vida para la Historia.

El perfil es en palabras de John Lee Anderson “el arte de dibujar con palabras a una persona”. No importa cuántas veces se haya retratado a la persona, siempre hay un aspecto que no se ha revelado.

Así, el perfil se presenta de manera sugestiva y cuestiona o bien afirma los estereotipos o rumores bajo los cuales se suele representar un personaje. Tomemos el ejemplo de una celebridad, a quien

se le “desarma” para llegar a su parte más inocente, su humanidad, que es ignorada por mucha gente y que no es un simple objeto de entretenimiento.

Se puede decir que el perfil es un arte propio del “re-conocimiento del otro”, que puede ser un personaje que goza de mucha o por el contrario, ninguna popularidad, como en el caso de Pinochet, personaje no muy querido actualmente pero al cual un perfil le puede encontrar “rasgos amables” para que el lector decida si se familiariza con él. Tomemos por ejemplo el perfil “El dictador”, escrito por John Lee Anderson:

“-Sólo he sido un aspirante a dictador- dijo el general Augusto Pinochet (...) El tiempo ha ablandado la expresión facial de dureza que era tradicional en Pinochet. En su cara hay ahora más sonrisas que ceños y ya no se pone las siniestras gafas oscuras que solía llevar. Ahora parece un abuelo bondadoso. (...) Otras cosas, sin embargo, no han cambiado. Su expresión sigue siendo inescrutable. Su cara es ancha, sus ojos pequeños y azul claro, su mirada fría y astuta.”(1998, p.83)

Por medio del perfil, el autor logra sacar, reafirmar o negar un prejuicio que pesa sobre un personaje, o por otro lado, resaltar un momento clave que lo define. Se cuenta simplemente lo que el lector no sabe. Mostrando cómo actúa, el autor puede establecer un vínculo de proximidad o lejanía con el personaje. Uno de los grandes periodistas, Gay Talese, transformó al coloso de la música norteamericana, al incomparable Frank Sinatra, en un ser humano y por ello su historia fue aclamada como la mejor historia jamás publicada en la revista *Esquire*:

“-Si no la veo todos los días, la extraño... Cielos, que emoción, cada vez que la beso... -

Mientras Sinatra cantaba estas palabras, y por más que en el pasado las había cantado una y mil veces, a todos allí se les hizo patente que algo muy especial debía de estar sucediéndose dentro del personaje, porque algo muy especial salía de él. Con o sin gripe, cantaba con fuerza y calidez; se abandonaba y su arrogancia pública se había esfumado; el lado íntimo estaba en esta canción sobre la chica que, se dice, lo comprende mejor que nadie y es la única persona delante de la cual él puede ser como es con todo desparpajo”. (2003, p. 46)

Ahora bien, se puede recurrir al elemento de la recreación literaria de escenas sin violar la veracidad periodística. Con esto hay que tener especial cuidado, entrevistar a muchas fuentes,

contrastar versiones y si no se conoce personalmente al personaje se puede recurrir a pasajes literarios para una recreación de su vida. El narrador es una instancia textual y del discurso, no puede jugarse equivocadamente su talento para que le llamen “mentiroso”.

Ni en la biografía ni en el perfil debe haber una opinión valorativa por parte del autor porque esto resultará editorializante y se juega la credibilidad. Es el lector quien tiene la última palabra y hará sus conclusiones personales con respecto al personaje.

Hay en el caso de Colombia, un memorable retrato de un héroe caído. Con maestría inigualable Alberto Salcedo Ramos toca el punto más débil y humano del invencible Kid Pambelé:

“En la cuadra siguiente nos tropezamos con un hombre que, al reconocerlo, le tiró un gancho suave en el estómago. De pronto, los pasajeros de un bus estacionado en el frente, empezaron a llamarlo a gritos:

-¡Adiós, campeón!

-¡Campeónnn!

Pambelé hizo la “v” de la victoria con la mano izquierda, aparentemente despreocupado por establecer de dónde venían los gritos. Sonrió, tocó la cabeza de un niño que venía en un coche. Entonces tuve la impresión de que ya no avanzaba a pie sino encaramado en lo más alto del camión de los bomberos, donde jamás de los jamases volvería a alcanzarlo la derrota. Lo vi desamparado en su quimera, pero dispuesto a defender hasta el final el único trono que le queda.” (2008, p. 234)

Un buen retrato se consigue complementar con detalles del personaje, como sus diarios personales o de viajes, cartas, recortes de prensa, libros, voces de familiares, colegas, amigos o inclusive enemigos. Todo, utilizando tiempos y espacios determinados.

A diferencia de la biografía, la cual además tiene una mayor extensión, el perfil se centra en dos o tres momentos y dimensiones humanas del personaje, que bien pueden ser personales, sociales o muy coyunturales como un día de trabajo, pero a través de los cuales se muestre una faceta que antes no se conocía de él. Así, se permite que el lector saque conclusiones propias del personaje.

En pocas palabras, se podría decir que un perfil es una fotografía con palabras. Un momento especialmente humano que revela toda una vida y contexto dentro de un ser humano, logrado transmitir, por ejemplo, un breve encuentro (o bien varios) entre el personaje y su entrevistador.

Frente a los encuentros que se realizan entre el entrevistador y el entrevistado, Larissa Macfarquhar expone una postura interesante en *El perfil del New Yorker: la gente y los lugares*:

Lo primero es que si estamos ante una especie de historia de amor. Al menos en lo que me concierne. Incluso antes de conocer a mis perfilados, me sumerjo por completo en su trabajo. Si son escritores, leo todo lo que han escrito. Si hacen películas, veo todas sus películas. Intento descubrir lo que pueda sobre ellos. Leo todo lo que se ha escrito sobre ellos. Poco a poco me obsesiono genuinamente (...) una vez que empiezas a pasar tiempo con ellos, encuentro que, como cuando estás enamorada de alguien, cada aspecto de su presencia física despierta tu intenso interés.” (p. 42)

Si el perfil es el primer paso que nos conduce al delicado camino de la elaboración de un relato de vida, ese paso debe ser fuertemente respaldado por varias luces, quiero decir, voces, con las cuales se iluminará el lugar más recóndito y profundo de un personaje. Es un ejercicio de exploración, de ardua reportería, pero lo más importante de este trabajo es el de callar y de aprender a escuchar. Es una labor donde se entremezclan los cinco sentidos, el sentido común y la pasión.

¿De qué sirve ser periodista si no se sabe oír u observar? Hay veces que el solo talento de la escritura y de la agilidad para abordar un personaje, bien sea un anónimo o un gran héroe no bastan. El trabajo del perfil es tan valioso porque se puede, de un modo mágico, adentrarse en el universo del entrevistado. No solo se le escucha, no solo se le mira, sino que se comparten sus penas, sus risas, gustos y se siente con la piel del otro.

Danilo Moreno, en una relatoría escogida que hizo sobre John Lee Anderson, maestro del periodismo estadounidense, durante un taller de perfiles para la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano en la capital argentina en 2005, manifestó que con talento y sobretodo, convicción, el periodista logrará no sólo un gran interés en la historia de la fuente, sino una sensibilización con el individuo a retratar:

Con seguridad, implícitamente, se le podrán transmitir al lector todas las razones internas que existieron para hacer el perfil. Se le podrán contar, tácitamente, las obsesiones que estuvieron detrás de la historia. Hacer un perfil sobre alguien que no nos interesa puede conducir con una probabilidad muy alta al error. En definitiva, para Anderson, hacer un perfil es un trabajo artesanal que revela los diferentes aspectos del protagonista, para lograrlo el periodista debe compenetrarse con su personaje, ir tras las fibras interiores, utilizar la intuición para leer en los signos los aspectos más relevantes. Salir de las rutinas periodísticas para aventurarse a la travesía de cada una de las historias que, sin duda, generará su propia dinámica. Buscar ritmos y tonos narrativos. Crear atmósferas, composiciones literarias, que ayuden a que los lectores vean escenas en movimiento con precisión. Un perfil puede ser una herramienta para develar aspectos negativos de personajes históricos. Sirve para denunciar. Pero, ante todo, un perfil busca pintar con palabras a una persona (2005).

Es importante, a la hora de ejercer la responsabilidad de plasmar la vida de otro, de un desconocido al que poco a poco se conoce, tener tres palabras: Interés, intuición e imaginación. La primera desde luego abarca el placer de escuchar a otro, una historia verídica, humana que tiene un inicio, nudo y desenlace y que puede sorprender y enamorar tanto al periodista como al lector.

La segunda, como dijo Danilo Moreno “la que permite *leer* aquello que conduce a encontrar algo revelador en la historia. La intuición da la capacidad de ingresar por esas pequeñas ventanas que se abren sólo en un instante, durante los encuentros con la persona o en la búsqueda por establecer puntos en torno al perfilado. ‘Uno debe adquirir un séptimo sentido, saber leer los signos que se están lanzando desde el inconsciente’” (2005).

La tercera puede ser arma de doble filo, pues el periodista no miente nunca, no debe hacerlo, pero con un toque mágico debe saber conducir el hilo narrativo al punto que no sólo esté contando un relato verdadero sino que encante leerlo, que se pueda percibir con más de un signo sensorial. Con mucha imaginación y sensibilidad el escribiente se adentra en el universo del perfilado y logrará transmitirlo al público.

Entre más voces participen en la elaboración de un perfil biográfico, mejor. Corroborando la postura de Moreno:

Un perfil busca que múltiples voces ayuden a descifrar al personaje. Se convierte en una herramienta con la que se pueden explorar, a través del protagonista, temas históricos, sociales o políticos, cruciales para entender el mundo contemporáneo. (2005)

El problema es que, en nuestro país, este género ha mutado con el paso del tiempo hasta tornarse en lo que se conocen como las biografías no autorizadas, hijas de la cultura *light* que tienen poco contenido literario y periodístico y se guían por los parámetros del mercado o los “Best-sellers”.

Por ejemplo, puesto que están de moda las narco novelas y amores de bandidos con reinas, la obra de Virginia Vallejo *Amando a Pablo, odiando a Escobar* o bien los testimonios de personas huídas o liberadas después de un secuestro evidenciando verdades irrelevantes como en el caso del libro sobre Ingrid Betancourt y la forma en cómo se marchitó su matrimonio con Carlos Lecompte, son pruebas claras de esa banalización. La línea que divide al entretenimiento con la cultura se quiebra con facilidad y la única lealtad que tiene el periodista es con sus lectores, se debe a ellos.

Otro ejemplo de lo anterior lo ponen Bill Kovach y Tom Rosenstiel con respecto al irresistible atractivo del *infotainment*:

Bárbara Walters, una de las presentadoras más célebres de ABC News, miró a los ojos de la joven con estudiada simpatía.

-¿Te besó?- preguntó.

-Sí- contestó Mónica Lewinsky.

-¿Qué pensaste?- dijo Walters, con la mirada de una madre cariñosa que no pudiera ocultar su emoción del todo.

-Besa muy bien.

-¿Te consideras una mujer sensual?

-Ajá.

-¿Apasionada?

-Sí.

-¿Y Bill Clinton? ¿Es un hombre apasionado?- Bárbara Walters se inclinó hacia la joven. Mónica Lewinsky se sonrojó. Barbara bromeó un poco y sólo entonces Monica respondió a la pregunta.

-Creo que es un hombre muy sensual con muchas sensaciones muy sensuales. Además, creo que tiene unas convicciones religiosas muy profundas y que se debate contra su sensualidad, porque yo creo que no cree que esté bien. Y además creo que intenta contenerse, pero no puede.

[...] Casi la mitad de la entrevista de dos horas que Barbara Walters hizo a Monica Lewinsky en ABC News versó sobre cuestiones tales como si el presidente besaba bien, si era un hombre sensual o si el peligro de que les descubrieran formaba parte de la motivación sexual de la pareja. Sólo en la segunda parte del programa se abordaron hechos –por lo demás de relevancia constitucional- tales como si Monica Lewinsky mintió al hacer su declaración jurada para proteger al presidente o si el presidente, a cambio, le consiguió un empleo.

Aquella entrevista-bombazo tan publicitada, en resumen, se ofreció al telespectador como “La historia de Monica”, lo cual, casualmente, coincidía con el título del libro que Monica Lewinsky deseaba promocionar mediante aquella entrevista. En este caso, un programa informativo no sólo hacía hincapié en el sexo y los sentimientos; además, se convertía en una modalidad de promoción comercial con intereses compartidos: la ABC utilizaba a Monica Lewinsky para aumentar su audiencia, y Monica Lewinsky utilizaba a la ABC para proteger su libro (p. 206-207).

“El perfil busca iluminar un lugar recóndito del personaje, busca develar lo que no se sabía y las contradicciones internas, ese lado de tinieblas que no se narró, sobre todo cuando se trata de una persona con cargo público o de poder, por la responsabilidad que eso conlleva”. Con estas palabras, se puede inferir que el perfil va más hacia lo oculto del personaje en cuestión porque se conocen aspectos importantes que enriquecen la historia y le permite al lector hacer un análisis del cómo y porqué de su conducta.

Veamos, por ejemplo, al Víctor Regino que dibuja magistralmente Alberto Salcedo Ramos en *Retrato de un perdedor*:

Regino luce pensativo con el boletín de notas en la mano. Triste, quizá. Dice entonces que lamenta no haber estudiado y confiesa que, en sus tiempos de boxeador activo, jamás revisó un contrato delante de los empresarios, porque le daba vergüenza revelar su analfabetismo. Siempre pedía que le dejaran llevar el documento para su casa, con el pretexto de que debía analizarlo con mucho cuidado. Después, por supuesto, acudía a alguien que supiera leer.

Mientras emprendemos el camino de vuelta hacia su casa, Regino dice que su hija Yoeris ya está lo suficientemente advertida acerca de los problemas que genera la falta de educación.

–Yo le digo que no se quede bruta como yo, porque los brutos se mueren muy rápido.

En principio, la sentencia de Regino se me antoja exagerada. Cuando se lo manifiesto se encoje de hombros, calla, y sigue avanzando con su tranco corto a través de la trocha llena de guijarros. De repente se detiene en seco. En 1982– dice, cabizbajo– su padre era mayordomo de una finca en Antioquia. En cierta ocasión, desesperado por una tos persistente que no lo dejaba dormir, se bebió a pico de botella medio frasco de pesticida, porque lo confundió con el expectorante de su patrón. Antes de amanecer, murió. Si su padre hubiera sabido leer–agrega Regino con la voz quebrada– a lo mejor estaría vivo todavía.

–¿No le digo que los brutos se mueren rápido? –me pregunta con una expresión que parece a medio camino entre el sarcasmo y el abatimiento. (p. 286-287)

El ejercicio del perfil permite que no solo el interlocutor sino el lector entiendan las gamas de la personalidad de la fuente. El porqué de muchas de sus acciones. Salcedo Ramos entremezcla la psicología de Regino no como un perdedor, sino como un alma que lucha intensa e incansable hacia la conquista, pero no exactamente en el ring. Es un luchador por la vida, no por el oro de las medallas y que intenta que su retoño no se desvíe de la senda.

John Lee Anderson descifró la personalidad del Che Guevara, y asimismo, la de la Revolución cubana del 59, porque permitió entender el contexto en que vivían el líder y el pueblo cubano. Es decir, no solo se revelan rasgos de la personalidad del individuo, sino sus procesos, conflictos internos y evolución.

Pero también, más allá de las acciones de un personaje, del contexto en el que nació, creció y se hizo conocer, son los detalles pequeños los que pueden volverlo llamativo y cautivador. Un buen perfil es aquel que consigue despertar emociones en el lector, y es por eso que requiere no sólo de una buena estructuración periodística, de una extensa labor de reportería, sino de un uso de los cinco sentidos. Se calla y se aprende a escuchar. Se va desde lo complejo hasta lo simple, lo que pasa casi desapercibido a los ojos del lector común.

Sobre esos detalles pequeños pero sustanciosos que dan un alto nivel de humanidad al perfil que se desea esbozar, Danilo Moreno plantea: “Como una buena composición musical, [el perfil] debe utilizar muchos instrumentos que, puestos en escena al tiempo, logren revelar la

profundidad del perfilado. Debe tener una estructura que permita unir escenas en movimiento que puedan leerse de una manera integrada. Para conseguirlo, el periodista debe acudir a varias estrategias narrativas, fijarse en los detalles, pues por irrelevantes que parezcan, sumados, dan una idea del protagonista.” (2005)

Veamos un ejemplo que propone Gabriel García Márquez, en *el enigma del paraguas*, al concentrarse por ejemplo, no en un personaje importante sino en lo más simple:

El otro día, hojeando una revista Life, encontré una foto enorme. Es una foto del entierro de Hirohito. En ella aparece la nueva emperatriz, la esposa de Akihito. Está lloviendo. Al fondo, fuera de foco, se ven los guardas con impermeables blancos, y más al fondo la multitud con paraguas, periódicos y trapos en la cabeza; y en el centro de la foto, en un segundo plano, la emperatriz sola, muy delgada, totalmente vestida de negro y un paraguas negro. Vi aquella foto maravillosa y lo primero que me vino al corazón fue que allí había una historia. Una historia que, por supuesto, no es la de la muerte del emperador –la que está contando la foto-, sino otra: una historia de media hora, (...)

Por un momento me quedé únicamente con la imagen de la emperatriz bajo la lluvia, pero muy pronto la descarté también. Y entonces lo único que me quedó fue el paraguas. Estoy absolutamente convencido de que en ese paraguas hay una historia. (p. 13)

García Márquez se concentró en el paraguas de la dama japonesa, contrariamente al enjambre de fotógrafos y de los presentes en el funeral imperial. ¿Quién habría reparado en ese detalle tan simple? Más de uno estaba con la mirada fija en el último adiós al gobernador del país del sol naciente. Que tire la primera piedra quien no hubiera llenado páginas enteras relatando la muerte del soberano, o del aire lleno de misterio de la dama con su paraguas.

Memoria y arquitectura, respuestas a las necesidades humanas

El pasado es una concepción humana, y es entendido de modo genérico todos los hechos y acontecimientos que han transcurrido y modificado los procesos sociales los que configuran la sociedad actual. Siglos antes del nacimiento de Cristo, fueron los sofistas griegos quienes

plantearon que es el hombre la medida de todas las cosas, luego, es el hombre quien crea la historia y la memoria del entorno que le rodea. Este, a través de memorias, testimonios y hechos se abre paso por entre los capítulos del tiempo que transcurre sin poderse detener.

El hombre se vale del pasado para poderse conocer y definir como tal. Si hace una minuciosa retrospectiva de su pasado logra controlar su destino y crear un mejor futuro. El periodista y el historiador son quienes permiten que los hechos pasados se conozcan y, lo más importante, que no se olviden.

El problema de lo anterior es cuando no se separa la subjetividad del historiador-recopilador, quien muchas veces se encontrará entre la espada y la pared, es decir, comprometido política o personalmente con el relato. Y a lo largo de la historia del hombre se han hecho usos y abusos de la memoria.

Más que un simple proceso químico, la memoria es un ejercicio psíquico del cual se ha abusado para bien o para mal, y esto en muchas ocasiones confunde y desorienta a más de un individuo dentro de un marco social. Porque los recuerdos configuran el tejido social de la sociedad y por ende, del ciudadano mismo, permitiéndole configurarse como actor de los sucesos históricos.

La memoria, en palabras de Elizabeth Jelin, tiene la función de ser una respuesta inmediata ante cambios drásticos a vidas sin raíces, sin voces, con lagunas y vacíos culturales que no permiten entender el porqué de los acontecimientos. Como herramienta cultural, la cultura de la memoria consigue que los individuos fortalezcan sus sentidos de pertenencia y de identidad dentro de un marco social que olvida por temor o por indiferencia. Recordando, el hombre tiene mayor confianza en sí mismo y seguirá adelante con un futuro por construir sin discontinuar la historia.

La historia del hombre está firmemente ligada a su entorno, y esto involucra a la arquitectura. Bien lo dijo Hernando Vargas: “lo que una sociedad construye tiene mucho que ver con lo que una sociedad sueña”. Silvia Arango, en *Rogelio Salmona, Maestro de Arquitectura*, dice que la ciencia de edificar construcciones no es sólo un método, sino una pura vivencia de los cinco sentidos en la que el hombre se siente completamente involucrado:

La arquitectura es una cultura como tantas otras y, por lo tanto, en la formación del arquitecto es primordial el conocimiento de la historia y de la sociedad, que son la base de la vida.

[...] no es únicamente una herramienta funcional, debe resolver las necesidades habitacionales de la sociedad y así escribir su historia, pero también debe ir más allá y responder a los anhelos y esperanzas de la comunidad. (...) expresa nostalgias, sueños, descubrimientos, pasiones, ya que con ella se modifican la naturaleza y el lugar. (...) es, por tanto, un encuentro entre la razón, la poesía y la naturaleza. (p. 103)

Y más adelante señala que, en el caso de Colombia, todo arquitecto debe:

Entender sobre todas las clases sociales a las que se les está trabajando, y no únicamente a la que se pertenece, pues sin ese entendimiento no se podría dar una respuesta apropiada.

[...] leer entre otras muchas disciplinas: sociología, antropología, etnología. Igualmente, es vital identificar las características de las zonas donde vivimos o donde se van a realizar los proyectos, para tener claridad de las particularidades de cada lugar y cada espacio. (...) La historia y la geografía ayudan a caracterizar cada espacio, de lo contrario tendríamos un país donde todas las ciudades y las edificaciones serían iguales. (p. 104)

La memoria y la arquitectura, van tomadas de la mano porque construyen y moldean a una sociedad y a sus habitantes. Los individuos que están ligados a grupos familiares, sociales, laborales o a comunidades religiosas, étnicas, políticas u otras, narran sus vidas para ellos mismos o para las siguientes generaciones, con el fin de indagar sobre el porqué de su condición.

“La arquitectura es un cariz del espíritu” dijo alguna vez el arquitecto Le Corbusier, y antes que él, los taoístas afirmaban que las personas “modificamos el espacio para modificar nuestro destino”.

La arquitectura es, en definitiva, la ciencia y arte de diseñar y construir viviendas para el hombre. El término es genérico para casas, edificios, barrios, establecimientos. Hace siglos, el papel del arquitecto era encargarse de idear, diseñar y dirigir las construcciones de las viviendas, pero no se limitaba solo a las viviendas y a su organización interna como los muebles, mesas y dormitorios.

El afuera también requería de su ingenio y las plazas, parques, vías y caminos estaban también entre su gama de funciones.

Es preciso dar una pequeña vuelta a la página de la historia, a una de las más antiguas artes de la humanidad, con la que los orientales, más específicamente en China hallaron la forma de traducir el bienestar social del hombre a partir del entorno sensible más importante, la casa.

Para los chinos, el hogar era el reflejo de cada hombre. De hecho, existe un antiguo proverbio taoísta que dice: “Nuestra casa es una representación física de las fuerzas que operan en nuestro mundo interno.” Con lo anterior, querían resaltar la importancia de la habitación, pues en ella radicaba la recuperación de las energías, era en donde se descansaba y se desarrollaba la convivencia familiar.

La arquitectura diseña y construye cualquier edificio, parque, plaza, casa o una habitación. Se encarga de la creación y fundamentación del hábitat de los seres humanos, de sus interiores como también los exteriores de ese núcleo social habitacional. No obstante, el oficio del urbanista es quien planifica la ciudad. Juntos, el arquitecto y el urbanista posibilitan la existencia de mejoras para la salubridad, estética y mejora en la vivienda de las personas.

Nora Aristizábal, citando al propio Rogelio Salmona, corrobora la teoría que la arquitectura es una respuesta a la pregunta de las necesidades del colectivo, y que reúne una amplia gama de ciencias como la topología, geografía, la historia, el arte y que se logra con ella la evolución de una región donde convergen dinámicas socioculturales diversas:

La arquitectura crea habitabilidad, y por eso no es simplemente una máquina. Debe ir más allá de la funcionalidad, tiene que ser estimulante, rica en sensaciones y emociones.

[...] es condicionante de la existencia de hombres y mujeres, y cobija todas las actividades humanas. Sin ella no habría vida: (...) crea los lugares de infancia, donde se vive, se goza, se sufre y se habita. Como hábitat, condición esencial del ser humano, debe ser amplia, generosa y simple.

[...] significa agrupar y reunir. Además, es delicadeza y escrúpulo, lo que la lleva a convertirse en patrimonio y no en un mero hecho constructivo. (p. 65)

En la arquitectura, hay dos elementos que vale resaltar: utilidad y estética. Por un lado, el hombre empieza a comportarse como un creador de su propio mundo para vivir mejor:

“es un artesano y todo lo que ha adquirido y posee le es dado por gracia y añadidura de esa artesanía. Es esta capacidad de transformar la materia, de hacerla servir a sus fines (...) de liberarse de la fatalidad natural y de la inercia social, lo que lo diferencia de todos los restantes seres vivos...” (1965, p. 54)

Hugo Mondragón López, en su tesis publicada en “*Arquitectura con A mayúscula*”, titulada “*Arquitectura en Colombia 1946-1951, lecturas críticas de la revista Proa*” sostiene que la posibilidad de la construcción en Colombia se relacionaba mucho con la proximidad geográfica y por ende, con la noción de unidad nacional. En las cartografías de la época de la colonización española

“se mostraba una espacialidad caracterizada por la dispersión de núcleos urbanos que carecían de vías que los intercomunicaran, o que, en el mejor de los casos, estaban conectados, por caminos primitivos, rudimentarios y peligrosos

[...] Si por una parte es justamente esta accidentada topografía la que convierte a Colombia en un territorio inmensamente rico y privilegiado desde el punto de vista natural, por otra, habían sido precisamente estas mismas condiciones geográficas, las que se convirtieron- según la versión de Proa- en el más grande obstáculo para el surgimiento de una

mayor y más importante civilización (que), si no ha alcanzado grados mayores se debe a factores que (...) pueden resumirse a uno: dificultad en los transportes (...) (Mondragón, 2003)

Partiendo de lo anterior, la evolución de la arquitectura en nuestro país se debió mucho a un tema que interesó mucho a Vargas Rubiano, que eran las vías de comunicación, estrechamente relacionadas con la geografía y territorios nacionales. Las distancias marcaron fuertemente el urbanismo e identidad de los colombianos y fue un problema que los arquitectos de entonces hasta Vargas comenzaron a pensar y profundizar.

Silvia Arango en *Historia de la arquitectura en Colombia* resalta la importancia de la influencia extranjera en la arquitectura colombiana, que en los años treinta se denominaba moderna:

La noción moderna de vivienda o de “hábitat” no respondió solamente a los lentos procesos sociales internos; la burguesía industrial internacional había creado esta tipología como respuesta a las formas de vida cotidiana que habían inducido los procesos de industrialización y urbanización del siglo XIX. La paulatina privatización y especialización de la casa como tal y de sus espacios interiores y la inserción de la ideología higienista son temas que han sido estudiados para la formación de la vivienda moderna en los países europeos” (Arango p.178)

Es en los años treinta que la vivienda se torna un verdadero problema social y la arquitectura en nuestro país es un eco del ambiente social y político que se vivía en tiempos del gobierno de López Pumarejo. En dicho gobierno, como explica Arango, se deja a un lado la incentivación de edificar monumentos como estatuas o edificios extremadamente lujosos para darle paso a la austeridad:

Salvo casos excepcionales, estos años (treinta) no dejaron edificios simbólicos y significativos que se constituyeran en hitos urbanos, y su mayor contribución se concentrará en los barrios residenciales, coherentes y amables, donde no se destacaba ninguna unidad arquitectónica.

[...] La situación económica, por su parte, había rebajado los ímpetus constructivos de la época de la danza de los millones. (p. 179)

Además de lo anterior, la arquitectura se empieza a consolidar como una profesión de reconocimiento social. Es entonces que las figuras extranjeras como Karl Brunner entran en escena como modelos de inspiración para jóvenes y pioneros de la profesión. Este maestro, como expone Arango, con respecto al adelanto en el progreso cívico de las localidades argumentaba que esta comprendía “el control de la construcción particular más sencilla y la coordinación de todas las actividades constructivas diarias que deciden la faz de una ciudad en el transcurso de los años” (p. 179)

Los problemas de la vivienda social fueron lo que marcaron a arquitectos como Hernando Vargas Rubiano que decidieron tomar cartas en el asunto, porque Vargas asoció el problema del desarrollo urbanístico con las distancias. A medida que el hombre se encuentra más o menos cerca consigue evolucionar.

La historia de un pueblo está consignada en su arquitectura. Y, como dijo Hernando Vargas Caicedo, “Lo que una sociedad construye tiene que ver con lo que una sociedad sueña”. No solo

refleja las problemáticas de su tiempo y de las personas que habitan la ciudad sino que es la manera en como suplir las necesidades del ser humano.

Como se verá en la historia de Hernando Vargas Rubiano y su legado en la arquitectura colombiana, el arquitecto como el artista deposita ingenio, sentimientos, su personalidad a una obra. Vargas se destacó porque se interesó en los procedimientos y no en los resultados como si la gran mayoría de profesiones.

Perfil

“Al derecho y al revés”

“Solo se necesita un cambio de perspectiva para alcanzar la verdad”

(Albert Pike, Masón)

"Ser arquiteto é uma delícia, porque o arquiteto trabalha com sonhos (...) Por isso é que a responsabilidade é grande, pois ninguém tem o direito de destruir os sonhos dos outros"

(Profº Cremonesi)

• • •

Hoy es martes 22 de febrero de 2011. Y son las 5:15 de la tarde cuando me siento a escribir estas palabras. Ayer habría sido el cumpleaños número noventa y cuatro del arquitecto Hernando Vargas Rubiano y es de elemental importancia cavilar mucho antes de esbozar la vida y la obra de una persona compleja, como profesional y como ser humano. Él mismo era un rompecabezas y cada charla con sus parientes o amigos es una pieza que se suma...de cada entrevista resulta un descubrimiento de la vida de aquel hombre, un Da Vinci criollo, un tunjano con alma llanera, que atraía y resolvía problemas.

Era muy generoso con sus ideas y a diferencia de muchos grandes genios prefirió mantenerse en la sombra, no atraer miradas ni aplausos. Su perfil bajo lo alejó de la fama; por eso quizás muchos colombianos han olvidado a aquel arquitecto que hizo tanto por ellos y que dibujaba una ciudad y un país mejor para todos. No fue un personaje de envidias: no las sentía y tampoco las

suscitaba. Más bien admiraba y se inspiraba en los grandes maestros. Tenía muy buena amistad con sus colegas, como Gabriel Serrano y el propio Rogelio Salmona.

Es difícil encasillarlo en una sola imagen y en un solo momento, pues él era multifacético y tenía diversas habilidades como también distintos intereses. Si alguna profesora o amiga de la primaria, en el Colegio Santa María, me preguntaba: “-Pero, ¿qué era lo que hacía tu abuelo? ¿Cuál era su profesión?-" dicha preguntaba me resultaba difícilísima, peor quizá que los exámenes de matemáticas. Yo podría contestar con otra pregunta igualmente compleja. ¿Qué *no* hacía?

Tenía mi abuelo un talento innato para armar y desarmar: el mismo infante que construía pajareras y casitas para los animales del campo, también las deconstruía. Su madre se enfadó mucho cuando desarmó el piano de la casa, pero él argumentó que deseaba ver “cómo funcionaba”. Sería este niño, admirador del chocolate, los deportes extremos y magnífico dibujante, quien se convertiría en el hombre que años más tarde se encargaría de levantar diversas edificaciones en Santafé de Bogotá, la ciudad que se recuperaba de sus temores y temblores, y de su apocalíptico destino.

El alma de Vargas era blanca y humilde, y como le recuerdan sus hijos, no tuvo conflictos con nadie; era más bien despreocupado y en cada problema o altercado veía una posible solución. Y una enseñanza.

. . .

Era un jueves en la tarde. Mi madre me llevaba a toda velocidad por la carrera Séptima. Era un día triste, muy gris y amenazaba con caer un aguacero, de esos que inundan Bogotá y le hacen pensar a algún turista extranjero que tendríamos que construir no Metro, sino muelle. “-¿A dónde vamos?-"inquirí con curiosidad. Claramente ella buscaba evadir el tráfico que amenazaba con formarse y llegar al destino con la mayor inmediatez posible. “-Ya te lo dije.-”respondió. “-A la clínica.-”

“-¿Otra vez?-" pregunté.

“-Sí-" la respuesta de mamá fue inmediata.

“-¿Por qué? Tengo parcial, no he estudiado...-”

“-Es tu abuelo. Se está muriendo.-”

No quise creerlo. No esta vez. El pronóstico de Hernando Vargas no era el mejor, pero no imaginamos que moriría tan pronto. En esa alocada carrera a contrarreloj fue que empecé a caer en cuenta de las preguntas que no le hice a mi abuelo, porque el hombre que alcancé a conocer ya estaba en su etapa terminal. Inquieto, curioso, como un niño para quien el encierro era un acto infame, pues no toleraba estar entre cuatro paredes.

Él fue siempre un alma libre; su cabeza nunca podía quedarse quieta. Le gustaba estar en movimiento, inventando, creando y haciendo funcionar las cosas. Resolver problemas, incógnitas y acertijos era una de sus habilidades. Se podría decir que el afuera era su hábitat natural, preferiblemente en contacto con la naturaleza. Pero un día, el reloj de la vida se detuvo. Su mente no podía dejar de moverse, pero su cuerpo se tornó más lento.

Su vida se apagó y ahí comenzaron las preguntas...

. . .

Armar y desarmar, piruetas, inventos alocados, viajes dentro y fuera de Colombia, Hernando Vargas Rubiano no solo fue un gran contador de historias sino que fue partícipe de ellas. Y además, su vida estuvo plasmada en su obra. Aquel niño inquieto que camino al colegio trepaba muros y saltaba por los tejados o corría con los brazos extendidos como si fuera una ave o un avión, se convirtió en el pionero que dejó una edificación, el UGI, construida al revés. Desde el proyecto se advirtió que habría riesgos, costos, y sobre todo, piruetas en el aire. Y esto último fue lo que alimentó la curiosidad de Vargas Rubiano y su pasión por lo que parecía imposible.

Su capacidad única y envidiable de crear resulta imborrable en nuestra memoria, pero también cómo podía convencer a los demás para que fuesen no sólo promotores, sino partícipes de sus construcciones. No las veía como un trabajo tedioso, difícil o costoso, sino como una aventura y qué mejor manera de vivirla que con sus allegados. Vivía en su mundo pero le encantaba compartirlo y gozarlo con su círculo social más próximo, la familia.

Y además, su vida estuvo plasmada en su obra. Sus construcciones, como él mismo, eran modernistas y fuera del molde, en el estricto sentido de la palabra.

• • •

I. Memorias de Tunja

Hernando Vargas Rubiano era hijo de Gonzalo Vargas Torres y Helena Rubiano Álvarez, y vivió con ellos en un vecindario tranquilo y amigable, rodeado de naturaleza en un clima frío que nunca dejó de gustarle. Desde niño soñó con tener su propia tierra y, manifestaba un enorme cariño a la vida al aire libre, lejos del encierro de la casa, donde podía divertirse y moverse a su antojo.

El niño inquieto preguntaba a toda hora no solo *por qué* funcionaban las cosas, sino *cómo*. Tenía una curiosidad insaciable y entre sus pasatiempos predilectos estaban las construcciones para animales de campo como conejos o para las aves. Le atrajeron los mecanismos complejos como las locomotoras, el vuelo de los aviones y los sistemas de navegación de los barcos, y él mismo esperó diseñar su propio artefacto que lo llevaría a surcar los cielos del país.

Carlos Eduardo Vargas Rubiano, su hermano, escribió una autobiografía titulada *Memorias con mi acordeón*, que consigna su vida como también el contexto colombiano con un toque de ironía y anécdotas “varguistas”; la mejor forma de describir a un miembro del clan Vargas era el de ser un testigo activo de su tiempo.

En uno de los pasajes de aquella obra, Carlos Eduardo dibuja un pasaje entorno al apellido Vargas:

“Cuando el Presidente Virgilio Barco Vargas me dijo que éramos parientes por lo Vargas, pues sus ancestros eran de Tunja, le manifesté mi contrariedad por no serlo, ya que mis Vargas provienen de Santander.

“Sin embargo, según el maestro Luis Alberto Acuña, vienen de don Juan de Vargas, escribano del Rey, quien llegó a Tunja procedente de la provincia de Vélez, Santander.(...) Valdría la pena que mi hermano Alfonso, historiador y médico, hiciera una investigación tan completa de nuestro apellido Vargas, como la que realizó en su famoso libro *De Andalucía a Boyacá*, en donde llegó a las raíces de nuestro apellido Torres.(...)

“Trajano Vargas Vicaría, mi abuelo nacido en Puente Nacional, fue un prestigioso abogado de El Rosario y magistrado del Tribunal de Santa Rosa de Viterbo durante muchos años. Allí conoció y se casó con doña Tulia Torres Solano, mi abuela paterna. Gonzalo Vargas Torres, mi padre, santarroseño de nacimiento, fue el segundo de sus ocho hijos.”

Hernando Vargas provenía pues de una familia muy tradicional de Tunja, y sin bien era consciente de ello, y de su trabajó con un gran número de artistas, intelectuales y maestros, tanto del campo de la arquitectura como del urbanismo y la ingeniería, nunca deseó alcanzar la fama, el lucro o una posición sobresaliente. Mantuvo los pies sobre la tierra pese a sus sueños de volar y permaneció atado a su familia y amigos que para él eran la base de todo su ser. Tanto, que resulta complicado hallar registros y huellas de su trabajo y participación en obras que contribuyeron enormemente al desarrollo social y urbanístico bogotano. Porque de Vargas mucho se habló, pero poco se escribió.

Una de sus enseñanzas más valiosas era que si los hombres no tienen sueños, se tornan seres vacíos y sin propósitos. Él habría dicho: “de que vale ser inteligente o exitoso sino se tienen sueños o metas por alcanzar”. Y a lo largo de su vida si bien cumplió la mayor parte de sus sueños y objetivos, lo que lo caracterizó fue su empeño y obsesión por nunca rendirse y por motivar a los que le seguían.

Su sobrino Guillermo Vargas Ayala lo recordó en su texto “El arquitecto y explorador”:

“De niño, al oír de ti o sobre las más variadas anécdotas, proyectos, realizaciones y aventuras yo no sabía muy bien en dónde ubicarte. Eras una mezcla de Tarzán, Papa Noel, Supermán, el Llanero Solitario y de un misterioso Jumbol cuyos ‘comics’ nunca conseguí (...)

que construía cárceles en museos, que realizaba azarosos viajes en su camioneta Ford 56 Azul, atravesando ríos, chucuas, y todo obstáculo por difícil que pareciera, que había diseñado y construido un estudio en su casa con escaleras de acceso que desaparecían por arte de un ingenioso mecanismo de su creación que impedía la inoportuna

invasión infantil, que construía edificios empezando por el techo y terminando por el primer piso, que había padecido un secuestro aéreo en Cuba, que dominaba la selva, los llanos (...)

Y atendía partos de vacas, dominaba la botánica, el tema de truchas, la agricultura –sus frutales–, que del mar hacía concreto marino, que diseñaba hama-carpas, y siloparks, que sembraba pinos en la Orinoquia-”

Él fue un ejemplo contemporáneo de hombres como Rousseau por su gran amor al exterior, al afuera; y por su sentido de visión política y poética y de hombre sensible con su entorno natural. El arquitecto no construía argumentos o lógicas aristotélicas, sino que más bien se guiaba por las formas de conocimiento intuitivo y sensible, por sus cinco sentidos y por la práctica, no por la academia.

Y su lógica la plasmaba en todos sus inventos, dibujos y edificaciones: su actitud psicológica era la de un deportista, del héroe contemporáneo que asume el riesgo, entregando lo mejor de sí para alcanzar el propósito.

Era un poco rebelde, de hecho esta era una característica de familia, porque el padre, Don Gonzalo Vargas Torres abandonó una causa para unirse a otra. Como esboza su hermano Carlos Eduardo: “Mi padre tuvo que interrumpir sus estudios de Derecho en Bogotá, para marchar a la guerra de los Mil Días. Fue capturado, llevado a Tunja y hecho prisionero durante varios meses. Lo dejaron salir al funeral de su ilustre padre. Con gran valor y dignidad, continuó desafiando al régimen del terror conservador que lo tenía preso, al acompañar el cortejo fúnebre con una banderita roja en su sombrero.”

Gonzalo Vargas, nacido en Santa Rosa de Viterbo el 29 de septiembre de 1880 vivió en carne propia uno de los conflictos más estremecedores de la historia colombiana. Era un joven estudiante de leyes, que se había unido a un pequeño pero intrépido grupo de universitarios que empuñaban la bandera y los ideales liberales. En pocos días fueron capturados en los alrededores de Pacho, una pequeña población de Cundinamarca. Tras ser detenidos los trasladaron al Panóptico de Tunja.

En 1902, al concluir la contienda fratricida, el clan Vargas Torres emigró a Tunja para radicarse definitivamente en procura de mejores condiciones de vida y de estudios. El pequeño grupo estaba compuesto por cinco hermanas y un dueto de hermanos más jóvenes. Gonzalo no contaba con los recursos económicos para realizar estudios universitarios, pues la huella de sangre y miedo ocasionado por la Guerra había afectado a diversos sectores de Colombia, y ellos eran una clara muestra de ello. De manera que ingresó a ejercer como funcionario en la burocracia departamental, más específicamente en el cargo de Dirección de la Imprenta. De ahí, sería Tesorero General y más tarde, el Gerente de la Empresa de Teléfonos.

Gonzalo, junto con Roberto Vargas Tamayo, fundaron y dirigieron un periódico pequeño llamado *El Esbozo*, lo que les permitió entablar amistad con el clan Santos. De hecho, un joven periodista llamado Enrique Santos Montejo, mejor conocido como *Calibán*, publicó en las Notas Sociales de su periódico *La Linterna*, el 27 de febrero de 1914, el casamiento del padre de Hernando Vargas con una dama que el destino se encargó de traer a sus brazos:

“Gonzalo Vargas Torres, inteligente y buen amigo nuestro, espíritu bien cultivado y uno de los jóvenes más distinguidos de esta sociedad, ha unido su suerte con la de la señorita Elena Rubiano, dama cuyas altísimas dotes de simpatía, nobleza y virtudes hacen de ella una de las personalidades más distinguidas entre el bello sexo tunjano, y por ende la digna compañera de Gonzalo. Así pues, no vacilamos en asegurar que el nuevo hogar fundado con tan buenos auspicios, irá viento en popa hacia la felicidad, que muy de corazón deseamos a la simpática pareja.”

De dicho matrimonio nacerían entonces, por orden de edades: Gonzalo Vargas, quien se destacaría en el plano de las leyes, pues se convertiría en magistrado de la Corte Suprema de Justicia; Hernando Vargas, arquitecto, inventor, deportista y viajero; Alfonso Vargas, médico especializado en pediatría y profesor de Medicina en la Universidad Nacional; Carlos Eduardo, el acordeonista, que además se destacó en el tiple, el piano y fue autor de varios libros entre los cuales el más conocido fue su biografía musical *Memorias con el acordeón*, y la única mujer, María Helena, quien además de realizar estudios de Filosofía en la Universidad Javeriana, también sintió amor por la música, y fue la inspiración de su hermano Carlos Eduardo por las piezas de piano que le obsequiaba.

Será en el inventor en quien nos enfocaremos de ahora en adelante.

• • •

“Un niño terremotado”

Las palabras proféticas del sacerdote Francisco Margallo y Duquesne, que hicieron temblar a los colombianos en el siglo XIX, anticiparon un sismo de tal magnitud que supuestamente echaría abajo a la orgullosa y aún incipiente Bogotá: “El 31 de agosto de un año que no diré, sucesivos terremotos destruirán a Santafé”.

Ante los constantes y fuertes temblores en la zona andina, los habitantes capitalinos recordaban la frase del sacerdote y sentían un temor inmenso. Cuando finalmente el gran sismo ocurrió, en 1917, el diario *El Tiempo* lo describió como: “En concepto de muchos, el más violento que se haya sentido en Bogotá”.

Ese año de 1917 fue memorable porque trajo consigo nueve días de temblores y daños terribles en la infraestructura capitalina. Las víctimas perecieron no sólo bajo los escombros de las casas, iglesias y residencias gubernamentales, sino también debido a ataques cardíacos. La Iglesia de San Ignacio y el claustro del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fueron de las edificaciones más afectadas por el sismo.

En febrero del mismo agitado año, en Tunja nació Hernando Vargas Rubiano, quien desde pequeño fue descrito por sus hermanos como “un niño terremotado”, travieso e incapaz de quedarse quieto o callado. Sin embargo, se hacía querer por todos y fue muy apegado a su familia. También hacía bromas en el colegio; por ejemplo, hacerle creer sucesos a sus compañeros, creando conmoción y desórdenes.

Y también, se hizo conocer desde muy pequeñito porque se encaramó en un pavo “para ver si conseguía volar”, una idea que no lo dejaba tranquilo y que decidió experimentarlo en carne propia. Con lo que no contaba era con la fuerza de la gravedad, naturalmente se cayó y se dio un

golpe muy fuerte en la cabeza haciendo que estuviera inconsciente varias horas. Pese a ello, el sueño de volar y de inventarse cosas no lo abandonó nunca y el peligro era el combustible que bombeaba sus sistemas. Ni siquiera los regaños de la madre lo detuvieron.

Cuando la mujer regresó a casa una tarde, más temprano de lo normal, encontró desarmado el piano de la familia. Se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

“-¡Dios mío, el piano! ¿Quién hizo esto?!”

Hernando estaba acostumbrado a las travesuras, y la cobardía le era impensable. Y además, había sido criado para nunca mentir, así que avanzó hacia su mamá:

“-He sido yo.”

“-Mijo, pero ¿por qué hiciste tal cosa?!”

“-Estaba investigando...”

“-¿Cómo que investigando? ¿No ves lo grave que es esto? ¡Desarmaste nuestro piano!-”

“-Es que quería ver cómo funciona.”

Su mamá estaba en verdad enojada y sorprendida. La idea que alguien hubiera tocado la reliquia familiar o al hubiera utilizado para un experimento de niños le resultó intolerable. Hernando dijo una frase que sus hermanos nunca olvidaron: “-Bueno, mamá, si me sigues regañando, no lo vuelvo a armar.”

Resulta curioso hacer un análisis de un arquitecto que de niño fue “terremotudo” y que más adelante se dedicó a construir, remodelar y adecuar los espacios en los que las personas viven y trabajan. Desde muy joven, al construir viviendas para animales pequeños de campo, manifestó amor al hogar, entorno social fundamental para el desarrollo del ser humano. Como muchos arquitectos, edificó viviendas e incluso su propia firma de constructores; él vivía todo intensamente porque cada experiencia la veía como una aventura, y cada meta propuesta conllevaba a otra.

Se valió de su ingenio para salvarse de uno que otro problema.

• • •

Los temblores fuertes eran muy frecuentes en la Tunja de los Vargas Rubiano. Y las personas, influenciadas fuertemente por el catolicismo invocaban a un santo en caso de una tormenta o un desastre natural. “-¡San Emigdio! ¡Líbranos del terremoto!-” era la frase, que como una fórmula mágica se repetía una y otra vez en caso de un fuertísimo temblor de tierra que interrumpía las actividades y jornadas habituales de los campesinos. Tras invocar al santo, corrían a buscar un posible escondrijo y armaban una considerable conmoción

El niño Hernando tenía unos diez años y con frecuencia se metía en atolladeros porque no estudiaba. Sucedió un día que, de camino al colegio, se encontró con un compañero que le igualó el paso.

“-Hola, Vargas-”

“-Buen día, Martínez.-”

“-¿Si estudió para ese examen de Religión?-"

“-¿Qué?-" Vargas estaba extrañadísimo.

“-El examen de hoy. Creo que va a estar muy difícil...mi mamá y mi abuela me tuvieron todo el sábado con la Biblia...-”

Vargas se llevó las manos a la boca. Había olvidado por completo el famoso examen de Religión, lo más parecido a la Inquisición Española de la época. Había estado todo el fin de semana diseñando y edificando casitas diminutas para los pájaros. Siempre llegaba a su casa con la ropa y las manos llenas de tierra y sus zapatos enfangados. Y mucho apetito, pues sus larguísimos proyectos, sus correrías por los jardines y sus encaramadas a los árboles al mejor estilo de Tarzán, lo desgastaban mucho.

Pero al llegar a la cocina del hogar paterno se desquitaba del hambre con banquetes personales muy calóricos en los que predominaba el sabor del chocolate, su eterno preferido. Podría decirse

que el joven futuro arquitecto estaba siempre empantanado y gozaba mucho con esto. Escapadas y escondidas eran sus otros *hobbies*. El contacto con la tierra y el agua, piezas de cada elemento de la naturaleza, lo ponían a trabajar durante horas, absorto en alguna creación.

Un pantano de Vargas, en estricto sentido de la palabra. Pero su mamá, Doña Helena, se enfurecía, porque no toleraba la más mínima partícula de polvo o grano de arena en el pasillo o cualquier espacio de la casa familiar. Así que, en el tiempo libre de Hernando parecía no haber espacio para las tareas del colegio. En su cabecita no había espacio para otra cosa que no fuesen sus aficiones.

Sin embargo, fue su ingenio, el mismo que le traía tantos problemas en casa, el que le salvó de un buen regaño por parte de los maestros. Vargas aceleró el paso hasta correr y llegar de primero al salón de clases. Se las ingenió para encontrar varias pitas y cuerdas muy delgadas, casi invisibles, como las telas de las arañas y ató a ellas varios objetos como cuadros y crucifijos. Concluyó su proyecto justo a tiempo, cuando la campana sonó y el océano de cabecitas se arrastró hacia el plantel y así, se distribuyó por los respectivos salones. En muchas de las caritas había miedo dibujado, pero sólo uno sonreía en silencio.

Al llegar el sacerdote encargado de dar la lección, ordenó a todos los niños ponerse en pie para iniciar otra jornada escolar con la oración del día. Y a continuación, mandó que abrieran los cuadernos y sacaran un pedazo de papel. El momento del examen había llegado. O eso se creía. Los cuadros y crucifijos comenzaron a agitarse al comienzo lentamente y luego más y más de prisa. Tanto así, que hubo exclamaciones de pavor y varios niños se pararon de los escritorios tumbando lápices y papeles.

“-¡San Emigdio!;Líbranos del terremoto!-” el grito se propagaba no en uno, sino en varios salones y tanto alumnos como maestros se vieron forzados a dejar los recintos para buscar las salidas. Era tal el miedo que nadie notó la gran sonrisa que Hernando Vargas tenía en su rostro y que era el único que no rezaba pidiéndole a Dios que cesara el temblor. Muy dentro de él, celebraba su pilatuna en una muda alegría.

• • •

Un arquitecto “enredado”

Los sueños de Vargas Rubiano iban más allá de la arquitectura. Eran proyectos que tenían que ver con la ingeniería, el transporte, el progreso, pero que al mismo tiempo no afectaran la naturaleza. Se decía que él estaba muy anticipado en este sentido, porque generalmente la idea de “construir” conlleva la destrucción de una parte del entorno, infelizmente la naturaleza, en el caso de grandes proyectos arquitectónicos.

Vargas Rubiano fue un viajero, eterno estudiante, compañero de viajes, inventor, deportista y arquitecto. Pero nunca dejó de ser un niño curioso e inquieto a quien cuando se le metía una idea en la cabeza “no había poder humano que se la sacará de allí”. Vargas Rubiano se convirtió en un complejo ser humano que nunca dejó de soñar con volar y de armar y desarmar una ciudad como Bogotá.

Es muy difícil encasillar a este hombre de múltiples habilidades y facetas tan diversas. Los seres humanos somos criaturas complejas, y nunca terminaremos de conocernos del todo, porque estamos en constante cambio.

Él siempre estaba hablando de energía eólica, y del mejor aprovechamiento de los recursos naturales. Agua, paneles solares, naturaleza, viajes, curiosos edificios. Todos esos sueños y proyectos lo desvelaban y permanecía ocupado. Todas las edificaciones y anécdotas inolvidables del arquitecto que nunca olvidó los sueños de niño, forman parte de un todo, de una mente prodigiosa que fue testigo de su propio tiempo pero que había decidido innovar y muy al estilo de Da Vinci, dio pasos avanzados en un contexto que poco sabía de esas maravillas.

Su hija mayor, Leticia, lo recuerda como un conservacionista intuitivo, que se anticipó muchísimas décadas a lo que hoy en día se está viviendo y desarrollando en el mundo. En realidad, “desarmar” a un arquitecto como Vargas Rubiano es complejo, diría que resulta mejor el término “armar” o unir las piezas que lo componían. A fin de cuentas resulta difícil dibujar un

perfil y rescatar las memorias de una persona que podía ser distraída; por fortuna sus cercanos conservan con fervor las anotaciones que él hacía devotamente al emprender y concluir una hazaña.

Era altamente creativo y se volvía obsesivo con un proyecto cuando éste pasaba por su mente. Y tanto, que involucraba a su familia y amigos a participar. Fue partidario de los gremios, no solo para realizar los sueños que tanto le inquietaban y obsesionaban sino para mantener unida a su familia, a quien nunca dejó de manifestarle su cariño.

Fue una persona a la que le gustaba mucho agremiarse pero no en el sentido político sino para poner un grano de arena en el desarrollo del país. A la hora de fundar o unirse a un gremio, no solo lo hacía en un sentido laboral o con el ánimo de lucrarse. Vargas cultivaba amistades, era experto en ello y le gustaba mucho aprender de otras personas que tenían los mismos intereses que él.

Aún en sus años adultos Vargas Rubiano recordó con orgullo y gratitud su tierra, donde se manifestó su interés por la vivienda y la forma en cómo esta se construía. Vargas Rubiano era un personaje muy creativo y además de arquitecto era una especie de genio a quien “le fascinaba inventarse cosas”, como decía Leticia, su hija mayor. Y además, hacía que sus amigos y parientes participaran en esas ideas. Mezclaba la arquitectura con los inventos, porque la capacidad de hacer cosas nunca antes vistas era una característica suya que no le dejaba tranquilo y no le permitía descansar hasta verlas realizadas.

Desde el colegio en el que estudió, el Colegio de Tunja (fundado por el mismísimo General Santander), creó su propio gremio con un grupo de amigos, la RED -Reunión Estudiantil Dinámica-. Las amistades “enredadas” prosiguieron a lo largo de sus vidas. Vargas, a diferencia de Mark Zuckerberg, creó no un sistema para agregar contactos a una lista, y ensancharla hasta llegar al millón de amigos. Esta “red social” tenía como regla, curiosamente, la abolición de todas las reglas y protocolos que tanto le aburrían al joven estudiante.

La RED quería reivindicar los derechos estudiantiles de una manera más liberal, y una vez “conectados” sin un lugar fijo, sin estatutos, cuotas o un logo que los identificase, realizaban

tertulias, reuniones informales, carentes de todo rastro de compromisos, lejos de estatutos “ladrilludos” o normas, que a Vargas le aburrían tanto.

Para conmemorar la primera década de esta singular agrupación, uno de sus miembros, Guillermo Duque Lleras, conocido como “enredado”, publicó el 10 de junio de 1945, en lo que puede conocerse como “acta de la reunión interna” de la RED:

“Hace diez años, se fundó la agrupación que se bautizó entonces Reunión Estudiantil Dinámica, y hasta hoy se ha venido llamando por sus iniciales, es decir, RED.

Hoy día, el grupo aún subsiste pero ocurre que ninguno de sus componentes es ya estudiante. En tales condiciones, en la reunión celebrada esta noche se llegó a establecer, de acuerdo con los rasgos personales y las actuales ocupaciones, que RED tiene una significación distinta para cada uno de los asociados así:

Alberto Hernández Mora.....“Repartir Empleos Dudosos”
Octavio Mendoza..... “Reorganizar Empresas Desviroladas”
Alfonso Vargas.....“Reclamándolo Están Delvalle”
Próspero Morales..... “Reproducir Encuestas Díotros”
Carlos Arturo Torres..... “Recibirá El Deshaucio”
Doctor Meléndez..... “Reconstruye Encéfalos Dañados”
Álvaro Castellanos..... “Retirado E Destituido”
Chepe Esguerra..... “Reducido E Diminuto”
Octavio Torres..... “Respetable Entre Damas”
Carlos E. Vargas..... “Record En Deudas”
Hernando Vargas..... “Reconstruye, Edifica, Dibuja”
Jorge Reyes..... “Revivir Expedientes Dormidos”
Pacho Tafur..... “Regio En Décimas”

Rafael Mendoza..... “Rascado Es Díscolo”
Guillermo Duque“Revisa Energías Débiles”
GustavoRomero.....“Representante EnDecadencia”
Gabriel Solano.....“Reclamado En Duitama”

“-Era una pandilla. Cada quien tenía su alias acorde con su profesión o intereses-” intervengo.

“-Papá era muy mamagallista-” cuenta José Vargas. “-Eso de las juntas directivas o hermandades secas, frías, donde se rascan temas de política, problemas económicos o donde se excluía a la gente de escasos recursos de verdad le parecía insoportable. Lo que le gustaba era el arte de conversar, de pasarla rico. ¿Qué mejor para él, sino una asociación no oficial, con unos tragos de chocolate caliente, una canasta de bocadillos y el calor de la amistad?-”

“-El abuelo no estaba tan lejos entonces de concebir la idea de una “red social” de la época.-”

“-Sin duda, pero una red muy especial, porque no buscaba más y más adeptos, era más...como decirlo, una orden.-”

Antes de morir Vargas, la RED tenía 65 años de vida, y los adeptos se continuaban reuniendo, como siempre lo hicieron desde adolescentes. Ya adultos se reunían cada viernes en la tarde para almorzar. Era un grupo de amigos que se habían conectado de una manera muy especial y que si hubiesen tenido el acceso a alguna red social de las de ahora, seguramente se habrían interconectado también.

De hecho, aún hoy, los descendientes del clan Vargas Rubiano se las ingeniaron para unificar a todo el batallón de nietos, sobrinos, primos que se expandieron por países como Estados Unidos e Inglaterra, por medio del grupo “Vargas net”, que cuenta también con una red social, el “Vargasnet en Facebook”.

• • •

II. El arquitecto Rampante

Hay una imagen de Vargas Rubiano que no se olvida fácilmente y que Leticia Vargas captó con su celular. Era una soleada tarde, quizá un sábado, unos meses antes de su muerte. El arquitecto descansaba en un sofá de la sala de estar de su hija. Hacía calor y el hombre dormía apaciblemente después de leer un grueso libro. No estaba solo.

Dodi, el enorme gato tabby color naranja rojizo de más de diez años, se había trepado mansamente y se aferraba al pecho del durmiente, contagiado del silencio soporífero. No había poder humano que lo retirara de allí; el felino permanecía con sus uñas enganchadas al suéter de lana de Vargas Rubiano y ambos soñaban en una mezcla de suaves ronquidos y ronroneos.

Con nadie más el gato naranja habría tenido tan noble y cariñosos gestos, afirma Leticia. Los dos aventureros descansaban plácidamente y tenían derecho a hacerlo; habían visto y cometido mucho a lo largo de sus vidas.

Hernando Vargas Rubiano siempre creyó que la historia de cada hombre estaba asociada con el entorno en que se desenvuelve. Sin ese entorno, a la vez permanente y cambiante, quizá no habríamos evolucionado y seríamos aún seres nómadas. Desde que existen las concepciones de entorno y hogar, el hombre es un ser social que se diferencia de los animales por sus habilidades para modificar el espacio en el que mora de acuerdo con sus necesidades.

El hombre es un ser que nunca está satisfecho, y por ello está todo el tiempo generando ideas para el cambio, para avanzar y no permanecer en el mismo estado; es por ello que ha experimentado (y ocasionado) tantos cambios, tanto naturales como sociales.

En la obra de Ítalo Calvino llamada *El Barón rampante*, se narra la historia de un personaje que se sube a un árbol y que nunca jamás se vuelve a bajar; se queda viviendo en las copas de los árboles porque desde ahí puede contemplar el mundo de una forma diferente.

Hernando fue un hombre de una visión diferente a la de los demás urbanistas del país, y todos sus hijos concuerdan con que era el tipo de persona que siempre estaba atenta a cómo podría mejorar las cosas, innovar un artefacto ya existente y acomodarlo a las necesidades del hombre sin que le costara mucho.

Lo importante era nunca dejar de soñar y dar rienda suelta a la imaginación para el bien del ser humano, y esa es básicamente la función del arquitecto: elaborar un plano y luego hacer de éste una edificación real que mejore las condiciones de vida de las personas con las que compartían su entorno. Hernando Vargas compartía sus ideas e inventos con el núcleo social más próximo a él: su familia, su esposa Rosita y sus cuatro hijos Leticia, Hernando, José y Cecilia. La mayor sonríe ante el recuerdo de una escalera que “mágicamente” permitía que su padre desapareciera y tuviera más privacidad cuando se enfrascaba en su trabajo:

“-Yo fui la primera, digamos que tuve ese privilegio de haber compartido con él la idea de haber resuelto el asunto de la escalera; es algo que no se me olvida. Tenía con él una persona muy talentosa que fue quien le ayudó a desarrollar todos esos inventos que tenían que ver con materiales metálicos; ese hombre era Vicente Chávez. Él era de esos viejos artesanos bogotanos de un talento innato que le interpretaba muy bien las ideas como aquella de la chimenea de nuestra sala. Era muy bella y además rotaba sobre su eje; era una escultura, prácticamente.”

Además de viajes y artefactos extraños, Vargas Rubiano siempre quiso volar y quizá por eso se involucró con la aviación. De hecho viajó en globo con sus nietos mayores Juan Ramón y Antonio Pinyol Vargas y les diseñó varios artefactos voladores, inspirados en el Gossamer y el Zeppelin, invento que jamás dejó de fascinarlo.

“Él gozaba mucho de los procesos con sus ideas y sus inventos y tenía definitivamente algo de ingeniero en ese sentido: del gusto por la invención, la mecánica y todo esto y desde luego por la aviación.

“Cuando era niño, en unas vacaciones en Boyacá, en la finca de algunos parientes, había un pavo. Y ese pavo estaba encaramado no sé bien si en un techo o en un árbol. Mi papá entonces se subió

y montó en el pavo pretendiendo volar porque siempre tuvo esa afición. Naturalmente se cayó, sufrió un golpe en la cabeza y estuvo privado varias horas. Él era muy inquieto, y esa obsesión por volar, por estar en las alturas, no la abandonó nunca.”

Cuentan sus hermanos que cuando se iba al colegio, en Tunja, no se iba por la calle, se iba por los tejados. Y como las casas de Tunja eran de dos pisos, y de tejas de barro españolas, una vez se resbaló y fue a dar al patio del Doctor Otálora. Y también casi se mata. Menos mal que estaban haciendo una obra y había un montículo de arena y afortunadamente cayó ahí y eso le amortiguó el golpe. Pero él no veía peligro en nada. No veía el peligro, o lo atraía.

“Cuando éramos adolescentes desarrolló el diseño de una bicicleta voladora. Es más, intentó hacer un prototipo: compró una bicicleta muy ligera, y el armazón de las alas y todo el fuselaje. Lo armó todo en la terraza de la casa nuestra. Naturalmente mi mamá estaba preocupadísima porque eso era un sueño que él tenía pero era impensable.

“Años más tarde, cuando hubo el vuelo de una especie de bicicleta voladora sobre el Canal de la Mancha, para él fue una cosa asombrosa y que lo dejó fascinado. Obviamente había sido con unas tecnologías, unos productos y materiales desarrollados súper ligeros y súper livianos con un respaldo de investigación a bordo muy grande. Pero todo eso a él lo maravillaba”, responde Leticia ante la pregunta de algún experimento de su padre que haya recordado toda su vida, y que podría haberse desarrollado.

Los amigos y vecinos de los niños Vargas se rascaban la cabeza cuando pasaban por esa casa particular, en el barrio El Chicó: ahí arriba, en el techo, trabajaba el padre de familia en su extraño invento que tantas noches le había quitado el sueño y que no descansó hasta hacerlo realidad. Sin embargo, Vargas no estaba solo, porque la labor del inventor es ardua a la hora de traducir una idea única de la cabeza y plasmarla en papel y lápiz. Se necesita de la colaboración de un genio en el arte de los materiales.

“Tenía a su gran amigo el ingeniero y calculista Guillermo González Zuleta, que además era aviador y era como un sabio, pero por otro lado era muy despistado y distraído con las cosas terrenales. Y con él se escapaban a volar. Y volaban en planeador y en avioneta. Y esto era a

escondidas de mi mamá porque ella era muy nerviosa y sufría muchísimo con esas aficiones de mi papá, ella se ponía muy inquieta. Pero a él le fascinaba. Yo asocio esa fascinación de mi papá con el hecho de ver el mundo desde otra perspectiva. La afición de estar en el vuelo, de estar en el aire siempre lo asombró. El aire le atraía de una forma incuestionable.”

. . .

De Humboldt al llanero solitario

La naturaleza era algo que él amaba realmente y por ello se encontraba ciertamente a gusto en el campo. Un autor que leía y releía con deleite era Humboldt, personaje que visitó América en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX. Pasó por el Orinoco y por amplios sectores de Colombia y Venezuela. Fue modelo para Vargas Rubiano, quien por mucho tiempo soñó con poder diseñar y construir unos canales, puentes e interconexiones que facilitarían las travesías y transportes fluviales.

No solo los paisajes le resultaban fascinantes, sino también los mapas. Él mismo diseñaba algunos y pasaba horas en su escritorio elaborando recorridos para la conexión entre ciudades, porque siempre creyó que el transporte va ligado al progreso y mejor vivir del ser humano.

Leticia recuerda, con una discreta sonrisa: “se la pasaba con los atlas y los mapas. Si él hubiera tenido acceso al Google Earth eso hubiera sido para él una cosa mágica. Incluso el Twitter.

“Él se la pasaba haciendo proyectos de canales, de cables aéreos...y en la finca, en Vanguardia (Meta, Villavicencio), yo creo que hace más de 35 años, voluntariamente no quiso instalar la luz eléctrica, sino que por muchísimos años tuvimos en vez de eso, paneles de luz solar cuando todo eso era todavía una rareza.”

La vinculación al campo fue en verdad muy importante en la historia de los Vargas, pues el arquitecto Hernando desde que comenzó a acometer sus primeras obras, más concretamente, la construcción de viviendas pequeñas, se ahorró un dinero y lo invirtió en la compra de dos fincas en los llanos.

“-Mi papá estaba fuertemente influenciado por el llano, desde muy pequeño, cuando hizo su famoso recorrido desde Sogamoso a pie hasta Yopal, ida y vuelta, con otros compañeros del Colegio de Boyacá. Lo fascinó por su horizonte, su tamaño-”, cuenta Hernando hijo. Vargas es definido por su hijo mayor como un explorador, de la vida, de la obras. Y el llano fue en cierta manera la pista de despegue que abrió su abanico de sentidos e ideas y lo decidió a vincularse de lleno al campo, sin tener muchos conocimientos de los negocios agropecuarios. Pero decidió explorarlos por sí mismo e implementarlos.

El llano no solo era un lugar hermoso y tranquilo. Ahí compartía las más inolvidables experiencias con su esposa Rosita, a quien llevaba a pasear por largas horas. Escuchaban el canto de las chicharras, los diversos trinos de los pájaros, contemplaban los colores del crepúsculo y se deleitaban con la ternera a la llanera.

“Otra cosa con la que papá gozaba mucho era el tema del agua: de cómo llevarla y de cómo realizar mecanismos para que el agua fuera circulante en la piscina de la finca en Vanguardia, y que no se enlodara cuando llovía. Entonces inventó un mecanismo que consistía en que, apenas cayeran las primeras gotas de agua, se cerraba el acceso de agua a la piscina y el agua de lluvia se iba por otros lados para que el agua de la piscina permaneciera limpia.”

También soñaba con el cable aéreo, con el cual se facilitaría el transporte de materiales hasta países vecinos como Brasil.

Amó el llano colombiano, epicentro de muchos de sus proyectos tanto personales como profesionales. Gran parte del potencial del arquitecto tunjano se desplegó gracias a su pasión por los llanos, ricos en materia prima para sus inventos y planes para el desarrollo y la vivienda. De hecho, en una ocasión dijo que se debía efectuar una construcción de un túnel en la cordillera y que este unificara Bogotá con los llanos, algo que aún se debate. El arquitecto se anticipó mucho en cuanto a construcciones e infraestructuras que algunos rechazaban por parecer “arriesgadas y costosas”.

El propio Hernando Vargas contaba que en una excursión de su colegio de Tunja, cuando tenía unos once años de edad, conoció aquellos paisajes que literalmente cambiaron su vida para

siempre. Él vio algo en esos lugares y tierras desconocidas que lo capturó toda su vida y consagraría más adelante su vida profesional y personal a ese paraíso terrenal.

El niño tunjano fue llevado junto con sus compañeros de clases a conocer el llano ¡a pie! En tiempos como esos, donde todo era más tranquilo, se podían recorrer distancias de esa índole. Se viajaba y, al mismo tiempo, se conocía el país desde su interior, y el viajero se percataba de la belleza de los paisajes y se familiarizaba con las culturas tan diversas y fascinantes de los habitantes de cada población por la que se transitaba.

Entonces, literalmente hablando, se caminaba Colombia. Cada detalla pasaba por los cinco sentidos del viajero. El niño venido de tierras frías, de una pequeña población como era Tunja, experimentó el gran deseo de hacer algo grande en las tierras que se presentaron ante sus ojos. El llano fortaleció en el pequeño aventurero su amor por la naturaleza y en el futuro fue también su refugio, su santuario, el lugar donde vacacionaba con sus hijos y en el cual realizó un sinnúmero de epopeyas que sus parientes recuerdan con cariño.

Vargas se impuso a sí mismo la misión de regresar a aquel lugar que era una verdadera obra de arte para sus cinco sentidos, y lo hizo: en el año 1949 viajó nuevamente y comenzó a invertir en los llanos poco a poco, financiando la compra de sus dos fincas gracias a las ganancias obtenidas de sus pequeñas obras en Bogotá.

Se puede decir que fue un tunjano que tuvo alma que no pudo contenerse en la exploración de los llanos. Y los horizontes verdes colombianos fueron testigos de sus aventuras insólitas que dejaron a más de uno pasmado; con razón su hermano Carlos Eduardo plasmó en su autobiografía un poema titulado *Macapay*, hacienda que Hernando compró y convirtió en uno de sus centros de experimentos y proyectos:

“Además de candidatos presidenciales ‘en varias plazas’ y reinas de belleza nacionales e internacionales, el acordeón también me sirvió para darle la bienvenida a mil vacas que mis hermanos y mi compadre Carlos Arturo Torres Acevedo compraron en la costa Atlántica y transportaron por río y por carretera hasta el hato familiar de Macapay, a cinco horas de

Villavicencio, en hazaña digna de la época y del amor y la fe de mi hermano Hernando por los llanos de la Orinoquía.”

Es muy posible que la mejor forma de explicar este afecto por el llano sea por medio de un poema, más exactamente, de Eduardo Carranza:

“Aquí está el llano escrito de ríos
el llano azul de ríos...tierra casi toda aire...
aquí está el Llano extendido hasta el cielo”

Allí, las reses bajaron por el río Magdalena hasta La Dorada, donde hubo que arrendar una hacienda para prepararlas para el largo y sinuoso viaje por toda la cordillera oriental, la sabana de Bogotá y Villavicencio, el pequeño “ferry” del río Humea y finalmente, Macapay, entre este y el río Meta. Fue una impresionante caravana de camiones, chóferes, ayudantes y vaqueros, que dio mucho que hacer (y mucho de qué hablar) en aquel tiempo. Por otra parte, considerando semejante viaje, el índice de mortalidad fue muy bajo.

“Todavía recuerdo los semovientes costeños, mareados por el pesado viaje, bajando de los camiones entre porros, cumbias y vallenatos, y joropos y pasajes llaneros para que se fueran aclimatando a sus nuevas tierras”, escribe Carlos Eduardo en sus memorias.

Volvamos al niño. Él y sus compañeros de clase recorrieron una larga distancia, desde la natal Boyacá hasta los llanos, por la cordillera y él se sintió como su ídolo, el legendario cazador de indios “Pipo Reyes”. Y a partir de ahí no solo soñaría con volar, sino también con viajar.

. . .

Los primeros trabajos

El arquitecto Hugo Mondragón López¹, escribió sobre “*Arquitectura moderna colombiana*”² :

“Al mismo tiempo que se pasaba en el mundo de la experiencia, de la imagen de un territorio conformado por núcleos urbanos dispersos e inconexos, a la imagen conjunta de una nación que se modernizaba, se promovió la idea de que sólo aquella producción arquitectónica desarrollada después de la consumación de la idea de nación, sería la que apropiadamente podría llevar el calificativo de colombiana.

“(…) sólo la arquitectura proyectada después de 1945 se podía considerar verdaderamente como arquitectura colombiana, es decir arquitectura hecha en Colombia por arquitectos colombianos formados en el país. La elección de una fecha tan específica para celebrar este deliberado y consciente acto refundacional tiene varias explicaciones; la fecha coincidía con el fin de la Segunda Guerra y el surgimiento de un nuevo orden mundial.

(…) se efectuó un re-lanzamiento de la Arquitectura Moderna, ya no desde Europa, sino desde los Estados Unidos y gracias a la consolidación de la aviación, por primera vez se tenía la experiencia real de hacer parte de una nación que poseía cierta unidad geográfica y territorial. También en el año 1944 egresó la primera generación de arquitectos formados en la Universidad Nacional de Colombia.” Uno de ellos fue Hernando Vargas.

No podemos decir que el arquitecto Vargas Rubiano tuvo un apogeo o un momento estelar en su vida y obra. Tuvo varios.

En 1936, Vargas Rubiano era un peregrino joven que con escasos recursos llegó a Bogotá. Se hospedó con su hermano mayor quien ejercía como abogado y ganaba buen dinero. Muy amablemente le hospedó en su casa y le colaboró con el pago de sus estudios como Ingeniero en la Universidad Nacional, donde fue influenciado por personalidades como Karl Brunner, Le Corbusier, Alejandro Humboldt, Leonardo Da Vinci, entre otros.

Tanto, que sus sueños se desplegaron hacia la arquitectura, ese arte que se encarga del bienestar del ser humano. Se obsesionó con la idea de la creación de la Facultad de Arquitectura. La

¹ Arquitecto UPC, Colombia 1990. Magíster en Arquitectura, PUC, Chile, 2002. Magíster en Teoría en Historia de la Arquitectura, UNAL, Colombia 2003. Candidato a Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos, PUC.

² Tesis para optar al Título de Magíster en Arquitectura. Profesor Guía: Horacio Torrent Schneider. Escuela de Arquitectura. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago-Noviembre, 2002. /Tesis para optar al Título de magíster en Teoría e historia de la Arquitectura. Director de la Tesis: Rodrigo Cortés. Facultad de Artes Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, febrero 2003. (pp 87)

impulsa con el apoyo del doctor José Gómez Pinzón, y así, surge la primera Escuela de Arquitectura y Bellas Artes en Colombia.

Su formación profesional concluye en el año 1940 y de la Academia salta a las oficinas del doctor Vicente Garcés Navas, del Instituto de Crédito Territorial. Allí, este hombre le encarga al recién graduado tunjano el diseño de una solución al problema de la vivienda popular, que requiriese de bajo costo y mucha imaginación. Un verdadero reto. Y esto fue lo que motivó al arquitecto Vargas a pensar, planear y actuar con prontitud.

Sus momentos en el campo de la arquitectura fueron numerosos, comenzando por la vivienda campesina, no solo porque adoraba el afuera y la naturaleza, sino porque el tema de los transportes lo apasionaban, y siempre buscaba la mejor manera de resolver los problemas de las largas distancias. Es por eso que se concentró por mucho tiempo en el aspecto de los ferrocarriles, la aviación, las bicicletas y la elaboración de mapas.

Puentes, carreteras y viviendas campesinas eran parte de su sueño de mejorar las condiciones de vida de las personas con bajos recursos. En lo esencial, deseaba dejar un legado de obras arquitectónicas al alcance de todos y a bajo precio. Vargas no olvidaba su formación académica y mucho menos los pasos dados por el maestro Le Corbusier como con sus “casas dominó”. Se inspiró en esto y formuló pues una idea de un presupuesto récord para la mejora e innovación del hábitat campesino de las sabanas cundinamarquesas.

El aspecto social lo marcaba y le interesaba enormemente: no sólo que la gente tuviera buenas viviendas sino con bajos costos en la edificación de las mismas. Era algo que parecía poco probable, pero fue en esa idea en la que aplicó algo que había aprendido en el viaje a Estados Unidos cuando realizó un curso en Pensilvania en el año 1941: la máquina del Simba Ram para la fabricación de bloque de adobe. Esto con el fin de bajar costos de transporte y que la gente pudiera tener los materiales necesarios para su vivienda. Ideas como esa fueron respaldadas por organismos como el Instituto de Crédito Territorial.

Vargas llegó a la Universidad de Pensilvania, Estados Unidos con el fin de especializarse en el sistema del Terraconcreto. ¿En qué consistía? Era un híbrido muy compacto entre el suelo

mineral, que en su composición tenía arcilla y arena, con una cantidad mínima de cemento, un cinco por ciento. Las ventajas que esta mezcla inusual ofrecía a las viviendas a construir eran inequívocas, pues la materia prima no necesitaba ser transportada. Un método eficaz, práctico y muy económico. El Centro Gaviotas es la construcción colombiana más grande hecha con esta mixtura.

En los años cincuenta fue el “boom” de las edificaciones de este tipo que hizo; en ese entonces se les conocía como los edificios de renta. Dichas construcciones pulularon por toda la ciudad de Bogotá y Vargas Rubiano participó activamente en ese proceso.

Pero no solo se quedaban en diseñar y elaborar los proyectos; el propio Vargas los promovía activamente, convencía a los demás de que sus ideas eran diferentes e incentivaba a la compra.

Sobre esto, Leticia Vargas cuenta que frente a un proyecto de construcción lo que hacía su padre era “promover su propio trabajo. Más que encargos externos, lo que hacía su firma era seguir sus sueños y luego promoverlos: buscaba los terrenos y convocaba a personas para asociarse con ellas y llevar a cabo la idea. Gozaba su trabajo e invitaba a los que trabajan con él a hacer lo mismo, amando lo que se hacía, porque para él un reto era sinónimo de aventura, de una enseñanza siempre muy valiosa.”

. . .

“Los Colombian Boys”

Hernando Vargas Rubiano concluyó su carrera de arquitecto en el año de 1940 se graduó el 24 de mayo de 1941 conjuntamente con otros ocho compañeros en la Universidad Nacional. Fue este grupo el primero en graduar arquitectos en la Universidad Nacional, pues los anteriores habían realizado sus estudios por fuera de Colombia, pero aún así se dedicaron a enseñar en la Universidad Nacional como experimentados docentes.

El arquitecto tunjano comenzó a trabajar. Y se le presentó la oportunidad de viajar a los Estados Unidos con un grupo de universitarios de la Universidad Nacional invitados por la Universidad de Pennsylvania en el mes de noviembre de 1941.

El imperio del Japón durante la Segunda Guerra mundial comenzaba a expandirse tecnológica y militarmente, y era aliado del Tercer Reich. Para lograr sus fines debía derrotar a su auténtico adversario, la temible flota naval de los estadounidenses. Norteamérica tenía una resistente flota naval en Hawaii, y fue decisión del almirante nipón Isoroku Yamamoto apoyado por el bélico general Hideki Tojo lanzar un ataque kamikaze a Pearl Harbor.

Este ataque fatídico se llevo a cabo el 7 de diciembre de 1941, dejando devastada la flota hawaiana sin mencionar las decenas de pérdidas de vidas humanas de ambos mandos que esto ocasionó. El ataque sorpresivo e inesperado causó conmoción y pánico en el mundo entero porque era bárbaro y llevó a la participación de los Estados Unidos –que hasta entonces había estado al margen del conflicto– en la Segunda Guerra Mundial. La decisión la tomó el entonces presidente de ese país, Roosevelt.

José Vargas relata lo que aconteció con Hernando Vargas Rubiano en ese entonces:

“En diciembre de 1941, Hernando Vargas Rubiano se encontraba en los Estados Unidos con el grupo de compañeros de la Universidad Nacional de varias carreras como arquitectura, ingeniería, de la Escuela de Bellas Artes haciendo una visita, invitados por el gobierno de los Estados Unidos y a ese grupo los denominaron ‘los Colombian Boys’” .

Fue un curso que fomentó la Unión Panamericana en cooperación con la Universidad de Pennsylvania. Vargas Rubiano y un selecto grupo de compañeros y colegas suyos realizaron el viaje a Barranquilla y de ahí a Nueva York por barco. En los Estados Unidos, el primer país extranjero que visitó el tunjano, fueron recibidos por la propia Eleanor Roosevelt. Y así, todo transcurrió tranquilamente, pero más adelante, en su destino, se enterarían de lo que sucedía en el mundo.

“Cuando los Colombian Boys se encontraban en Pennsylvania -prosigue José Vargas- se dio el famoso bombardeo de Pearl Harbor, donde el imperio japonés atacaba y le declaraba la guerra a

los Estados Unidos. El efecto que tuvo el bombardeo ¿quién iba a pensarlo? generó tremendas dificultades para estos Colombian Boys”.

Ellos requerían regresar a Colombia lo antes que fuera posible, habiendo concluido ya todo su itinerario del viaje en los Estados Unidos, con tan mala suerte que en ningún barco naviero quería traerlos por el temor de que, en las aguas del Caribe, los submarinos alemanes torpedearan a los barcos aún de bandera neutral como los buques argentinos.

Llenos de miedo y preocupación, Hernando Vargas y sus compañeros de viaje deciden regresar a Colombia en el mes de marzo del año 1942. Sucedió que no había transportes marinos suficientes disponibles para tanta gente, debido a que todos los barcos estaban en un impedimento masivo para zarpar: había un temor general a los submarinos japoneses y alemanes que amenazan la zona con mortales torpedos de gran poder destructivo.

Todos temían una destrucción de vidas y barcos, de modo que no se permitió el transporte internacional vía marítima, circunstancia que demoró el regreso de Hernando Vargas y sus acompañantes a Colombia, su tierra natal.

Finalmente, viajan a New Orleans desde Filadelfia, y luego a Veracruz, México. Después, a La Habana, Cuba, en un buque argentino, donde estuvieron a salvo de los torpedos alemanes ya que Argentina era un país neutral. Permanecieron a salvo dos días en Cuba y finalmente el destino les condujo a la ciudad de Barranquilla. La travesía de regreso a Colombia por parte de Hernando Vargas y sus amigos fue muy extenuante y larga; tardaron una semana completa a causa de las fuertes tormentas marinas que azotaban el navío a la deriva.

Se supo mucho después que el buque argentino que transportó a Hernando Vargas, sus amigos colombianos y los demás pasajeros fue hundido antes de llegar a puerto argentino y las razones de su desaparición aún son un misterio. El trayecto de Vargas Rubiano no fue nada agradable, ni para él ni para sus acompañantes, pues el temor de ellos era muy grande y las instrucciones del barco eran que por la noche se apagaran todas las luces a bordo para que no hubiera señales para los submarinos.

De hecho, el padre de Hernando Vargas, Don Gonzalo, sufrió a causa del nerviosismo y la tensión una úlcera renal que por poco lo mata, pero se recuperó al ver a su hijo cruzar sano y salvo por el umbral de su puerta. No obstante, el cálculo renal se manifestó de nuevo diez años más tarde y acabaría definitivamente con su vida, muy a pesar de los cuidados médicos.

La Dama en la servilleta

Un domingo 28 de febrero de 2010, en el estudio de Hernando Vargas Caicedo, el hijo mayor de Hernando Vargas a quien le hacía una entrevista sobre la familia Vargas, el auge de su empresa, sus construcciones, una pregunta salió de mis labios sin proponérmelo: “-Tío, ¿y nunca hubo nada o nadie que detuviera a Hernando Vargas? ¿No tendría un talón de Aquiles o algo parecido?-"

Sí que lo había, quien detenía muchas veces en sus alocadas cruzadas era nada más y nada menos que su esposa, Rosita Caicedo Ayerbe, perteneciente a una tradicional familia de Popayán, educada en lo más profundo de la Fe Católica Apostólica y Romana, nombrada reina de los estudiantes por su belleza, la mayor de cuatro hijos, y parienta lejana del Sabio Caldas.

Rosita era una mujer muy recatada, fiel a sus costumbres religiosas, y que le tenía miedo al peligro; aunque era el polo opuesto de Hernando Vargas, se comprometieron y tuvieron cuatro hijos: Leticia, Hernando, José (mi padre) y Cecilia. Resultaba curioso y divertido a la vez imaginar que marido y mujer discutieran por el canal televisivo que el uno quería ver y que al otro le disgustaba.

Hernando prefería estar al tanto de todo lo que ocurría en el país como en el exterior, de manera que era fiel a los noticieros y a los programas radiales. Rosita en cambio prefería la serie norteamericana de “Los Simpsons” que la hacía reír mucho, porque esta mujer payanesa vivía con temor: la realidad colombiana la espantaba, sobre todo la violencia.

Ella jamás pudo olvidar “el Bogotazo”, en los tiempos cuando Hernando la llevó con él a vivir a Bogotá. No logró borrar de su memoria el 9 de abril de 1948, época de un terror infinito en la capital y cuando ella aguardaba presa del pánico a su marido, escondida en su casa.

Sin embargo, aquella mujer que había enfrentado el 9 de abril, encaró el peligro varias veces. Por ejemplo, mi padre recuerda que en una de las fincas de la familia en los llanos orientales, de nombre Portugal, teniendo él siete años, jugaba cerca de una víbora de coral, la cual no había visto y en cualquier momento podría pisar, provocando que atacase. Rosita, atenta como un halcón, había advertido el peligro y sigilosamente se acercó a su hijo por detrás, lo alzó firmemente y aplastó la cabeza de la serpiente, salvando al niño de una mordida peligrosa.

Fue esa misma mujer tranquila y amable quien dio un severo regaño a unos niños de diez años, yo tenía entonces seis, que con grotescas máscaras de gorilas me habían estado asustando en una fiesta de Halloween en el edificio Vilanova, donde los abuelos vivían.

En medio de diferencias superficiales, Hernando y Rosita fueron una pareja muy singular que viajaba junto a sus hijos y fueron abuelos consentidores de sus nietos. Rosita toleró los viajes en avioneta, un agotador recorrido de Bogotá a la Guajira en los años sesenta en una camioneta Ford con todos los hijos, la presencia de animales como gatos, perros, aves y un venado en su casa. Eran opuestos pero complementarios y manejaron en su hogar un equilibrio sano y feliz para sus hijos.

Una anécdota que aún los familiares recuerdan con cariño es un sueño que tuvo la joven Rosita después de un tiempo de casada: un sultán de un país árabe, al mejor estilo de las “Mil y una noches” le ofrecía riquezas inconmensurables e incluso la corona si abandonaba a Hernando para casarse con él, ante lo cual ella se negaba rotundamente: “-¡Pero yo como voy a dejar a Hernandito si es tan bueno conmigo...!-”

En cuanto a cómo conoció a Rosita, el arquitecto contó muchas veces la siguiente historia:

Él se había ido a Cali a ejercer una encomienda como arquitecto. Y estando allá tuvo que hacer un viaje a la ciudad de Popayán. Fue en el auto ferro, que era el transporte más rápido que había

en la época entre las dos ciudades, por vía terrestre. Vargas Rubiano conoció a un señor payanés de nombre Luis Carlos Irigorri. Aquel individuo se le acercó y le preguntó:

“-¿Usted para dónde va?‑”

“-Qué pregunta, voy a Popayán, desde luego‑”, contestó Vargas muy sorprendido por el abordaje.

“-¿Y usted qué va a hacer por allá?‑”

“-Me encargaron una labor como arquitecto que consiste en verificar el estado actual de los edificios nacionales que hay por allá en Popayán. Porque yo trabajo justamente en ese aspecto arquitectónico, en el campo de edificios nacionales.-”

Y entonces, Luis Carlos Irigorri le hizo una sorpresiva pregunta: “-Y, cuénteme Don Vargas, ¿es usted soltero?‑”. A lo que Vargas le contestó que sí, aún sin entender a dónde quería parar la interpelación. Irigorri le dijo muy serio una frase que Vargas recordó para siempre: “-Pues le advierto, Don Vargas, que usted se va a casar en Popayán.-”

Entonces el joven arquitecto se rió y le dijo “-¡ojalá fuera así!‑”. A continuación el señor Luis Carlos Irigorri tomó una servilleta que tenía con él, sobre la mesa del auto ferro al pie del asiento de los dos hombres, y en ella escribió varios nombres de damas payanesas. Según él cualquiera de ellas bien podría ser su novia y quizá su esposa.

Y lo que recordó Vargas es que dentro del listado hecho por el hombre que conoció en el viaje, estaba el nombre de la mujer que se convertiría en la mamá de sus cuatro hijos. Lo curioso de todo era que al pie del listado, Luis Carlos Irigorri había plasmado, a manera de señal particular como indicando “esta es la elegida”, una diminuta estrella. Entonces, el arquitecto guardó esa servilleta en el bolsillo de su vestido y la conservó muy bien, como si se tratara de una guía para tener ese nombre presente siempre.

“-Él le mostró a mi mamá esa servilleta. Pero ni yo ni mis hermanos alcanzamos a conocerla. Quién sabe qué pasaría con ella. Pero nunca dejamos de repetir esa historia. Mi papá nos contó muchas veces esa anécdota tan curiosa‑”, comenta José Vargas.

En 1943 Hernando conoció a Rosita, pero no cayó en cuenta que era una de las damas que estaba en la servilleta porque él tenía muy mala memoria. El encuentro entre los dos fue posible porque ella trabajaba como asistente administrativa en la Asociación de Ingenieros.

“-Mi papá dice que cuando tuvo que ir a esa oficina y fue atendido por ella, ¡quedó fascinado!-”, recuerda José con una sonrisa pícara.

Rosita atendió con mucha amabilidad al visitante tunjano, quien no dejaba de mirarla. Y ella también comentó, años después a sus nietos, que aquel arquitecto con quien su jefe tenía una importante cita, le pareció un tipo muy guapo. Hubo un flechazo desde ese momento, desde que sus miradas se cruzaron y compartieron un cordial saludo. Pero Hernando no la conquistó desde ahí. Pasaron varios días para que la pareja se volviera a ver. Pero el tunjano no había olvidado la cara de la payanesa. Resulta cómico, porque él era muy despistado y su memoria era muy mala, lo cual le exigía entonces anotar todo, como en un diario. Pero la cara de la dama no se le borró.

Finalmente sucedió el reencuentro, en un baile organizado por otra dama llamada Carmiña Simmons (quien paradójicamente estaba en la lista de las damas de la servilleta). Mientras el arquitecto bailaba con la anfitriona y organizadora del evento, se preguntaba en dónde estaría la payanesa que tan amablemente le había atendido aquel día. Al terminar la pieza, caminó entre la multitud y, como ambos contaron años más adelante, dieron la vuelta y se encontraron. Fue casi al mismo tiempo. Espontáneo. Maravilloso.

Pero a diferencia de los cuentos de hadas, resolvieron entablar primero una amistad. Año y medio después del reencuentro en el baile de Doña Carmiña, la payanesa y el tunjano contrajeron matrimonio. Durante el noviazgo, viviendo Hernando todavía en Cali, lo que hacía era ir de la ciudad en la que vivía hasta Popayán algunos fines de semana cuando podía hacerlo para ver a Rosita. Y le escribía cartas que introducía en un sobre que decían únicamente “*Rosita*” y abajo, “*Popayán*”. No tenía que escribir una dirección exacta o nomenclatura urbana ninguna, y aún así llegaban a las manos de la dama.

“-Tal era la popularidad de mi mamá-”, sonríe José Vargas ante el recuerdo de la historia de cómo sus progenitores alimentaban una amistad y un amor que permitió la venida al mundo de

una diseñadora industrial (Leticia), un ingeniero (Hernando), un economista (José) y una artista (Cecilia). “-Mi mamá era muy famosa en Popayán por linda. En todo sentido de la palabra. Y porque se había ganado el concurso de belleza orquestado por los estudiantes de la Universidad del Cauca, que era un evento anual en el que elegían a la Reina de los estudiantes-”, continua.

“-¿Si te acuerdas –intervengo- de que siendo yo más chica alardeaba de ser una princesa?”

“-La abuela siempre te llamaba ‘reina’. Todo el tiempo-”, contesta mi padre.

“-Así es. Pero a mí en la primaria si me preguntaban por qué me creía princesa, yo les decía: ‘pues porque mi abuela era una reina’ Mi hermano apuntaba además que era un príncipe. Eso a ella le daba mucha risa. Me tuvieron que aclarar que era una reina pero de belleza’-”.

La vida es irónica, porque el hermano menor de Rosita, Aurelio Caicedo Ayerbe, quien se graduó de la Universidad del Cauca como abogado y fue no sólo Ministro de Educación, sino también embajador colombiano en países como Italia, Francia y Estados Unidos, contrajo matrimonio con otra reina. La otra reina, caleña, fue Doña Luz Marina Cruz Losada, señorita Colombia en 1953, en la época de la dictadura, y recibió su corona de la mano del General Rojas Pinilla, quien además gentilmente le pidió que le acompañara en una pieza de baile. Entonces, se puede decir que en la familia había literalmente dos reinas, dos caucanas que eran como flores.

El arquitecto tunjano estaba entonces intrigado por la singular belleza de la rosa payanesa, y no desistió en conocerla cada vez más. Hasta que un buen día llegó de Cali, y fue recibido por Rosita quien a continuación le invitó a almorzar. Y los padres de ella, Jorge Caicedo y su mujer Emma Ayerbe, ya le habían dado al tunjano la autorización para entrar a la casa, y veían con buenos ojos el noviazgo. Y continua: “-y es que en esa época se pedía la entrada a la casa, o sea, si tenía una novia con la que te querías casar, debías pedirles a los padres el permiso oficial, por así decirlo, para que te dejaran entrar por la puerta grande. El día que mi papá quería pedir a mamá en matrimonio él no preguntó...él informó.-“

“-¿Cómo así?”

-“El entró a la casa de su novia y les dijo así como así: “Les informo que me caso con Rosita.”
¡Imagínate pues la cara que pusieron sus suegros y su cuñado!-”

“-¿Y entonces que dijeron?-”

“-El suegro lo miró muy serio. Le dijo: Míreme, señor Vargas, usted ni pidió la entrada ni la salida-”. Luego de un momento tenso, que pareció eterno...los dos rieron despreocupados. Afortunadamente, papá tenía un sentido del humor que era imposible de ignorar o pretender que no existía. Se hacía querer con mucha facilidad y su familia política no fue la excepción. Y aún si eran ellos conservadores y él un liberal.-”

“-¿Tanto así? –”

“-Imagínate. Una escena que podría haber sido comparable a la de los Montesco y Capuleto. Sin embargo, funcionó. Sus suegros, cuñados y demás, fervientes conservadores lo acogieron en el seno familiar como un hijo más. También, afortunadamente, tenían buenas referencias suyas, laborales como personales. No era tan religioso como los Caicedo, pero amaba a Dios y a Rosita. Eso quizá era suficiente. Este es un caso en el que el amor superó obstáculos y en este caso, colores. El rojo y el azul olvidaron ideologías y se enlazaron.-”

. . .

Con palabras suaves, Rosita amansó a los nietos más rebeldes e inquietos, a quienes consentía con historias de la Biblia, deliciosas arepas con queso, pandeyucas, desayunos al estilo buffet y lo mejor de la cocina del Valle y del Cauca como empanadas y tamales de pipián.

El matrimonio duró 61 años, hasta la trágica muerte de Rosita, el 31 de agosto de 2006. Ella padecía de osteoporosis y al sufrir un accidente, fue hospitalizada en la clínica Shaio. Murió una semana después, una madrugada de un día en que mis padres estaban de aniversario de matrimonio. El alma aventurera y alegre del arquitecto se tornó gris y melancólica, sentimientos que le acompañaron hasta la tumba. Verdaderamente es difícil hablar de este hombre o imaginarlo sin la presencia de Rosita.

Es como la figura de Dalí sin la de Gala, su inspiración y polo a tierra. Si Hernando no volaba muy alto era debido a la presencia de la dama payanesa que le robó el corazón. Napoléon Bonaparte siempre regresaba a los brazos de Josefina tras una larga campaña, y Odiseo a los de Penélope, quien como virtuosa y paciente esposa aguardaba a su héroe, tejiendo.

La casa en la que ambos vivían se tornó silenciosa, la comida no tenía el mismo sabor y la nostalgia contagió a los demás familiares. Aunque sobrevivieron las recetas de cocina, la textura y el sabor de los tamales de pipián o la sopa de remolacha si no vienen de las manos de Rosita no son lo que eran antes.

El mayor deseo de la abuela era que sus nietas aprendiesen a cocinar, pero éste se cumplió de una forma que ella no esperaba: fueron sus nietos varones Juan Ramón, Antonio y Gabriel, mi hermano menor, quienes deleitan a todos con las recetas aprendidas de la dama payanesa, como por ejemplo los buñuelos de su tierra.

La frase que caracterizaba a la abuela era “la cocina es cultura”. Con esto ella quería decir que se conoce a un país o una cultura diferente a la nuestra por medio de lo que se prepara y se come, y esto verdaderamente le fascinaba. De manera que su cocina era una especie de laboratorio en el cual experimentaba absorta, creando maravillas en el amplio campo de la culinaria, bien fueran dulces, salados, ácidos...

Hernando Vargas se veía pequeño sin la mujer que le acompañó incondicionalmente en viajes y proyectos. Recordar sensaciones y pensamientos en torno a Rosita Caicedo transmite dolor y al mismo tiempo alegría; en estos momentos podemos estar seguros que ella solo tuvo que esperar dos años para reunirse con su adorado Hernando.

El poema de Mario Benedetti “te quiero” parece haber sido escrito para definir el amor de esta pareja y de hecho fue entonado por el grupo coral Ballestrinque, una agrupación de antiguos alumnos uniandinos entre los que se encuentra José Vargas, hijo menor de la pareja y que fue dirigido por María Cristina Sánchez el 31 de agosto, cuando cumplieron sesenta años de matrimonio:

“Si te quiero es porque sos mi amor mi cómplice y todo y en la calle codo a codo somos mucho más que dos tus ojos son mi conjuro contra la mala jornada te quiero por tu mirada que mira y siembra futuro tu boca que es tuya y mía tu boca no se equivoca te quiero porque tu boca sabe gritar rebeldía si te quiero es porque sos mi amor mi cómplice y todo y en la calle codo a codo somos mucho más que dos”.

. . .

III. Vida en Bogotá

Días de terror: el 9 de abril

Una fecha que fue memorable para toda Colombia fue, claro está, el 9 de abril de 1948, un período que desató una ola de violencia que los que estuvieron allí y aún viven para contarlo se estremecen de contar las escenas que transcurrieron como una pesadilla de la cual no se puede despertar. Rosita Caicedo, por ejemplo, jamás superó ese temor de ver personas asesinando a machetazos a otros seres humanos y que se quebraban los vidrios con tal salvajismo que parecían animales en busca de comida para abastecerse.

Fueron noches en que no se dormía y poco se comía. Quien salía de su casa se arriesgaba a no poder regresar. Cualquier ruido podía condenar a muerte a todos los habitantes de una casa. El 9 de abril fue una larga noche para todos, que no olvidarían jamás.

Era la una de la tarde, un viernes y Hernando Vargas Rubiano estaba en ese momento en lo que fueron las instalaciones de lo que es hoy el Museo Nacional, en el centro de Bogotá, en la carrera Séptima con calle 28. Y él estaba terminando de hacer la transformación de lo que había sido el antiguo panóptico, la cárcel, convirtiéndola en museo, un encargo profesional que le había demandado mucho trabajo.

El 9 de abril, Vargas estaba mostrando el avance de la obra al alcalde de Bogotá que se llamaba Miguel de Vengoechea. Y en ese momento, un obrero de la misma obra entró al recinto donde

ellos se encontraban dentro del Museo, corriendo, informándoles de la infausta noticia del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

Comprendió Hernando la gravedad de la situación y el alcalde deseaba volver inmediatamente a su despacho en la alcaldía en el centro de Bogotá, pero Hernando con muy buen sentido le dijo que no se fuera porque si se iba en el vehículo oficial de la alcaldía, muy probablemente podría ser víctima de algún atentado por cuenta de que la situación de orden público ya estaba completamente descontrolada en la ciudad.

Hernando le dijo al alcalde que para su mejor protección se fueran ellos dos a la casa de Hernando que en ese entonces era en la calle 20 arriba de la Iglesia de las Nieves entre las carreras Quinta y Séptima. El alcalde aceptó la oferta de Hernando al darse cuenta de la gravedad del momento.

Y los dos, el arquitecto y el alcalde su fueron, en medio del tiroteo, viendo como caían personas heridas por el efecto de los francotiradores que apostados en las ventanas y en los techos de las casas y edificios, disparaban a todos los transeúntes. Hernando y Miguel de Vengoechea el alcalde, prácticamente arrastrándose como nos narraba mi padre, logaron llegar hasta la oficina de su hermano mayor Gonzalo, abogado, para poder desde allí hacer una llamada telefónica que el alcalde necesitaba hacer a la alcaldía para reportar dónde estaba y pedir ayuda de la tropa.

Y Hernando deseaba también comunicarse con su esposa Rosita para informarle las circunstancias en que se encontraban. Pero no lograron llegar a las oficinas de Gonzalo, porque los tiroteos eran muy fuertes en el centro y las oficinas de Gonzalo quedaban en la calle 13 entre carreras Octava y Novena y por esa razón no les fue posible llegar. Entonces no tuvieron más remedio que guarecerse varias horas esperando que los tiroteos terminaran.

Y ya, al filo de la noche, arrastrándose nuevamente, lograron llegar a la casa de Hernando donde Rosita los esperaba muy ansiosa y muy nerviosa porque no sabía de la vida de su esposo (estaba esperando a su segundo hijo, Hernando Vargas Caicedo). En ese momento, ella lo vio con su traje

manchado de sangre a él y a Miguel de Vengoechea, y pensó que ellos estaban heridos por alguna bala.

Pero no era sino la sangre que había en el piso de los heridos y de los muertos del tiroteo del cual habían escapado milagrosamente. Hernando estuvo con el alcalde de la ciudad dos días resguardándolo en su casa compartiendo una comida y un techo, vigilando siempre las ventanas y las puertas. Reinaba el terror por esos días.

Fueron momentos muy difíciles: se cortaron las comunicaciones, la radio se la tomaron revolucionarios, y por esta razón, el contacto con el mundo exterior así como el conocimiento de las noticias se hacía cada vez más precario. Y no tenían ya casi qué comer, porque era una época en que las neveras grandes no existían y por ese motivo se hacía mercado casi que día de por medio. Por el tiroteo, ellos no podían salir de la casa-resguardo a hacer mercado y ya se les estaban acabando los alimentos.

Leticia, la hija mayor de Hernando, que en ese momento tenía dos años de edad, decía: “-¡No me den más agua de panela, no más agua de panela!” Que era lo único que tenían ya para comer y compartir. De manera que, de esa forma, se salvaron ellos de los tiroteos y machetazos que ocurrían en las calles de Bogotá llenándolas de sangre y gritos aterradores.

Salir a la calle ellos solo lo pudieron hacer hacia el cuarto día, y recuerdan que estar en la calle después de los días de terror y de encierro también fue una experiencia muy traumática porque veían todavía el humo saliendo de los edificios y las casas después de los incendios. Todo esto, junto con el horrible hedor de tantos cadáveres en descomposición tirados en las calles, sin que nadie los recogiera porque la balacera todavía no había terminado.

Hernando Vargas Rubiano recordaba y nos contaba estos episodios con mucha amargura porque fue uno de los momentos más difíciles de su vida, para él y su pequeña familia. Rosita jamás pudo olvidarse de los gritos que, como puñales en la noche, exigían sangre y muchas veces soñó las escenas vividas en esa larga noche. El temor de que se repitiera aquel inhumano descontrol la persiguió por el resto de su vida.

. . .

Método *Tout va bien*

“-Nunca me dijo mi papá ‘yo quiero que estudies esto o aquello, yo mismo estudié lo que quería, lo que me interesaba’. Sin embargo, cometía un error porque siempre quise estudiar arquitectura por la simple razón que no me veía estudiando lo mismo que mi hermana mayor-”, recuerda Hernando hijo, ante la pregunta si Vargas Rubiano en algún momento impuso a sus herederos el estudio de alguna carrera.

Leticia había empezado a estudiar arquitectura en la Universidad de los Andes en el año 1964, y Hernando hijo, decidió entonces estudiar Ingeniería, algo que a su padre le emocionó realmente, y le apoyó siempre.

Vargas Rubiano no era dogmático ni impositivo. En su casa además de inventar cosas, dibujaba mucho. De hecho, casi todos lo hacían, pues esa vena artística era un puente comunicativo inquebrantable entre el arquitecto y sus dos hijos mayores (la menor de los hijos, Cecilia, quien vendría años después, optaría por la profesión de artista pese a sus estudios de Literatura y Letras en la Universidad de los Andes).

De manera que la casa Vargas-Caicedo era una especie de híbrido de taller de artes y de mecánica. Podía ser una academia no oficial, dónde primaba el verbo *dibujar*: “-Papá dibujaba, Leticia y yo dibujábamos, él nos dibujaba...De alguna manera, el dibujo tenía que ver con la pasión que él sentía por las artes sensibles-”, apunta el hijo con el mismo nombre. En ese ramillete de cariño, de un cuarteto de muchachos educados en la Fe Católica y el respeto a los mayores, la vida natural y el buen comer, se formaron una arquitecta, un ingeniero, un economista y una pintora.

En particular, era interesante que, cuando concluía un año escolar más, era para los tres hijos Vargas una especie de ritual que debían cumplir fielmente: significaba una visita a la oficina del padre. Pero no temían. Más bien, era algo placentero.

“-Llegábamos a almorzar con él, nos premiaba llevándonos al Chalet Suizo, lugar que los niños de la época consideraban el Crepes & Waffles por su deliciosa comida. Íbamos pues a comernos un pollo exquisito con guantes plásticos. Era nuestra recompensa por el arduo estudio en el año escolar-”, conmemora con una sonrisa enorme Hernando Hijo.

. . .

Domingo por la tarde en la casa de José Vargas. Mi casa. Una entrevista con mi padre, el tercer hijo de Hernando Vargas Rubiano y de Rosita Caicedo Ayerbe. Al son de la música de Telemann y una taza de café escarba en su memoria recuerdos de su padre.

Es de elemental importancia recordar el Liceo Francés donde alcanzaron a estudiar los tres hijos mayores de Hernando Vargas, cuyo método cartesiano no fue del agrado del arquitecto, pues él vio que poco permitía el libre desarrollo de la personalidad de los niños. “-Pues claro-” le dije a mi padre, José. “-Es que con ese papá, ¿cómo iban a soportar unas clases cuando en ese entonces a los estudiantes se les trataba como si fueran autómatas?-”

“La obediencia es inmediata”. Esa era una de las frases características de mi abuelo para con sus hijos y a su vez estos la aplicaron con los suyos. Mi caso no fue la excepción. Pero la obediencia enseñada en el colegio francés era totalmente incompatible con los métodos del padre inventor y creativo que éste usaba en casa. Mientras los tutores galos imponían orden y silencio, y sobre todo, eficiencia a todo costo, Vargas Rubiano pretendía que cada lección fuera “una delicia”, como una aventura. Que sus vástagos amasen aprender, hacer las tareas y no que les tuvieran miedo.

Mi padre fue prueba viviente del método de enseñanza de Vargas Rubiano.

. . .

José Vargas era un niño hijo de su padre, inquieto y travieso. Y glotón. Antes de que todos con quienes vivían bajaran a desayunar, descendía sigiloso por las escaleras, en puntas de pies para que nadie lo oyese y, si ese día había huevo frito preparado por la empleada doméstica, no solo se comía el de él ¡sino todos los de los demás! Tal era la voracidad de su apetito, que su padre le compuso un verso: “¡Don José Vargas Caicedo tiene un apetito atroz, pues después de haber comido, repite bandeja de arroz!”

Recordar el gélido edificio donde pasó sus primeros años como colegial, en el Liceo Francés Louis Pasteur, le nubla sus ojos. “-En el año de 1958, cuando yo tenía ocho años, mi padre regresó de Europa y se encontró con que mi desempeño escolar era muy bajo. Yo tenía problemas de motivación, yo iba a ese colegio con desánimo, con temor, y realmente no estaba logrando avanzar en conocimientos como era lo debido-”, cuenta pensativamente.

José en sus libretas de calificaciones mostraba que tenía dificultades en varias materias, particularmente en matemáticas. Entonces su padre se dedicó a ayudarlo para reforzar esas debilidades en el campo de los números. Los días sábado se tornaron un nuevo colegio para el niño, pero un salón de clases muy distinto al cual debía asistir con bastante desgana entre semana. Hernando Vargas se tornó un profesor en su propia casa para que José recuperara las materias que iba perdiendo y le enseñó “con una paciencia infinita”.

Cuando el arquitecto ya se dio cuenta por medio de muchas evaluaciones que José no engranaba en el modelo educativo del colegio, tuvo la idea de cambiarlo de institución educativa, y el Colegio Cervantes fue el elegido. Desde luego, preparó a su hijo para el examen de ingreso, le acompañó en ese gran día para incentivarle confianza. “-Hice un excelente examen y fui admitido-”, recuerda mi padre sonriente. “-Con eso logré demostrarle a él un muy buen desempeño en matemáticas gracias a sus apoyos y explicaciones. Él era un gran profesor. Lo que él quería era enseñarme a pensar”. Las calificaciones del niño se volvieron sobresalientes, sobretodo en matemáticas.

Lo que Vargas Rubiano quería con su hijo era quitarle el miedo a las matemáticas. Le demostró que también tenía aptitudes para esa rama de conocimiento, tal como sus dos hermanos Hernando, Leticia y él mismo. El método del padre era usando calidez, una calidad esencial para

un maestro para con sus discípulos. Contrariamente a Maquiavelo, el arquitecto pensaba que el profesor debía ser amado más que temido. Una buena relación entre este y su aprendiz debía ser de amistad, unidad y no sumisión.

José Vargas tiene razones para tener una eterna gratitud con su papá y maestro por lo que hizo por él en sus primeros años de vida y los muchos que le siguieron. El cambio del método cartesiano al profesorado improvisado “home-made” hizo al hijo economista una persona más segura de sí. El hijo menor menciona su experiencia del cambio de la academia gala a la hispana con mucho amor, porque para él una enseñanza inolvidable que le dejó el padre era el cómo superar dificultades siendo persistente y cordial.

“-Y puedo decir que gracias a su imaginación e inteligencia, él vio en mi la capacidad que yo tenía para que, alguna manera, desarrollar profesionalmente el campo de las empresas familiares académicamente hablando-”, cuenta mi padre. Entonces, cuando José se vinculó en la docencia académica, en la Universidad Externado de Colombia, pudo retribuirle los esfuerzos y la fe puestos en él.

En el año 2002, a partir de la vinculación de José a la academia, padre e hijo tuvieron diálogos muy frecuentes en los cuales el segundo le comentaba al primero sobre sus avances en los cursos que dictaba en los pre y post grados en la Universidad Externado de Colombia con el tema de las empresas familiares que tanto le había incentivado.

“-Conservo aún recortes de prensa que el me había conseguido para que yo tuviera ilustración sobre la importancia de las empresas de familia para las economías del mundo y la economía nacional colombiana. Y como lo que él hizo con nosotros fue una empresa de familia, intuía que yo iba a poder explotar todo mi conocimiento sobre dichas empresas-”, explicó José, resaltando que su padre no sólo fue su mejor jefe sino su mejor amigo.

José podría autodefinirse como un maestro hijo de otro maestro. Para él existe la convicción de que Hernando Vargas no solo soñó sino que visualizó la proyección profesional del menor de sus hijos ya para el siglo veintiuno en ese campo. Y no se equivocó, porque gracias a su visión y su empeño, en que José pudiera explotar sus conocimientos en esa área de la gestión del buen

manejo de la empresa familiar, finalmente se convirtió en su actual profesión y en la forma de ganarse la vida.

Vargas Rubiano premiaba a José por sus buenas calificaciones con deliciosos dátiles. “-Y me construyó el carro de balineras para que yo jugara en la calle en donde vivíamos. No puedo olvidar ese carro porque lo construyó con sus propias-”, concluye con una luz en sus ojos.

. . .

IV. Inventos “*Home made*”

Vargas Rubiano pudo haber sido científico. Este arquitecto hacía sus experimentos en el calor del hogar. Pero también en sus paseos al llano, a los que generalmente iba acompañado de su esposa e hijos; allí seguía trabajando en sus inventos y proyectos nunca antes imaginados. Se puede decir que era un laboratorio familiar donde todos ejercían funciones varias y aprendían, por otro lado, a querer y valorar el campo.

Con su socio y cuñado, Aurelio Caicedo Ayerbe, tenían una excelente comunicación y compartieron las mismas visiones comerciales y culturales. Pero también una fascinación por los animales de campo, sobre todo el ganado. Y como se vio, las reses y los llanos orientales de Colombia no fueron la excepción.

Juntos, el caucano y el tunjano, emprendieron largos viajes al llano y allí efectuaron inventos y experimentos genéticos cruzando reses argentinas y ganado cebú con vacas en la búsqueda de una raza que soportara el clima del llano y además que proporcionara una deliciosa carne. Eran experimentos que ponían nervioso a cualquiera.

Pero siempre se enfrascaban en unas grandes aventuras y epopeyas que no siempre tenían los mejores resultados económicos. Pese a ello, lo que intrigaba al arquitecto Vargas Rubiano no era el hecho del lucro, sino el aprendizaje. Él era un eterno estudiante en el gran colegio de la vida

porque cada experiencia difícil, le motivaba a seguir ensayando cosas asombrosas. Y mejor aún, le permitía unirse más a su familia y amigos en alguna empresa que podía ser vista por una persona del común como alocada o peligrosa.

“Hubo una etapa en que en la otra finca, en Portugal (Meta, Villavicencio) y donde eran socios mi tío y mi abuelo materno (los Vargas eran socios de la otra finca, Macapay, un hato más grande) que cruzaron la raza cebú con el charolé de Francia. Todo con el ánimo de producir mejor carne y mejor habitabilidad, crear una raza resistente al clima del llano”, recuerda pensativa Leticia.

Ella misma, al igual que sus hermanos participaron en actividades campestres en las vacaciones pero también en los trabajos agropecuarios. El padre enseñó a los hijos a cultivar el amor por el campo y de la importancia que este juega en el desarrollo social del país.

Desde luego, el auténtico Mengele, científico y genético al servicio de los Nazis apodado “el ángel de la muerte” no tenía absolutamente nada que ver con Vargas Rubiano. El arquitecto era un hombre enamorado de la vida, y trabajaba para continuarla...de un modo más especial y original.

“-A papá le encantaban las cosas que tuvieran mecanismos-” explica Hernando hijo. “-La ingeniería y los ingenieros, la ciencia del ingenio, en realidad. Eso de verdad lo intrigaba muchísimo. Y era muy vanguardista, pues si había alguna cosa que no se había inventado, él procedía a hacerlo. O más bien, la innovaba. Le atribuía su personalidad al objeto. La construcción tenía la huella de lo que él había sido.-”

Los inventos de Hernando Vargas Rubiano pueden llamarse ingenios de un ingeniero, y resulta favorable engancharlo con una frase de Julio Verne: "Todo aquello que es imposible queda por realizar". Leticia su hija lo denominó una especie de “arquitecto-inventor” porque poseyó la facultad de mezclar ambas ramas y el resultado era algo sorprendente y divertido, pero que sobretodo gozaba compartiéndolo. Una prueba de ello fueron las ideas que saltaron de su cabeza a la mesa de dibujo y de ahí, a la realidad palpable con los cinco sentidos.

¿Se trataba de una suma de peligros caseros? ¿Extravagantes excentricidades? O, por otro lado, ¿Se trataba de inventos geniales nunca patentados con los que se adelantó en su propia época? Podía ser todo lo anterior.

Lo cierto es que realmente el matrimonio Vargas-Caicedo vivía no sólo en una casa, sino en lo que daba la impresión de ser una especie de hangar 18 rudimentario, en el que pocos podían entrar y se llevaban a cabo operaciones secretas que daban mucho de qué hablar.

Solo que, a diferencia de los filmes en los que agentes dobles que consiguen salir de la enigmática área 51 y que entremezclan información de inventos con fines militares o de visitas de habitantes de otros mundos, los niños Vargas contaban a sus amigos que su padre tenía un “Bicicleta voladora” con al cual soñaba con dar, algún día, un paseo por los llanos orientales o por la sabana bogotana...planeando. O que tenía una hamaca que hacía de carpa, el sueño de todo viajero que deseaba desconectarse por un tiempo de la ciudad y podría estar en el campo sin incomodarse en lo absoluto.

Dichos inventos eran fruto de la imaginación del hombre que no se olvidó de ser niño curioso e inquieto. Se trataba de diseños muy originales, de bajo costo y además de todo, prácticos. De otro mundo.

. . .

Bici-vola, versión criolla del Gossamer

Fuera de arquitecto y de artista, pues era un gran dibujante y caricaturista, él tenía una gran cantidad de ideas que parecían locas y absurdas para el contexto dentro del cual estaba viviendo. La gente que lo escuchaba bien movía la cabeza o sonreían y decían que aquello era imposible. Una de ellas era la de la bicicleta voladora. ¿Un arquitecto que deseaba hacer palpable la idea de

una bicicleta que efectivamente despegara de la tierra hacia los aires, al mejor estilo de un filme futurista?

Hernando Vargas no veía para nada disparatado el concepto de los sistemas de propulsión contruidos con materiales caseros, lejos de la NASA o los complicadísimos cálculos que tantos dolores de cabeza le propinaba a muchos astronautas para que se efectuaran lanzamientos de cohetes de manera perfecta y confiable. Se puede decir que su propia casa se convertiría en una especie de plataforma de lanzamiento y de aterrizaje de su rudimentario diseño de un aparato, un juguete para niños que les dejaría algún día surcar los cielos capitalinos.

Vargas Rubiano no era un ingeniero aeronáutico. Era algo muy distinto; tenía una considerable lista de ideas a realizar, pero lo que lo obsesionaba era el tema del aire, un elemento muy fuerte en su personalidad y que tarde que temprano aplicaría a sus construcciones. Resulta que había una idea en particular que le atraía mucho y que le quitaba el sueño: que el hombre pudiera volar por sus propios medios, si bien ya se podía gracias a los aviones y helicópteros.

Hay que decirlo, desde muy temprana edad se maravillaba con el vuelo de las aves y no le parecía nada alocado que el hombre pudiese desarrollar por su cuenta un mecanismo seguro para poder lanzarse a los cielos. Y entonces, parte de lo que hizo fue, en esa materia, idear una bicicleta voladora que ya había empezado a construir cuando vivía con su familia en la casa de la carrera Novena con la 93, enfrente de lo que hoy es el Museo de Chicó.

La construcción de ese sueño comenzó con la compra de una bicicleta Monarch, que había sido de hecho un presente para su hija mayor en el año de 1958. Aquella maqueta era impresionante. El arquitecto le dedicó varias horas a la construcción de las alas ligeras que permitieran el vuelo de la bicicleta y estaba empeinado en que su invento finalmente se elevara, de la tierra al aire.

Las alas eran hechas con unos tubos muy livianos y unos paralelos de balsa. No eran de madera, pues siendo así serían de un peso muy grande, y por ende, la persona que pedaleara no conseguiría elevarse por mucho que lo intentase.

Ahora bien, ¿cuántos días y cuántas horas exactamente le costaron la realización de ese sueño alado? Con exactitud sus hijos no lo saben, pues los ratos libres del padre eran para dedicarlos a

la familia, al descanso, al campo, después de una jornada laboral larga y extenuante en su oficina. Ante esto cuenta José:

“-Recordamos que los fines de semana, por ejemplo, sábados en la tarde o bien los domingos, cuando no estaba en alguna de las fincas del llano, estaba en el techo de la casa construyendo la bicicleta con la cual se prometió a sí mismo que lograría que un ser humano volara al pedalearla. Nuestros vecinos lo veían como un personaje exótico.-”

-“¿Algo así como un arquitecto en el tejado?-"

“-Exacto. Lo que me recuerda, cuentan sus hermanos que de pequeños, allá en Tunja, papá se iba al colegio no por los caminitos...sino por los tejados-”

“-¿De verdad? ¿Y no se cayó?-"

“-Claro. Como las casas de Tunja eran de dos pisos y de tejas de barro española una vez se resbaló y fue a dar al patio del doctor Otálora y, recordando el incidente del pavo, fue un incidente muy doloroso para él y la familia. Casi se mata. Por fortuna, esa casa estaba en obras y un montículo de arena le salvó la vida.-”

Aún así, el arquitecto no dejó de trepar y de estar con los pies, dónde fuera que no fuese la tierra.

“-Lo gracioso de todo es que, le gustaba mucho la música también.-” Prosigue mi padre con respecto a la alegoría del “violinista en el tejado”: “-Estaba entre sus facultades. El violín era su instrumento predilecto, entonces estamos hablando de un violinista en los tejados, donde intentaba ponerle unas alas a una bicicleta que había comprado para su hija y eso sin duda alguna hacía que los vecinos y padres de mis amigos lo miraran con curiosidad y admiración. -”

“-El abuelo siempre estaba en los tejados...o en las nubes. Nada parecía que podía tenerlo un rato en la tierra...-”

“-Así era papá. Vivía en su mundo, pero no se quedaba solo en eso. Le gustaba compartirlo, porque lo que hacía, con lo que soñaba no era de él y solo para él. Quería que todos lo vieran y

participaran. Deseaba comunicarle a su familia, a sus amigos, sus colegas y al mundo que nada, que ningún sueño era imposible de realizar.-”

Hay una frase que dice que nada cansa si se hace de buena voluntad. Y a él le sobraba la paciencia y las ganas de emprender algún plan raro, alocado y más aún si involucraba a los que conocía, en este caso, a nosotros. No tenía los pies sobre la tierra, literalmente. Pero eso es lo que lo hacía que se saliera de los estándares de la arquitectura más comunes.

A cualquier persona que carece de conocimientos físicos y científicos le parece, naturalmente, un motivo de risa que la idea de pedalear y elevarse por los cielos en los cielos de una ciudad como Bogotá o inclusive en el campo sea efectivamente posible en el mundo real, lejos de la ficción de novelas. Pues no estaba equivocado con lo de la bicicleta voladora en el sentido de que, finalmente en otras latitudes, una solución de ese tipo de bicicleta que sí fue viable desde el punto de vista técnico pero ya con la ayuda de la energía solar.

Hernando Vargas, que fue un eterno enamorado de la energía solar y todas sus manifestaciones posibles, nunca pensó que podía aplicarse para darle energía a la bicicleta voladora, como sucedió con la famosa Gossamer, diseñada por ingenieros europeos. Ella logró atravesar el Canal de la Mancha a comienzos de los años ochenta y a raíz de eso se escribió un libro que Julio Dávila, yerno de Vargas, se lo trajo de Londres. Entonces, al conocer esa hazaña del Gossamer, el arquitecto sonrió triunfante: “-Ya sabía que algún día, el hombre pedaleando con sus dos propias piernas podría (y sí, con otras ayudas) volar en una bicicleta.-”

Vargas no ensayó en ningún momento el vuelo de su experimento ni en Bogotá ni en el llano, pues era muy consciente de que el peso de la persona que iba montada en la bicicleta era un factor crítico en el resultado. Y se dio cuenta de que iba a requerir de una persona muy delgada y muy liviana, para intentar desafiar a las leyes de la gravedad. Y sin que este valiente paladín fuera un niño, porque desde luego se requería cierta destreza para hacer de piloto de dicho proyecto. La falta de implementación de cierta clase de materiales y la altitud fueron otros factores que impidieron que persona alguna se atreviera a montar en la versión criolla del Gossamer.

Naturalmente que ese proyecto de la bicicleta voladora lo frustró mucho en el sentido de que no consiguió hacer volar la suya propia, la que él mismo construyó en el tejado de su casa, pero en el fondo sabía que algún día alguien tendría que hacerlo. Era una idea loca, peligrosa, costosa, pero que no estaba tan lejos de realizarse, como alguna vez se creyó imposible que el hombre pisara tierra lunar. En su tiempo, la bicicleta voladora no despegó hacia los cielos colombianos. Se requería, además de valentía, el soporte de elementos tecnológicos muy avanzados que no tenía en el garaje de su casa.

Vargas se anticipó al afirmar que un ciclista si podría volar, el Gossamer fue la prueba reina de sus palabras. Un hombre delgado, una bicicleta y mucho valor fueron necesarios para probarle al mundo y a muchos escépticos que la travesía a una distancia tan considerable como es el Canal de la Mancha, a pedaleo y velocidad constante, no es un relato posible sólo en una historia de Julio Verne.

Pero en Colombia es aún muy difícil que esto se logre, porque además del riesgo, el costo es aún muy elevado para pasar del plano al diseño, aplicación y funcionamiento. Pero con todo y eso, pese a su frustración, él tenía fe de que su idea era viable, y que algún día sería posible.

“-Obviamente hacia el futuro habrá no uno, sino varios avances tecnológicos en ese aspecto, buscando minimizar el riesgo y el esfuerzo de la persona que pedalea y haciendo más eficaz el mecanismo de avance de la bicicleta hacia un viaje aéreo. Por esa razón, considero que papá fue una persona que iba y pensaba mucho más allá que el común de la gente. Ahora comprendo el porqué alguna vez algún colega arquitecto dijo que él era una especie de Leonardo Da Vinci, pero colombiano, en el sentido de que imaginaba cosas que a poca gente en ese contexto (o incluso después) se le ocurrirán-”, asevera José.

En cuanto a la vieja bicicleta que sirvió de experimento casero de vuelo, los hijos Vargas Caicedo la hubieran querido guardar de recuerdo del gran sueño y esfuerzo consignados en ese metal y tuercas. Sin embargo, todos ellos prefirieron, como niños que eran en esa época, pedirle al padre que les prestara dicho juguete. Él no tuvo inconveniente alguno en cedérselas; a fin de cuentas, había sido un presente para su hija mayor. Pero lo gracioso de todo era que se quedaron no con la

voladora, sino la “normal, sin las alas” para poderla montar por las calles del barrio junto con sus amigos.

Y efectivamente, muchas de las cosas que Vargas imaginó y soñó la estamos viendo hoy en día. El edificio UGI es el coloso en carne viva, o más bien, en piedra, cemento y hierro que demuestra que se puede hacer no una casa, sino un edificio en el aire. Al revés. De arriba para abajo.

Para la privacidad: la escalera plegable

Un ejemplo de eso los sueños que un escéptico tacharía de impensables, imposibles, excéntricos y caros fue su propia casa, en la cual desarrolló, entre otras cosas, la famosa escalera de caracol, que se abría y se cerraba en abanico para subir a su estudio, el espacio único del segundo piso que constituyó todo un desarrollo genial que él mismo resolvió.

“-Yo era una pre-adolescente cuando mi papá estaba diseñando la casa. Y una noche me despertó pues estaba entusiasmadísimo porque ya había resuelto el mecanismo de la escalera (risas). Y yo toda dormida, me acuerdo, en pijama tratándole de poner atención cuando él me explicaba cómo funcionaba-”, recuerda Leticia.

La escalera plegable, otro de los inventos de Hernando Vargas Rubiano fue muy popular no solo entre la familia. Dio mucho de qué hablar en el barrio, pues hizo conocida la casa en la que vivieron los hijos del arquitecto quienes invitaban a sus amigos para demostrarles que lo que hablaban en el colegio no eran mentiras ni exageraciones.

Dicha escalera Vargas la inventó e implementó por casi cincuenta años y sus hijos testificaron sus usos cuando vivían en la casa del barrio El Chicó Tenía la necesidad de generar un acceso adecuado y cómodo para el segundo nivel del estudio que él mismo había concebido para trabajar, dibujar y hacer sus proyectos.

Y en ese lapsus de tiempo, al arquitecto se le metió la idea en la cabeza de que tenía que ser una escalera de caracol pero su inventiva y gran imaginación lo llevaron a que esa escalera fuera plegable. Es decir, ella se abría como un puente elevadizo de suerte que nadie pudiera subir a su

estudio sin su previa autorización para que no fuera interrumpido al estar enfrascado en su trabajo o algún proyecto de diseño.

Un muy buen mecánico, llamado Vicente Chávez, fue la persona que construyó dicha escalera pero siguiendo muy fielmente los planos ideados por Vargas. De hecho, los interpretó tan bien, que el invento de la escalera plegable jamás requirió de reparación, revisión o ajustes. Chávez era una persona que tenía su propio taller de mecánica, y era un ser humano muy recursivo. Vargas le apreciaba mucho.

El arquitecto Vargas y él eran la respuesta a la pregunta de cada uno. Ante la necesidad de construir y hacer físicamente palpable, visible lo que él sólo dibujaba en sus cuadernos, la figura de Chávez era elemental en proyectos como el de la escalera. Mecánico y arquitecto se entendían perfectamente, no solo en el arte del plano y el diseño sino en las charlas que tenían. Eran complementarios. Y gracias a esa química el plan de la escalera fue posible y saltó del papel a formar parte del hogar Vargas-Caicedo.

Esa escalera desde luego quedó bellamente fotografiada como un testimonio de un diseño muy original porque encarna el deseo de tranquilidad de un arquitecto que necesitaba de privacidad y mucha concentración a la hora de trabajar. No solo era bonito sino que además era muy práctico. Tenía una hermosa forma escultórica, tanto abierta como cerrada. Resultaba entonces muy agradable mirarla, como también hacer uso de ella, coinciden los hijos de Vargas. Sus peldaños tenían formas triangulares hechas con maderas de guayacán y el elemento central, la baranda, si estaba construida con una fuerte base metálica.

El sueño de todo finquero o “mochilero”: la Hama-carpa

Otro invento muy particular de Hernando Vargas fue la *hama-carpa*, es decir, una especie de híbrido entre una hamaca y una carpa, ideal para un viajero y finquero porque dicho artefacto cumplía ambas funciones bien fuere en paseos, excursiones, o también en operaciones de campaña. Su inventor hizo mucho uso de ella en sus tantas idas al campo tanto en tierra fría como en los llanos.

Quizá Vargas estuvo esperando por mucho tiempo a que alguien antes que él hiciera posible la idea de tomar una siesta y a la vez evitar el malestar ocasionado por los piquetes de los insectos. Nadie lo hizo así que “le tocó” inventárselo él.

Aquel artefacto entonces le cayó como anillo al dedo al arquitecto, pues para el ¿qué podía ser mejor que una salida al llano en familia, un delicioso almuerzo y después, sino estaba dibujando alguna cosa extraordinaria, tomar una merecida siesta en su hamaca? Parece ser que su respuesta era, unas largas horas de sueño ininterrumpido en una hamaca-carpa. Su hamaca le acompañó en varias travesías, pero no parecía satisfacerle del todo. Decidió entonces darle otro uso a la misma, dándole su peculiar toque y sello personal.

Vargas había hecho unos esbozos de esta nueva modalidad de hamaca en los años cincuenta y lo puso en práctica en los sesenta. Para él, era un sistema bastante sencillo: constaba de unas bases especiales para evitar tener que depender de la fuerza y el grosor de ramas de árboles o incluso, de las columnas del porche de las casa a la hora de atar las cuerdas que la sujetaban.

Entonces, para poder armar la hamaca al aire libre, tuvo que inventar unos hamaqueros hechos en metal, los que mucho más adelante, lo estaría reformando y mejorando con el invento de esta hama-carpa. A ella le adicionó una carpa para que la hamaca pudiera quedar dentro de la carpa y evitar así la molestia de los mosquitos y todos los zancudos nocturnos que no desaprovechaban la oportunidad de zumbear los oídos del durmiente con la esperanza de una buena dosis de sangre.

El blindaje de una hamaca no tuvo un costo excepcional y era una salida práctica ante el sufrimiento de las noches en vela si alguien temía ante la visita de algún arácnido o si había olvidado el repelente para insectos. O bien era una indiscutible protección ante una lluvia inclemente. La hama-carpa parecía entonces la solución a ese tipo de inconvenientes a la hora de “mochilear” o explorar los montes.

Todo lo anterior, con el fin de facilitarles sus horas de sueño a los exploradores y paseantes del llano o la sabana. De manera que, en ese sentido, Vargas fue autor de un invento realmente novedoso y muy apetecido por los mochileros que prefieren vivir la aventura de internarse en la selva o los montes en lugar del avión.

Hablando de implementos domésticos, Vargas inventó una mesa con la forma de una pera a la cual le implementó un sistema rotatorio para que las personas que comían en ella, pudieran pasarse los platos y sus servilletas. Así, podían servirse de una manera más cómoda.

Infelizmente, Vargas no tenía un sentido de conservación con sus inventos. Ni la hama-carpa, ni la mesa de pera rotatoria están en manos de sus hijos o nietos. Y todo porque el propio Vargas no consideró aquellos aparatos como “inventos demasiado importantes”. Era muy humilde. No le atraía el dinero y ese parte la descuidaba mucho. Lo que pasa es que el arquitecto entendía en la invención lo que era el aporte a la humanidad y que en algún momento, la vida le retribuiría esa parte de apoyo y trabajo para con la sociedad. Pero claramente el dinero estaba ausente entre sus objetivos.

Alguna vez, un abogado amigo suyo le codeó:

“-Hernando, hombre, tu habrías podido patentar tantas cosas...-”

“-¿Y eso para qué?-”, le contestó Vargas.

• • •

“-¡A untarse las manos!-”

Vargas Rubiano podría haber sido encantador de serpientes. Tenía mística para el arte de conversar con personas de la talla de los políticos pero también con algún personaje desconocido que caminaba sin rumbo entre los pastizales del llano. Pero algo que era verdaderamente extraordinario era el afecto que tenía por los animales. Desde muy temprana edad manifestó ese sentimiento, cuando se acurrucaba muy concentrado y construía pajareras para que los “pajaritos tuvieran donde vivir”, hasta muy crecido cuando tuvo a su haber reses, caballos y perros.

Vargas tuvo una pasión muy grande por los caballos, el ganado y los venados, estos últimos porque le parecían animales preciosos, elegantes y misteriosos. En uno de sus viajes por Europa, más específicamente por Alemania, quedó impresionado por la caza que se le daba a estas

bestias, y más aún cuando veía que su carne se consumía con una voracidad similar a la de los latinoamericanos con la carne vacuna. Y las aves.

En Villavicencio, en la finca que se llamaba Portugal, Vargas tuvo una lora que se llamaba Pastora. Ambos se tenían un profundo cariño, pero esta ave tenía una personalidad muy particular. Quería mucho a los hombres y sentía un odio profundo hacia las mujeres. De modo que cuando el arquitecto daba largas caminatas o paseos a caballo, ella se le prendía en el hombro y no le quitaba el ojo de encima a él que fuera que se le acercara a su amigo, al mejor estilo de una novia celosa.

Pero también esta celosa ave dentro de la casa de la finca, como recuerdan sus hijos, no desaprovechaba la oportunidad y se le encaramaba, haciéndole parecer un pirata bonachón, entusiasmado con mapas no de tesoros sino del territorio del llano que parecía querer conquistar.

Ni siquiera Rosita o las empleadas de la finca escaparon de las manifestaciones de cariño de Pastora hacia Vargas. Sucedió una vez que, en lo que parecía un tranquilo fin de semana en la casa se convirtió en una especie de riña novelesca entre mujer y ave:

Una empleada de la casa iba a llevarle el desayuno a su patrón.

“-Permiso, Doctor...-”, le dijo la muchacha tímidamente.

“-Siga, por favor-”, fue la habitual respuesta amable del arquitecto, muy concentrado en una lista con los nombres de las vacas que tenía sobre la mesa repleta de papeles.

“-Le tengo el cafecito tal y como al señor le gusta...-”, la mujer no acabó al frase, porque gritó de miedo. Tuvo que esquivar el huracán de plumas verdes y batir de alas enfurecidos que por poco la hacen tropezar. Pastora, encendida de celos, había brincado de su percha para espantar a la empleada lejos de su amo. El ave batió las alas y se posó en el hombro del arquitecto quien se vio utilizando palabras cordiales para calmar a la una y la otra.

A diferencia de muchos padres que eran severos con sus hijos, el arquitecto mostraba temple y dulzura al mismo tiempo para con la educación de sus cuatro retoños. Y también, en los ratos libres. Los amigos de los hijos admiraban visitar la casa de los Vargas, no solo por los exquisitos manjares dulces y salados preparados por Rosita, y porque Hernando no era de esos padres que regañaban o que se irritaba con el desorden. Él mismo era como un niño, de la edad de sus vástagos. Tenían en casa la versión criolla del Arca bíblica.

Y tanto así, que llegó a tener en su casa del Chicó una verdadera Arca de Noé como así la bautizó Rosita porque llegaron a tener en un determinado tiempo un número considerable de animales en casa. Al mismo tiempo, al lado de los cuatro niños Vargas, Hernando y Rosita tuvieron a su cuidado, además de plantas en su jardín.

“-Para ser exacto, yo recuerdo en particular tres peces, un cuarteto de loros australianos, un gato, una tortuga, muy linda por cierto...” comenta mi padre, quien jamás abandonó el gusto por los animales, en especial los cuadrúpedos.

A diferencia de su esposa, Hernando Vargas gozaba mucho con los animales, tanto domésticos como los salvajes. Pero lo más extraño de todo fue, que además de los gatos, perros y vacas en la finca, en su propia casa, más específicamente en el jardín, tuvieron pastando una venada. Aquel cuadrúpedo se integró a la familia por corto tiempo, pues acababa devorando las preciadas flores que Rosita con tanto ahínco se dedicaba a regar.

“-¡Ayyy, Hernando, pero, decime, ¿qué vamos a hacer con tanto animal aquí en la casa?-" le increpó una noche Rosita. Ella apartaba a zapatazos los ires y venires de las curiosas criaturas que el marido traía al techo familiar, para deleite de los hijos.

“-Los vamos a cuidar, claro. Eso si se portan bien, vas a ver-"", contestó con naturalidad el arquitecto. La vida de la flora y fauna le eran especialmente atrayentes y no perdía la oportunidad de involucrarse con ella. No siempre podía estar en el campo, no del modo que le hubiera gustado, así que trajo los animales...a su propio techo.

Vargas no era médico, y mucho menos veterinario. Con el tiempo el “-fue haciéndose más y más ganadero y veterinario-"”, recuerda Hernando su hijo, divertido por la remembranza del padre,

quien a la propia ex señorita Colombia en 1953, Luz Marina Cruz de Caicedo la puso a atender el parto de una vaca.

Además de todas las manifestaciones de la vida, a Vargas le encantaba pasear. Escaparse un momento de la realidad le resultaba irresistible, pero no se iba solo. Le gustaban los planes “en patota”, preferiblemente con su señora e hijos. Los largos trayectos le gustaban tanto que nunca, como recuerdan sus hijos, fueron motivo de queja para él. Hacía las cosas a su ritmo, a su manera, pero todos terminaban disfrutándolo mucho al final.

Si se le pregunta al hijo varón mayor del arquitecto qué escena recrea su mente cuando hablamos de un paseo típico dominguero con los tres hijos (antes de Cecilia venir al mundo) y los padres, se habla de trayectos largo por carretera a lo que hoy conocemos como El Pórtico, que en esos tiempos era considerado “La porra”.

“-Yo recuerdo que nuestros paseos de fin de semana era ir a comer pandeyucas a los pueblitos a las afueras de Bogotá. Era muy grato, podías ver ovejitas pastando y el olor a campo te ayudaba a, en cierta forma, limpiar y purificar tus pulmones del aire ciudadano. Pero uno también sentía mucho frío, tanto, que debíamos usar ruanas. Así nos íbamos, mi papá, mamá, Leticia, José y yo. Un panorama con el que mi padre gozaba muchísimo.-” sostiene Hernando hijo.

En la época que Hernando hijo tenía entre cinco y ocho años, el padre les llevaba al Pórtico, propiedad de unos inmigrantes lituanos exiliados. Allí, Vargas y su esposa después de un almuerzo dominguero se sentaban en la grama y conversaban durante horas, y al mismo tiempo vigilaban a sus inquietos hijos que se ponían a jugar en los pastos, dibujando así un instante muy familiar de los cinco Vargas, lejos de Bogotá.

Se puede decir que el arquitecto era un afiebrado a no sólo a los paseos tranquilos a pueblecitos para llevar a sus hijos por las deliciosas fresas con crema, o las caminatas románticas con su esposa en los llanos orientales donde hombres a caballo y gavilanes eran parte del paisaje que les rodeaba. El vieja era una palabra con doble sentido para Hernando Vargas, porque si bien le

gustaba el descanso, una buena siesta y, eso sí, comer bien, había también el ansia incontrolable por vivir una aventura, y si era en familia, era una alegría aún mayor.

Los viajes a otros países fueron indispensables para el niño que era como un Alejandro Magno en potencia, que deseaba crecer y expandirse, abandonar la tierra materna e irse no sólo a Bogotá sino a los grandes países en los que se desarrollaban historias dignas de alimentar más y más la imaginación de un joven soñador.

Los “paseos largos” por carretera, para Vargas y quienes lo acompañaban eran literalmente aventuras. Pero los disfrutaba inmensamente, ya que eran trayectos de varias horas, y le servían para cultivar mucho el arte de conversar, contrariamente a los viajes de las familias modernas en las que cada cual se conecta, o más bien, se desconectan unos de otros, en el sentido estricto de la palabra.

La preparación logística de los Vargas-Caicedo para uno de esos trayectos era muy similar a un filme cómico norteamericano, pues requerían de un sinnúmero de compras, víveres, elementos para el trabajo agropecuario.

“A él le gustaba vernos trabajar, pero porque eso era un ejercicio que disfrutaba pues aprendíamos cosas esenciales para la vida, como ensillar un caballo, ordeñar una vaca, recoger los huevos de las gallinas, acampar al aire libre, las caminatas por el bosque...era vivir el campo, porque la concepción de un paseo no solo era empacar, desempacar, dormir, comer y charlar. Un paseo no era vagar. El viaje tenía una implicación más a fondo porque nos encargábamos de las fincas y comprendíamos la importancia del campo. Este era algo más que una fuente de abastecimiento para las grandes ciudades como Bogotá-”, explica Hernando.

Cómo preparaban los caballos, cómo los bañaban o los peinaban, qué alimento darles o, por otro lado, anotar en libretas repletas de papel cuadriculado los nombres de los terneros que nacían, de qué raza eran, todo eso formaba parte del paisaje sensorial que Vargas inculcó a los cuatro hijos. Todos participaban y no se quejaban, porque afortunadamente heredaron el cariño por el medio ambiente del padre. Los animales les gustaban mucho, sobre todo los gatos y los caballos.

Vargas jamás intentó ocultar esa rama campesina intrínseca en él. Por el lado materno, el Rubiano, habían sido todos terratenientes, y para el niño aún latente en el alma de Vargas le resultaba imposible ignorar el llamado del campo, que era algo más que la fuente de la que provenían los vegetales para las ensaladas, los huevos para su desayuno o la leche para su café.

“-A medida que él iba aprendiendo ganadería, nosotros íbamos oyendo lo que él nos iba contando. Él era un profesor fuera de lo común, era empírico y en los paseos largos nos daba, en cierta forma, unas clases informales en la finca, dándonos, a su manera, una especie de manual de mantenimiento de la casa de campo como también de los animales-”, relata Hernando hijo. Las fincas contaban con capataces, que por supuesto ayudaba con labores de trabajo pesado. Pero lo que el arquitecto tunjano quería era que sus retoños aprendieran no solo a vivir el campo...sino a *quererlo*.

En el campo, Vargas se sentía como pez en el agua o ave en el aire. La finca era pues su santuario de descanso y ahí podía fácilmente desarrollar sus inventos. También para llevar a cabo larguísimos trayectos a caballo para admirar la belleza de la selva y el campo, como también traer los terneros. Parecía que no había algo que él más disfrutara era el arte de transmitir sus enseñanzas a los cuatro jóvenes discípulos

Que trajeran los limones y naranjas, se embarraran, se mojaran con el agua de la lluvia o del río,

“-Entonces lo que ustedes hacían, cuando se iban a la finca no era descansar, era trabajar...-”

“-A aprender. Digamos que la finca era su programa pedagógico para con nosotros en el sentido que debíamos sabernos desenvolver en funciones varias y entender como funcionaba bien todo. Era un sitio dónde el lema parecía ser ‘a untarse las manos’ en sentido literal. Era un método de enseñanza único y todos gozábamos aprendiendo. La vida en el campo, como muchas cosas de la vida requieren de ‘untarse un poco’ porque si no lo vives, simplemente no lo entiendes.-”

. . .

V. En compañía del riesgo

“-Mi padre tuvo un acto de amor que jamás olvidaré que fue el de llevarme con él a muchos de sus viajes. La compañía de viajes era algo que le entusiasmaba mucho, y más aún si era alguno de sus hijos. No solo el viaje en sí mismo lo disfrutaba, sino la sensación de la camaradería, la complicidad que tenía con nosotros-”, afirma Hernando hijo. “-Pero como decía mi mamá, mi papá posiblemente no tenía un instinto de conservación porque él no veía peligro en nada. No veía el riesgo...pero lo tenía cerca de él. Era un imán de riesgos.-” comenta Leticia.

A la deriva

Hernando Vargas Rubiano fue protagonista de diversas anécdotas y peligros que preocupaban a sus familiares pero que por otro lado alimentaban su curiosidad y sed de aventuras. El lema de su vida parecía ser “si todo fuera sencillo, entonces nada tendría sentido porque entre más riesgo y más dificultades se presenten en el camino hacia un objetivo éste parece más cautivador y emocionante de alcanzar”.

En esta ocasión estuvo acompañado por su hermano mayor, el abogado Gonzalo Vargas Rubiano y en un viaje a la ciudad de Cartagena, alcanzaron a estar a la deriva sin posibilidades remotas de regresar a tierra firme, a merced de las inestables olas marinas y del apetito de los tiburones. Anécdota que contó con mucho humor a través de los años siguientes.

A mediados de los años sesentas, hubo otro episodio en la vida de Hernando Vargas Rubiano que merece comentario del cual también se escapó milagrosamente de la muerte, destino que a todos nos aguarda pero que el conseguía esquivar, ante todo con su característico sentido del humor. Estaba él en la Ciudad de Cartagena en unas vacaciones, acompañado de su esposa Rosita, sus hijos y de su hermano Gonzalo. Y Hernando decidió subirse a un colchón de piscina estando en el mar, en la región costera de Bocachica. El agua, uno de los cuatro elementos se le hacía irresistible, atrayente y más aún con ese calor que le caía en picada.

La sensación de estar en un colchón en el mar y mirando al cielo le gustó mucho e invitó a su hermano Gonzalo a que hiciera lo mismo, a que se acostara en otro colchón igual al de él para estar en el mar relajados y tranquilos. Estaban tan calmados y distraídos que no se dieron cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Así permanecieron, flotando, tranquilos, abandonando todo pensamiento que les arraigara a tierra firme.

“-Nosotros (mis hermanos y mi madre) no nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo porque no estábamos ni en el mar, ni en la playa sino adentro de Cartagena, conociendo el Castillo de Bocachica-”, relata José. Ellos estaban fascinados con la belleza de la ciudad marítima, en la que alguna vez hubo históricos enfrentamientos con piratas. “-Cuando salimos del castillo, dos horas después, nos encontramos con el relato de Hernando comentándonos todas las peripecias por las cuales había pasado en las dos horas anteriores. No imaginamos lo que ocurrió en las horas de nuestra ausencia. -”

Hernando y su hermano estaban tendidos en los cómodos colchones, flotando en el mar meditando y con la vista clavada al cielo azul, sin una sola nube, cuya grandeza se podría confundir con la inmensidad del mar. Nada en el mundo al parecer podría interrumpir esa conexión de los dos hombres con la paz absoluta que la brisa y las olas tan generosamente les proporcionaban.

De repente, el viento, sin que ellos se dieran cuenta, se los fue llevando mar adentro. No lo sabían, pues estaban sumidos en un sueño profundo, deleitados con los gritos de las gaviotas, el suave batido de la solas, hipnotizados con el olor de la brisa marina y sobretodo, en una actitud despreocupada. Este relato es digno de un guión de película, porque los dos hermanos llegaron a una zona donde el mar Caribe que estaba infestado de tiburones.

Los hermanos Hernando y Gonzalo, en determinado momento estando ya mar adentro, quisieron regresar, al descubrir asombrados lo lejos que estaban de tierra firme y así seguirían en un dudoso e incierto trayecto por el Caribe. Pensaron en regresar nadando pero se dieron cuenta que la distancia era muy lejana. Entonces instintivamente no abandonaron los colchones en las cuales

flotaban. Se les ocurrió la idea de remar con sus propios brazos, sentados en los colchones, pero no avanzaban nada porque el viento se los iba llevando cada vez más mar adentro.

Entonces la situación se tornó muy tensa, porque Hernando se dio cuenta que él y su hermano estaban francamente en peligro de morir ahogados o devorados por los tiburones. Nadie se había percatado hasta ese momento de la emergencia en la que se encontraban. Milagrosamente, un pescador que iba en su barca alcanzó a verlos desde lejos y Hernando le pidió ayuda.

Pero, ocurrió que la barca del pescador era muy pequeñita y Hernando no se podía pasar del colchón al tan diminuto medio de transporte marítimo. Entonces el arquitecto no tuvo más remedio que hacer una fuerza sobrehumana (como lo calificó él mismo) de hacer de sus brazos unos remos sentado en el colchón para poder avanzar hacia la playa, pedir ayuda para rescatar a su hermano Gonzalo, quien era menos atlético que Hernando, y lo logró, con un esfuerzo bárbaro como comento más adelante.

Cuando el hombre se encuentra en apuros, y si está entre la delgada línea entre la vida y la muerte, saca al máximo su potencial para sobrevivir. “Como quien dice, uno saca fuerzas de no sé dónde y no sé cómo, pero le pone todo el empeño del mundo y con un poco de suerte, logra lo que se propone. Gracias a Dios papá tenía ambas y porque siempre fue muy atlético”, relata mi padre.

Hernando logró llegar a la playa y le dijo al pescador:

“-Consiga una lancha o una barca más grande y traiga a mi hermano que está en esa dirección.-”

“-¿Cuál hermano?-" le dice el otro, con cara de no comprender.

“-Pero... ¡Si mi hermano estaba conmigo! ¡Los dos estábamos a la deriva juntos!-"

“-Yo no veo a nadie más, señor-" repuso el pescador.

Era cierto. Solo estaba Hernando, con la barca flotando a su lado, sin su hermano, porque Gonzalo estaba tan lejos que ni se veía ya. Hernando le insistió que fuera hacia allá y que le

pagaría lo que fuera. Y el pescador partió, fue y ya no se veía. Se había perdido en el horizonte de lo lejos que estaba. Finalmente regresaron.

“-El pescador contó que había sido muy difícil trasladar a Gonzalo a la barquita sin que esta se fuese a voltear y que ambos cayeran al mar. Fue una odisea. Se salvaron de los tiburones y se salvaron de morir ahogados-”, se alivia José.

Primer secuestro: desvío a Cuba

El secuestro, una triste especialización de la guerrilla colombiana y de los delincuentes en el marco de una guerra brutal, marca y estigmatiza social y psicológicamente a las víctimas sin importar su sexo, condición socioeconómica, religiosa o política. Sin embargo, con el ejercicio del recuerdo la herida aún si es dolorosa nos permite conocernos un poco mejor y enfrentando nuestros temores sacamos lo mejor de ese acontecimiento que bien que mal forma parte de la Historia de nuestro país.

Hernando Vargas Rubiano fue víctima de un secuestro, o de una retención en contra de su voluntad que aún si fue poco tiempo, lo marcó a él y su familia para siempre. Tuvo dos episodios de secuestro colectivo de los cuales se salvó milagrosamente. El primero, el secuestro en el avión de Avianca a Cuba, era el año de 1970. El estaba viajando a la ciudad de Barranquilla porque tenía allá una obra en construcción que era la Sede del Banco Ganadero en esa ciudad. Aún así, con la tranquilidad que le caracterizaba, enfrentó sus temores y logró salvarse. José Vargas relata:

“-El primer día del secuestro yo me encontraba en la Universidad (estudiaba economía en los Andes) y recibí la llamada después, estando yo en casa de un amigo muy cerca del Hospital militar. Era mi madre (Rosita Caicedo de Vargas) quien me dijo que mi padre estaba secuestrado en el avión a Cuba y que tenía que irme para la casa inmediatamente. Todos concurrimos allá a la mayor brevedad posible. Mi hermana mayor Leticia estaba amamantando a su primer hijo, mi sobrino Juan Ramón Piñol, y de la pura angustia se le secó la leche. Nunca tuvo más leche en toda su vida.-”

Toda la familia vivió un grave momento de angustia colectiva que incluso contagió al bebé quien se enfermó del estómago. Rosita, que desde siempre estuvo fuertemente arraigada a las costumbres católicas rezaba muchísimo, con mucha fe de que se superara la situación.

Vargas Rubiano tomó el avión, al igual que el considerable número de viajeros, sin preocupaciones más que las del equipaje. Todo parecía transcurrir con calma y sin novedad aparente.

Y en el vuelo, los secuestradores se tomaron el avión y pese a los pedidos del capitán, el piloto del avión y del copiloto en el sentido de que les permitieran revisar el avión en el aeropuerto cuando llegaran a Barranquilla, para poder hacer una reparación porque la nave tenía algunas fallas. Circunstancia que hacía aún más compleja la situación: los secuestradores no creyeron eso, pensaron que se trataba de una estratagema del piloto y del copiloto para engañarlos a ellos y el avión tuvo que aterrizar finalmente en Cartagena ciudad que no era su destino final.

Pero al final, permitieron los secuestradores dicho aterrizaje por razones técnicas y el avión estuvo sin aire acondicionado, de suerte que se convirtió en un verdadero horno por las altísimas temperaturas de la ciudad costeña. Todo esto era hacia el mediodía. De manera que llegaron a atender el avión las autoridades de la aeronáutica del aeropuerto de Cartagena tratando de darle solución técnica al problema del avión.

Y los secuestradores habían dado un tiempo muy corto para arreglarlo, de lo contrario, ellos lo volarían. Para demostrarlo, mostraron las granadas y la dinamita que tenían a mano. Era una carrera literalmente a contrarreloj, donde cualquier cambio a última hora, cualquier error podría costarle la vida a todos los detenidos del avión.

Todos los pasajeros estaban muy nerviosos. Pero había una mente que no estaba presente. Al menos, canalizó su pánico... a su manera. Hernando Vargas había pedido prestado un bolígrafo a un vecino de asiento y una hoja de papel y se limitó a hacer unas caricaturas de los hombres que les vigilaban y amenazaban constantemente. Él se puso, en la serenidad que lo caracterizaba a

dibujar los perfiles, las caras de los secuestradores: era un muy buen dibujante, además de arquitecto, y entonces le resultaba muy fácil hacer fisionomías y se entretuvo con eso.

La gente suplicaba a los secuestrados que desistieran de la idea del secuestro. Todo esto era emitido por radio desde que el avión llegó a Cartagena. “-Y nosotros contábamos los minutos que los secuestradores habían dado como si se estuviera transmitiendo un partido de fútbol-”, confiesa José. Los temores de las familias eran comprensibles, porque a falta de las tecnologías de hoy, se padecía de impotencia, de no poder o no saber nada frente a acontecimientos como un secuestro colectivo.

Las autoridades locales les pedían a los delincuentes que permitieran un tiempo adicional para poder concluir la revisión técnica del avión para poderlo dejar despegar a Cuba pero los secuestradores se negaban creyendo que todo formaba parte de una estrategia para evitar su plan y se tornaron más agresivos y nerviosos.

La gente se quejaba de calor, no tenían agua y los bebés lloraban al acabárseles a las madres la leche en los teteros. Y en esas, despegó el avión a Cuba y todos descansaron por el pánico que los tripulantes tenían de que se agotara el tiempo que impusieron los secuestradores para volar el avión. Ante la amenaza de los secuestradores, que con gritos y armas intimidaron profundamente a los tripulantes, había un caos total.

Llegaron a Cuba, pero en vez de recibir un magnífico recibimiento por parte del Gobierno de Fidel Castro, sólo les dieron malos tratos. Fueron llevados a un hotel que se hallaba en un muy mal estado de conservación habiendo sido el más lujoso de La Habana.

Allí los alojaron sin permitirles salir ni un minuto a la calle ni tener ningún contacto con el público, se puede decir que les dieron un “hotel por cárcel”. Los secuestradores en cambio fueron recibidos como héroes, les hicieron toda clase de homenajes y de felicitaciones.

“-Claro, era un triunfo para Cuba, porque el Gobierno de Castro cobraba una suma muy importante a las aerolíneas por el derecho de regresar a sus países de origen-”, se acuerda José, quien en ese entonces era muy joven y no se había graduado.

Entonces, al día siguiente, regresaron en el avión a Colombia. Y cuando despegaron a Bogotá, todos empezaron a cantar el himno nacional con muchísima emoción por el regreso a la patria. Venían cargados con tabacos cubanos y de aguardiente, que fue lo único que les dieron como *souvenir*. Pero fue una situación muy angustiada, fueron dos días de tremenda angustia y tensión donde la impotencia nuestra era total.

Hernando Vargas Rubiano, la misma noche que regresó del secuestro les narró a sus impactados parientes, con muchos detalles todo este episodio diciéndoles que lo que realmente había sucedido era muy posible que pudiera volver a pasar en futuros vuelos aéreos, no solo de Colombia sino que en todos los países del mundo.

Infelizmente, no tuvieron esos cuidados en países como Estados Unidos, por ello sucedió el temido 11 de Septiembre, noticia que Hernando vio en los noticieros nacionales y le impactó mucho.

Segundo secuestro: La pesca milagrosa

El secuestro que en nuestro país tristemente denominamos las “pescas milagrosas” fueron una especialidad de las bandas criminosas para lucrarse con adinerados viajeros que optaban ir por carretera hacia su destino y no en avión. Y ahí caían en las garras de grupos como las FARC. Vargas Rubiano vivió en carne propia una retención en contra de su voluntad, sin ser, como muchos otros individuos, un personaje prominente o con una considerable cuenta bancaria.

José Vargas Caicedo prosigue su relato del segundo secuestro de su padre, que fue tan inquietante como el primero, esta vez en la ciudad de Villavicencio año 1998. Dice:

“Veintiocho años después del incidente con el avión de Cuba, Hernando Vargas Rubiano fue víctima de una retención en contra de su voluntad en el departamento del Meta. El había volado de Bogotá a Villavicencio en un vuelo regular comercial y cuando se bajó del avión tomó un taxi

para ir a una vereda muy cercana donde él tenía su finca de recreo, Santa Rosa de Vanguardia. Eran las siete de la madrugada.

“Y en el camino, a unos siete kilómetros de la ciudad de Villavicencio, el taxi en el que iba el fue detenido por unos desconocidos. Y el arquitecto observó que todos los demás carros que iban detrás de él también iban siendo también detenidos. Los hicieron bajarse de los carros y les dijeron:

“-¡Ustedes, todos ustedes están retenidos! No pregunten que después les explicaremos.-

“Así, a las diez de la mañana los desconocidos que les mantenían detenidos les explicaron que ellos eran una columna de las fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) dirigida por Romaña quien tenía en esa región un dominio territorial muy consolidado en esa época. Estaban entonces retenidos más de veinte vehículos según nos contaba mi padre. Y en ese momento, hacia las diez los guerrilleros les hicieron volver al interior de los carros para tenerlos inmovilizados ahí.

“Pero era mucho el cansancio y mucho el calor que hacía allí adentro de los vehículos, y las personas detenidas pidieron que les dejaran volver a salir. Los guerrilleros accedieron pero custodiados permanentemente por los muchachos guerrilleros que los tenían a su ‘cuido’. Hernando Vargas pidió la posibilidad de que lo dejaran sentarse y le brindaron una hamaca en un rancho.

Vargas se sentó en la hamaca y estuvo unos pocos minutos ahí y después se le ocurrió la idea de ir al baño (en realidad se quería fugar) pero no se lo permitieron. El guerrillero enorme que empuñaba un gran fusil le hizo pensar en los guardas de campos de concentración, porque hablaban a los gritos y en un español tan vulgar que le era casi incomprensible.

“-Mire señor-” pidió Vargas, en un tono diplomático ante la situación que lo ameritaba. “-Es que yo *tengo* que irme...-”

“-Ja, tan chistoso, eso dicen todos. Pues sepa que no. De aquí no se mueve nadie, ¿me oyó?-"espetó el guardia.

“-Es una verdadera emergencia. Por favor.-”

“El dijo que era una necesidad muy grande que tenía, tanto insistió que un guerrillero le dijo: - ‘Listo, pero yo lo acompaño’-. Y lo llevó encañonándolo con el fusil en las espaldas.

Entonces Vargas fue acompañado todo el tiempo por el guerrillero y regresaron a la cabaña donde estaba la hamaca que había dejado. El plan de fuga del arquitecto fracasó, y de mala gana tuvo que regresar hacia donde aguardaban las demás personas retenidas en sus propios automóviles.

Unos pocos minutos después, se empezaron a escuchar muchos ruidos de motores encendidos. Ellos no sabían de donde provenían. Y de repente se dieron cuenta de que eran aviones de la Fuerza Aérea que venían de la base de Apiai relativamente cercana, ya en el plan de bombardear la zona para liberar a los secuestrados.

Y así fue: con el bombardeo, los guerrilleros se dispersaron y los secuestrados pudieron nuevamente abordar sus vehículos y huir rápidamente recuperando inmediatamente su libertad. Fue un secuestro que duró aproximadamente unas ocho horas, pero también fue muy tensionante para toda la familia, por cuanto también se enteraron por la radio de lo que estaba sucediendo y le seguían el secuestro como quien sigue todas las novedades de un partido de fútbol o los resultados de las elecciones presidenciales.

. . .

Lo imposible se hace posible

Lunes por la tarde en la ciudad de Bogotá. El clima parece empeorar y un torrente de lluvia amenaza con caer en cualquier momento. Las calles están repletas de automóviles y la gente se empuja presurosa en su afán de encontrar un refugio. Encorbatados ejecutivos, mujeres con

uniformes de colores blanco y azul, vendedores ambulantes colocan plásticos para proteger su mercancía y algunos policías patrullan las aceras.

Como un gigante silencioso, el UGI de 22 pisos situado en la calle 39 con carrera Trece forma parte del paisaje bogotano, del día a día del trabajador que viaja horas en el transporte público para llegar al centro e iniciar la jornada laboral. A simple vista, parece un edificio como cualquier otro, aunque resulta bastante llamativo por su altura, elegancia y color blanco.

Camino un poco por la calle, admirando la construcción. Es muy grande. Recuerdo las primeras veces que recorrí los pasillos antes de llegar a las oficinas en las que mi padre, tíos y abuelo trabajaban, en los años de la existencia de la firma H. Vargas Rubiano e Hijos Ltda. Era muy pequeña entonces, y aquella construcción me parecía un coloso. Y aún hoy lo es. ¡Qué pequeños e insignificantes parecemos todos en comparación con ese edificio!

Me abrocho la chaqueta de lluvia y empuño el paraguas. Las primeras gotas de lluvia no demorarán en caer. Es sólo cuestión de segundos para que la calle se inunde; cada calzada haciendo de la ciudad un pantano, en el estricto sentido de la palabra. Me detengo. Una vendedora empuja su carrito, haciendo caso omiso al desfavorable clima. Lleva frutas, golosinas, paquetes, llamados por el común de la gente “mecato”. Me aproximo. El mango me abre el apetito y también decido comprarle un encargo a mi hermano menor, que adora el arequipe con queso.

“-¿Tiene un poco de mango?-

“Sí, claro, mona. Fresquito y dulce.-”

“-Gracias. Ah, se me olvidaba, quiero un quesito y arequipe también, eso para llevar, por favor. Son un encargo que me hicieron en la casa-”

“-Con mucho gusto.-”

Mientras mastico la fruta y espero a que la mujer me dé las vueltas, atentamente miro el cielo cubierto de nubes que están ahora del color del cigarrillo y de nuevo el UGI. Es ahí que dejo de comer y se me ocurre preguntarle a la vendedora.

“-Ese edificio, ¿es lindo, no le parece?-", digo señalando el gigantesco edificio blanco del que salen presurosos unos muchachos con pinta de *yuppies*. La vendedora observa y asiente:

“-¿El *Ugui*? Sí, bastante. Me la paso por aquí. Se llena de gente, sobre todo en días de semana.-”

Me llama mucho la atención en cómo la mujer pronuncia “*Ugui*” y no “*Uji*”, como indican sus siglas.

“-¿Sabía que fue construido *al revés*?-" insisto.

“-¿Cómo así que al revés?-"

“-De arriba abajo, no como hacen los edificios de siempre.-”

La mujer me entrega las vueltas en unas pocas monedas y agita la cabeza. “-¡Mona, si todo el mundo sabe que los edificios y las casas se construyen de abajo para arriba! ¿Ese edificio tan grande se hizo al revés? ¡Eso es imposible! ¿Cómo harían?-"

“-¿Y por qué dice que eso es *imposible*?-"

• • •

VI. Piruetas en el aire

Cuando estaba muy pequeña me daban miedo las alturas. La idea de subir a un edificio y mirar al vacío me producía un vértigo insoportable. Ni qué decir de los rascacielos, los enormes edificios que mamá solía decirme que parecían estarle haciéndole cosquillas en la barriga al cielo. Me

preguntaba quién podía construir esos monstruos de acero, hierro, concreto y ante todo, que no se fueran a caer.

La respuesta de mis tíos y mi padre parecía sencillas: era todo un trabajo en equipo, como cuando se manda a un ejército a combatir, siempre hay un general y tiene el respaldo de un puñado de personas que están a sus órdenes. Pero en el caso de un rascacielos está el general, o más bien el arquitecto, el obrero, el ingeniero, el calculista, el topógrafo... todos unidos por la buena voluntad y con el ideal de no desistir, aún si las cosas pueden llegarse a tornar complicadas... y peligrosas.

Admiré el valor de los limpia-vidrios que, con cuerdas, su equipo de limpieza y mucho entusiasmo se colgaban, como acróbatas o como los llamaba, hombres-araña, dejaban impecables las ventanas de edificaciones titánicas como la Torre Colpatria y el UGI. Y me costaba trabajo entender y asimilar el hecho que la construcción donde en ese entonces estaban las oficinas de mi abuelo, mis tíos y mi papá había sido literalmente hecho al revés. De manera vertical, como si fuera primero el punto antes de la letra “i”.

Pero fue absolutamente posible. Era como una misión arriesgada, como las de los exploradores que se pierden durante años en la selva, pero que al final consiguen sobrevivir gracias a que tienen en la mano un mapa y en la cabeza un plan, y que sobretodo, saben trabajar en equipo. En una sociedad bogotana escéptica y de poca fe, el UGI surgió. Quien tuvo muchísimo que ver con el logro de la proeza que muchos aún hoy consideran irreal, fue por supuesto Hernando hijo, iniciado desde muy joven con el universo de las maravillas del cómo se hacen las casas.

Para un pequeño la experiencia sensorial es muy fuerte y para el hijo mayor varón del arquitecto le resultó inolvidable, pues desde que casi que aprendió a dar sus primeros pasos estuvo involucrado con las construcciones y obras, entre obreros y maestros. Lo primero que recuerda mi tío es un paisaje de absoluto desorden y sin explicación alguna. A Hernando como niño que era le fascinaban las montañitas de arena que se formaba durante la construcción y le impresionaba muchísimo pasar por una tabla sobre los grandes huecos de los cimientos al mejor estilo de un equilibrista del *Cirque du soleil*.

¿Cómo un niño era llevado por su padre, a lo más parecido a una gran caverna, donde había ruido, olores de materiales húmedos, mucha arena, ladrillos, tablas de madera y mucha acción? Hernando hijo recuerda que su padre consideraba importante que todos sus retoños se involucraran en su universo y perspectiva de vida y trabajo. No solo dentro de casa sino en las fincas y obras, como hizo con Hernando hijo.

Y el hijo veía a Vargas no como un hombre a quien le gustaba estar encerrado o bien en su oficina o en las obras, sino en las cosas, los hechos. Y a sus hijos les enseñó que la acción no estaba en las oficinas y escritorios, donde siempre había mucho trabajo por hacer, sino fuera, donde los obreros e ingenieros batallaban con el clima y otros inconvenientes para hacer de un sueño de papel una realidad palpable.

“-A propósito de eso, yo recuerdo que él me llevaba mucho a las obras cuando yo era pequeño. Y a mí como niño me encantaban las montañitas de arena con las cuales me ponía a jugar. Pero ver la parte interna de las obras de papá, como se hacía desde adentro una construcción, eso a los ojos de un infante era fascinante-”. El padre si bien era una persona muy laboriosa, muy ocupada con sus asuntos, siempre tenía tiempo para sus hijos.

En los años cincuentas, como conmemora el mayor de los retoños Vargas, “cuando acababan las clases en los colegios me acuerdo que lo visitábamos a la oficina que quedaba en la carrera Séptima con calle Veintitrés en el cuarto piso del edificio, muy cerca del Teatro Jorge Eliécer Gaitán... Era pues un lugar agradable con una bonita vista y con una claraboya que permitía la filtración de los rayos solares.”

A Hernando hijo le llamaba especialmente la atención esa arquitectura moderna de los años cincuenta, sobre todo por las mesas cubiertas de vidrio en las cuales se dibujaba con lápiz. Entrar a la fachada del edificio emanaba un olor a papelería, sobre todo a taja lápiz y en unos anaqueles en los costados del inmenso corredor estaban unos libros de arquitectura para todos los gustos. Y Hernando hijo, quien tenía en su sangre la curiosidad por las cosas extrañas y sobre todo, la arquitectura, no pudo ignorar el contenido de esos libros y las visitas a las obras de su papá. El se veía en un futuro en ese mismo campo.

Hernando “*junior*” era lo que llamaban cariñosamente un “pichón de arquitecto”, porque era un primíparo recién graduado de la Universidad que estaba aterrizando en terrenos desconocidos para él. Del aula de la academia... a la oficina de su propio padre, algo que a simple vista parecía simple y hasta divertido, pero fue mucho el trabajo que tuvo que hacer, una verdadera batalla del calentamiento que demostró a este y un puñado de jóvenes arquitectos que el mundo real laboral no es como lo pintan en las clases del colegio o la Educación Superior.

En el año de 1971 estaba recién graduado de la universidad y el destino lo llevó a trabajar con su padre hombro con hombro en la constructora que el mismo había fundado, llamada ahora “Vargas Rubiano e Hijos” al comprarle la parte a José Ramón Leyva, quien, por diferencias de carácter personales y laborales, dejó la firma. “-A mi papá no sólo no le gustaba las rutinas. Las odiaba. Lo que le encantaba era sorprenderse a sí mismo y a los demás con cosas nuevas. Crear desorden. Y en la oficina ocurría lo mismo-”, relata el ingeniero.

Ahí entró en escena el joven graduado, Hernando hijo. “-Fue gracioso-” recuerda este. “-Porque a todos los hijos, sin pedirnoslo o consultarlo, nos volvió sus socios. Entonces se fue convirtiendo poco a poco en una pequeña oficina pero muy especial, porque cada uno de nosotros ejerció funciones allí dentro, haciendo lo que les gustaba: Leticia como arquitecta y diseñadora, José era el economista y yo era el ingeniero. Una pequeña empresa familiar.-” Para los hijos no había nada más rico que aprender y trabajar con un papá a quien le fascinaba inventarse cosas y que mezclaba la arquitectura con los inventos.

En el año 1972 llegó un buen día Manuel Bonilla, un gran amigo de Vargas Rubiano a la oficina, acompañado por otro hombre llamado Aurelio Ramos a hablarle de un tema muy particular, “sobre un lote en la Calle 39, muy angostico, donde estaba ubicada la bomba de la Epson donde Ramos tenía una casita...”, y ahí comenzó una de las mayores aventuras de los dos Hernandos. Era como la aventura inesperada a la que fue invitado el Hobbit Bilbo Baggins por su gran amigo el mago Gandalf, el viaje previo a la trilogía de *El señor de los anillos*.

Vargas Rubiano era amante de lo extraño, lo complicado y tenía un amigo que era muy similar a él en ese sentido. Un aventurero y aviador que tenía como profesión de ingeniero calculista. Aquel hombre era nada más y anda menos que Guillermo González Zuleta. El arquitecto y el ingeniero eran altamente distraídos en temas terrenales, mas no en el campo de la aventura, y mucho menos en el campo del vuelo.

“Los dos se escapaban a volar. Literalmente.-” recuerda Leticia Vargas. “-se *volaban* en avioneta o en planeador. Obviamente esto era a escondidas de mi mamá porque ella era muy nerviosa y sufría muchísimo con esas aficiones de mi papá.-” pues fue gracias a la insistencia de estos dos amigos, obsesionados por el vuelo que se logró un milagro en la arquitectura. Arriesgaron todo, aún si pocos tuvieron fe. El mejor recurso que tenía era la creatividad y carisma que transmitieron a los obreros.

En las construcciones incentivadas y dirigidas por Vargas Rubiano se logra percibir un toque vanguardista, pionera y que tenía mucho de su personalidad. Los años sesenta fueron el telón de fondo para los proyectos de carácter más institucional como el Hotel Sochagota en Paipa, la Clínica del Country en Bogotá y los setentas fueron testigos de una hazaña jamás vista en Colombia: el UGI.

“Cadena de favores”

El edificio del Banco Ganadero había sido un proyecto que Vargas Rubiano y su gran amigo González Zuleta habían diseñado juntos, de manera que la hazaña del UGI pudo convertirse en una realidad pues ambos tenían: el uno, una cantidad de ideas en la cabeza a punto de explotar como una olla a presión y el segundo, ingenio y mucha credibilidad en el gremio de constructores. Uno y otro se apoyaron y promovieron al inmenso equipo de trabajo para no desistir de una receta que tenía poca información para su preparación.

La construcción del UGI era riesgosa, porque no tenía instrucciones en detalle. “-Tocaba inventarnos el cómo-” afirma Hernando Vargas Caicedo. “-Nos metimos en la piscina sin saber

nadar. Resulta que papá me encomendó, siendo yo un joven recién graduado, la primera misión: un viaje a Hamburgo a una convención de arquitectos. Estando allí, tuve la inmensa alegría de conocer al propio Fritz Rafeirner, autor del libro en el que aparecía el dibujo del edificio “al revés”. Y mi suerte era completa, porque ese hombre hablaba español.-”

Vargas hijo cuenta que, en una entrevista que tuvo con Rafeirner, le mostró lo que podría denominarse el “borrador del UGI”, unos tres planos incipientes que estaban pensando en llevar a cabo. Rafeirner lo aprobó con sólo echarle una hojeada. El padre de Hernando se alegró con la noticia y esto le impulsó a seguir con su proyecto con mucho optimismo e inocencia. Las cosas andaban por buen camino.

“-¿Pero como convencieron y motivaron el abuelo y González Zuleta a todo un equipo a no solo participar sino a *no abandonar* esa misión de hacer, no una casa, sino edificio en el aire?-" pregunto.

“-Hay que decir que estos dos aventureros eran personas excepcionalmente optimistas pero también carismáticas-" contesta Hernando. “-Eran muy seguros de sí mismos, y esto lo proyectaban no solo en lo personal sino en lo profesional. Tanto así, que si decían que había solo una manera de hacer las cosas, conseguían que les siguieran. En el procedimiento se descubrió que el edificio podía tener 22 pisos, algo que lo volvía un misterio atrayente para todos. Si les había ido muy bien con el Edificio del Banco Ganadero, podían con el UGI, pues el proyecto del Banco les había dado mucha visibilidad, respaldo y credibilidad por parte de los constructores.-”

“-Pero había quienes preguntaban de dónde iba a salir la palta para todo ese procedimiento...-"

“-Papá no veía problemas en ninguna parte, sino soluciones, oportunidades. De manera que empezó a llamar a sus conocidos, algo así como una convocatoria masiva (que él era muy bueno en eso) para que se metieran en ese cuento.-”

Uno de esos amigos era Ponqué Ramo, curiosamente, porque uno de los socios de la empresa familiar era tunjano, como Vargas. Como la historia de Tolkien, *La Comunidad del Anillo*, se convocó a muchas personas expertas en diversos campos para participar en esta gran Torre y la

idea se les hizo irresistible. Así que el edificio se hizo por una serie de convenios empresariales en los que más de uno salieron beneficiados, por ejemplo, la empresa distribuidora de acero o de cemento recibía metros cuadrados dentro del mismo. La presencia de González Zuleta era indispensable para Vargas, porque, como se dijo antes, no solo eran amigos, sino que era un personaje respetado por sus obras en el país. Era conocido y admirado como genio.

Otro personaje, Felipe Estrada, arquitecto huilense con quien Vargas también tejió un fuerte lazo de camaradería, y con quien diseñó y llevaron a cabo diversas estructuras, se unió a la misión con entusiasmo porque intuyó que era una oportunidad de oro de plasmar en el patrimonio arquitectónico de Colombia un diseño fuera de lo común.

Carlos Groot, otro ingeniero amigo de Vargas Rubiano, conocido como “el hombre que contaba” porque era quien llevaba las cuentas y medidas exactas de la construcción, decía en broma que “Si el UGI se queda sin dinero en plena edificación, se quedará en minifalda”, en plena década de las faldas cortas que trajeron admiración y polémica. Y además decía que Vargas era “patrocinado por la Virgen Santísima”, es decir, que transmitía respeto, credibilidad y al mismo tiempo, carisma y compañerismo desde el hombre de corbata hasta el obrero.

“-Lo más interesante de todo era que en esa comunidad de mentes y profesiones aventureras, en el que había una gran diferencia de temperamentos, nunca hubo un choque. No hubo conflictos personales en medio de tantas circunstancias que parecían difíciles. El fantasma del riesgo siempre nos acosaba, pero en la mesa de trabajo como en la construcción el compañerismo se volvió muy sólido gracias al carisma de papá y el ingenio de González Zuleta-” conmemora Hernando hijo.

Acabado el edificio, Vargas padre e hijo recibieron una llamada e invitación de Doña Gloria Valencia de Castaño para que participaran en su programa televisivo, a contar sobre su experiencia durante la construcción del peculiar UGI del que le habían hablado. Les citó a las 6:00 pm y la invitación les entusiasmó mucho. Contaron no sólo la aventura de jugarse “el todo por el todo” sino la forma en cómo los dos Hernandos reforzaron su relación a raíz de la

construcción del coloso de hierro y concreto, el cual era tema no solo de oficina sino de cena en casa.

• • •

Sábado 21 de mayo de 2011. Me encuentro sentada esbozando las últimas palabras que resumen cinco años de mi vida académica. Tengo una pila de libros de arquitectura, fotografías, recortes de prensa, revistas especializadas de cultura, un diccionario de español-portugués, y una lupa. La lupa de mi abuelo.

Este curioso objeto formaba parte de su escritorio, el que permitía que se dibujara con acuarelas, lápices de colores, rotuladores, y hacer desorden. El nunca se enojaba, permitía e incluso apoyaba el desorden. Y esta lupa, con forma de una tortuga, que tiene la lente en el caparazón es uno de los tesoros más valiosos en mi casa. Mi padre rara vez la presta. Es entendible, pues no solo porque una lupa con forma de tortuga no se encuentra a la vuelta de la esquina. Era La Lupa del abuelo, con la que leía y trabajaba sus mapas.

Me percató que mi padre me ha enviado un correo electrónico, que ha compartido a mis primos Juan Ramón y Antonio Pinyol, mis tíos Hernando, Leticia y Cecilia, y algunos Vargas más: “Familia: Hoy, 21 de mayo, se cumplen 70 años del grado del APA como arquitecto de la U. Nacional y de la primera promoción de arquitectos graduados en Colombia. Esta efeméride la debería haber registrado la Facultad de Arquitectura de la Nacional”. Este correo curioso confirma que en Colombia existe una tendencia al olvido de los autores del desarrollo urbanístico nacional.

Releo una y otra vez mi trabajo. Esta construcción del perfil biográfico de un hombre que como Peter Pan, jamás deseó convertirse en un adulto y que no permitió que sus sueños se le fueran arrebatados, es al mismo tiempo un aporte a la memoria de Colombia. Me siento contenta, como cuando hallaba la última pieza del complejo rompecabezas que durante horas contemplaba absorta.

El correo de mi padre me recuerda lo olvidado que es Hernando Vargas. Su sencillez le siguió durante toda su vida y aún, después de muerto, con quienes entablo conversación sobre su legado les cuesta trabajo creer de lo que fue capaz.

A lo largo del semestre, el último de mi quinto año en la facultad, plasmé un esbozo de su legado, no suficientemente reconocido en el campo de la arquitectura, aún si luchó, vivió y participó activamente en una inmensa contribución a la memoria e infraestructura del país. Lo que deseo no es dejar una constancia de la existencia de un autor de varias obras, sino el de un ser humano que, jamás dejó de lado su portentosa imaginación, y ante todo, generosidad, que un sueño, como la Fe, mueven montañas.

Recuerdo bien una de mis historias predilectas, del Hobbit Bilbo Baggins, de Tolkien. Una persona pequeña puede en verdad generar grandes cambios, todo si, tiene un plan y entusiasmo para lanzarse a la aventura, consciente que estará lleno de peligros.

No solo dejo constancia de un perfil. Es la historia de un hombre testigo de su tiempo, siempre aguardando la aventura, siempre a la expectativa de algo extraordinario, que si no llegaba a él, este iba por su cuenta a su encuentro. Como Mahoma que se dirige a la montaña. Su valioso legado me enseñó que la Historia no está escrita por los ganadores, sino por los que son valientes y que no desisten en cumplir sus deseos.

• • •

Conclusiones

Resulta difícil encontrar palabras para terminar.

El edificio UGI es un reflejo de las aficiones de Hernando Vargas Rubiano. Fue no sólo un salto para la arquitectura moderna colombiana. “-El UGI, si se le estudia con atención, resulta mucho más interesante no como resultado, sino como *proceso*, que es lo que a papá justamente le

encantaba. Verás, a simple vista, es un edificio a simple vista, común y corriente. Pero pocos recuerdan ya el procedimiento que este significó y el eco que tuvo entre los colombianos en ese momento, porque sin duda fue novedoso.-” explica Hernando hijo.

“-Es que hoy por hoy hay personas que aún no creen *como* fue construido...o lo olvidaron-” intervengo.

“Ciertamente. En todo caso, en la sociedad contemporánea, con todo esto del internet, la información instantánea, las personas se han convertido en sujetos que viven pendientes de los resultados, de la inmediatez. No les gusta lo difícil, los retos. Entre menos compliques, mejor. Sufren con los procesos y viven pendientes de resultados. La obra de papá es tan especial porque era su vivo retrato: un hombre que disfrutaba con el modo de las cosas. No se amargaba con los procedimientos, él los gozaba.-”

El orgullo más grande para Vargas Rubiano era el de ser promotor de sus propios inventos y proyectos y que sus allegados participaran en ellos para divertirse y siempre aprender algo nuevo antes de irse a dormir. Se destacó entre sus colegas porque él no trabajaba por encargos, sino por invención propia y que además promovía a sus colaboradores de la misma manera que un niño comparte con sus amigos las reglas del juego para estarse divirtiendo y, en su caso, haciendo maromas y piruetas en el aire.

Vargas Rubiano era un personaje modernista. Rechazó tajantemente lo rutinario, lo cómodo y lo fácil para reemplazarlo por un proyecto aparatoso, diferente y que le llevara lejos de las oficinas. Muchos se preguntan “¿Por qué tengo que irme por el camino complicado, lo difícil si puedo hacerlo de manera más rápida, eficaz y fácil?”. Vargas no era complicado, sino que gozaba mucho con los procesos. El cómo le resultó siempre mapas atractivo que el resultado final. Y si bien le gustaba distinguirse frente a los demás no era con el producto de su esfuerzo, sino en el procedimiento. Es por eso que su nombre rara vez se lee en las páginas de la Historia de la Arquitectura. Sus obras permanecen, más no el autor.

“-En esta vida lo que hay que hacer es cambiar de perspectiva. Esto hay que hacer lo cuando uno ve que se están agotando las esperanzas, o cuando lo ve todo negro, o como cuando uno no entiende o no sabe cómo resolver un problema. No siempre tendremos corrientes favorables para nosotros. Y no por eso debemos desmotivarnos y abandonar una causa si esta se pone enredada. A mayor pedaleo, mayor propulsión.-” dice Leticia, a modo de conclusión tras una mañana de charla sobre sus viajes y sus vivencias al lado de su padre. Se pone muy seria antes de hablar:

“-Voy a contarte un relato memorable sobre papá, muy propio de su personalidad y que tiene mucho que ver con los pájaros, pues él tuvo sueños alados. Resulta que el día que murió, a la una de la tarde, y era un día esplendoroso bogotano con mucha luminosidad propio de los días soleados, él estaba en cuidados intensivos. Y la cabecera de su cama no daba hacia una pared sino que, a una gran ventana. Esta coincidía con una maravillosa vista, en la que, si mirabas con atención, se veían las copas de los árboles, unos guayacanes, para ser precisa. Y ese día, a esa hora, las ramas estaban llenas, pero llenas de pájaros. Y entonces, en ese momento, cuando yo estaba acompañándolo en sus últimos minutos de vida, percibí algo muy especial. Tuve la sensación repentina que esos pajaritos estaban allí, en una especie de despedida, como si vinieran por él. O como si él fuera a hacer su último vuelo. Entonces, en lugar de ser un instante triste y desgarrador, eso fue misteriosamente bello y poético para mí, porque era esa cantidad de aves en esas ramas y con una luminosidad impresionante una composición mágica que tenía mucho que ver con papá. Él desplegó sus alas y finalmente su espíritu abandonó la tierra.-”

Hendiendo los espacios sublimes de la ciencia

En alas del talento tu mente ha de volar

Realzando el prestigio de tu noble ascendencia

Nacida para triunfos y glorias cosechar

Ante los ideales de tu vida la esencia

No dejes alegrías ni glorias de inmolar

Dueño de tu destino podrás en tu existencia

Ostentar los laureles del que supo luchar

Vivir es tener alma, luchar es tener vida

Amar, llevar tesoros de fe y de juventud

Reúnes todo aquello que al éxito convida.

Guardando de tu estirpe la preclara virtud

Al iniciar tu noble carrera preferida

Sólo anhelo tu gloria, tu suerte y tu salud.

Isabel Holguín Maldonado, Febrero 21 de 1936

Bibliografía

- (1968), *Finland-Haus Hamburg*, Architekt Fritz Rafeiner, Hamburgo, Callwey
- Aristizábal, Nora. (2006), *Rogelio Salmons, maestro de Arquitectura*. Bogotá D.C, Colombia. Panamericana Editorial.
- Arango, S. (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá. Centro Editorial y facultad de Artes Universidad Nacional de Colombia.
- (2008), *Arquitectura con A mayúscula*, Bogotá, Revista de arquitectura Universidad de Los Andes, Panamericana Formas e Impresos S.A
- Angulo, E. (1987) *Cincuenta años de arquitectura, 1936-1986*. Bogotá. Asociación de Arquitectos de la Universidad Nacional (AUN).
- Ayala, G. (2006, Julio) “El periodismo en Colombia: una historia de compromisos con poderes tradicionales”, en *UNIrevista* vol 1, n° 3 [en línea], disponible en: http://www.unirevista.unisinos.br/pdf/UNIrev_Ayala.PDF, recuperado: abril de 2011
- Dávila, J. (2000) *Planificación y política en Bogotá, la vida de Jorge Gaitán Cortés*. Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Eliot. T.S. (1984) *Notas para la definición de la cultura*. Barcelona. Bruguera.
- Fallaci, Oriana. (1978), *Entrevista con la historia*. Bogotá. Ediciones Nacionales Círculo de lectores Edinal Ltda.
- García, Márquez, Gabriel. (1995), *Cómo se cuenta un cuento, Taller de Guión de Gabriel García Márquez*. Santafé de Bogotá, D.C. Editorial Voluntad S.A
- “La tradición del conocimiento general”, en Gombrich, E. *Breve historia de la cultura*. Ediciones Península.
- Grijelmo, A. (2001) *El estilo del periodista*. Madrid. Santillana.
- Jelin, Elizabeth. (2002), *Memorias de la represión, Los trabajos de la memoria*. Argentina. Siglo Veintiuno Editores

- Kennedy, Edward M. (2010), *Los Kennedy, mi familia, memorias*. Madrid. Ediciones Planeta.
- López, A. (2001, enero-junio), “La “Historia de vida” periodística, un género poco usual en la prensa española”, en *ÁMBITOS* [en línea], disponible en: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/168/16800607.pdf>, recuperado: marzo de 2011.
- Montt, Nahum. (2008), *Lara*. Buenos Aires. Alfaguara.
- Moreno, D. (2005), “Taller de perfiles con Jon Lee Anderson (relatoría)”, [en línea], disponible en: <http://www.fnpi.org/biblioteca/relatorías/taller-de-perfiles-con-jon-lee-anderson>, recuperado: 10 de diciembre de 2009.
- Restrepo, E. (2003) *Medios y nación, historia de los medios de comunicación en Colombia*. Buenos Aires. Aguilar.
- Rivera, J. (1995) *El periodismo cultural*, Buenos Aires. Editorial Paidós SAICF.
- Salazar, A. (2003), *Profeta en el desierto; vida y muerte de Luis Carlos Galán*. Bogotá. Editorial Planeta Colombiana S.A
- Salcedo, A. (2008), “El oro y la oscuridad”, en Zableh, A. *et al.*, *Soho. Crónicas*, Aguilar, Bogotá, pp.195-234.
- Samper, D. (2002) *Antología de grandes reportajes colombianos*. Buenos Aires. Aguilar.
- Schwanitz, D. (2005), *La cultura, todo lo que hay que saber*. Madrid. Santillana Ediciones Generales, S.L
- (2008), “Retrato de un perdedor”, en Zableh, A. *et al.*, *Soho. Crónicas*, Aguilar, Bogotá, pp. 281-289.
- Talese, Gay. (2008) *Retratos y encuentro, una antología de Gay Talese*. Buenos Aires. Aguilar.
- Tubau, I. (1992) *Teoría y práctica del periodismo cultural*. Editorial Paidós.
- Valencia, C. (2007) *Hay días en que amanezco muerto, crónicas*. Bogotá, D.C. Editorial Random House Mondadori Ltda.
- Vallejo Mejía, M. (2003). *La crítica literaria como género periodístico*. Navarra. EUNSA.
- Vargas, Alfonso (1993) *De Andalucía a Boyacá, La descendencia del conquistador Juan de Torres y la continuidad ideológica en quince generaciones*. Santafé de Bogotá. L. FAS Producciones Editoriales

Vargas, Alina. (2009) *Contrastes e influencias en la arquitectura del siglo XX: ¿En qué aspectos se puede comparar y contrastar la arquitectura de Im Pei en los Estados Unidos y su influencia en la arquitectura en Bogotá?* Tesis de grado, Bogotá.

Vargas, Carlos E. (2001) *Memorias con mi acordeón, autobiografía musical de Carlosé Vargas Rubiano*. Santafé de Bogotá. Grafiimpresos Editores Ltda.

Wolfe, T. (1976), *El nuevo periodismo*, Barcelona, Anagrama.

Yanes, R. (2005, junio-julio) “La crítica de arte como género periodístico: un texto argumentativo que cumple una función cultural”, en *Razón y Palabra* [en línea], disponible en: [http:// www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n45/ryanes.html](http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n45/ryanes.html), recuperado: febrero de 2011.

Anexos

Hernando Vargas Caicedo relató la peculiar y sorprendente historia al Canal Capital en su emisión del jueves 20 de mayo de 2010 a las 10:00 pm:

“Bueno, la historia es que era un lote muy pequeño que quedaba una casa de familia y una bomba de la Epsom. Al principio se pensaba que se haría un edificio de doce pisos, eso era en el año 1972. Y era tan estrecho el lote, que para ser un edificio de oficinas, al poner las columnas, las columnas iban a formar una barrera infranqueable para los parqueaderos y también una barrera muy grande en los mismos espacios de las oficinas.

Teníamos ese rompecabezas. Y en ese momento, llegó un libro europeo que se llama “Edificio de la altura” escrito por un señor que se llama Fritz Rafeiner, un arquitecto austríaco que vivía en Hamburgo y que mostraba una cosa rarísima en unas fotos. Nos visitó la vendedora de libros a la oficina nuestra y vimos unos edificios que no entendíamos como los estaban haciendo.

Entonces miramos una foto, que tenía tres líneas que decía “esto se construye de arriba para abajo, porque es mejor construir de arriba para abajo” Eso nos llamó la atención. Entonces fuimos donde nuestro primer calculista del entonces, y le dijimos: -Mire, nosotros queremos hacer un edificio con esa idea (de Rafeiner)-

Y ese señor nos dijo:-Ustedes están equivocados, es una tontería en términos de la eficiencia de las estructuras que usted ponga a un edificio a colgarlo, porque usted pone a que el peso del edificio viaje hacia arriba luego por alguna cubierta vaya vuelva y descienda otra vez verticalmente hacia la segmentación. Además, más longitud de estructura es más material y eso cuesta más. Eso es ilógico. No, no lo hagan. No pierdan tiempo.-

Nos fuimos donde un segundo calculista, y ese segundo calculista nos dijo algo parecido. Insistimos y entonces nos fuimos a donde nuestro amigo el Ingeniero Guillermo González Zuleta quien apenas vio eso dijo -¡Claro que lo podemos hacer!- A él le encantaban las cosas poco

comunes. Y entonces, Guillermo, con lo que tenía con nosotros era un sistema de trabajo donde nos reuníamos y él dibujaba muy bien. Había sido profesor en facultades de arquitectura y de ingeniería por muchos años. Él era una persona bajito, gordito y muy cordial, muy sonriente siempre.

Su hijo (de Guillermo González) Fabio González Tabera había sido muy importante profesor en la Universidad Nacional, presidente de la Asociación de Ingenieros. Pero la joya en la familia fue, por supuesto, Guillermo González Zuleta, quien había nacido en 1916, estudió parte de su carrera de ingeniero en Chile, pero se graduó en la Nacional en 1940, era casi compañero de generación de Hernando Vargas Rubiano y eran muy amigos desde hacía tiempo.

De manera entonces que este edificio empieza sin crédito, empieza prácticamente con unos aportes que eran unos canjes, unas piezas sin efectivo, sin caja como dirían los financieros. Pero además empezaba con una receta que había que descubrir y de encontrar porque no se sabía bien como eso se tenía que construir. De manera que la obra estaba hecha en la cabeza y el papel antes de experimentarla en la construcción.

¿Cuáles son las verdaderas ventajas de construirlo de arriba hacia abajo? Ahí hay varias ventajas muy importantes. Una es que uno trabaja siempre bajo cubierta. Una ciudad lluviosa como Bogotá trabajar en obras secas desde el principio permite hacer los acabados más rápido. Pero otro factor importante es que como se tenía (la edificación) un solo molde una sola formaleza de tamaño de todo el piso, eso tenía unas dos perimetrales de un metro de este borde y eso permitía poner el piso en la fachada.

Y esas, todas esas piedras que ustedes ven ahí (muestra las piedras del piso) son de piedra bogotana que se hacía en forma prefabricado en el sótano del edificio donde teníamos el taller de fabricación. Esa era una época en que había mucho interés en la prefabricación en Colombia. El edificio de Avianca era prefabricado.

Pero tal vez la razón más importante de fondo por la cual estos sistemas son tan eficientes y que hayan seguido usándose en varias partes es que al concentrar el apoyo en un solo lugar como una

columna de 35 cm de espesor, y que es hueca, que no es maciza (toca y enseña la gran columna del edificio) y es hueca para que el edificio tenga su centro de gravedad más bajito.

Este edificio tiene una altísima seguridad por la forma que este tiene, es simétrico, como un árbol. Avanzábamos entre diez y treinta centímetros por hora gracias a la formaleta deslizante. Nos duramos unos veintitantos días llegando al último piso.

Ahora, ¿no había problemas de que se perdiera la verticalidad? Ahí hay un problema muy interesante que algunos conocen. Nosotros los constructores normalmente decimos que el que tiene la culpa siempre es el topógrafo. Ahí con nosotros había un topógrafo de la obra que casi nunca venía y un día de golpe nos dijo que el edificio estaba desplomándose por quince centímetros. Naturalmente despedimos al topógrafo.

Pero después miramos y el tenía razón, el edificio estaba desplomado fuera de la vertical de quince centímetros. Pero no es que se hubiera ido así, sino es que era que el edificio se había empezado a torcer, a desplazar. En ese momento nuestro problema era encontrar la solución mecánica inmediata porque el molde se nos pegaba y si el edificio se terminaba a torcer pues ¿cómo iba a quedar la fachada de los ascensores? Iba a terminar en un fracaso.

Desde ese momento, era un viernes, yo estaba acá (en el UGI,) era un pelado recién graduado de la universidad (Los Andes) decidimos con el contratista de la estructura, que en ese momento era Felipe Estrada, quien era un ingeniero veterano quien además fue presidente de la Sociedad de Ingenieros, irnos a donde la única persona que sabía de esto (porque en ese entonces no había fax y ni internet), un mexicano de Ciudad de México que alguien conocía, no había forma de hacer la consulta telefónica y había que llevarle planos y cosas.

Nos fuimos al Aeropuerto El Dorado a tomar el avión de Avianca, llevando los planos y afortunadamente el avión nos dejó, no había cupo. Nos devolvimos a la obra y en ese momento apareció “El Pote González”, Guillermo González Zuleta, nuestro personaje, muy sonriente nos vio muy preocupados y nos preguntó porque estábamos así. Le contamos que el edificio se estaba torciendo.

Él dijo –Pues si el edificio se tuerce con una fuerza así, pues hay que crear una fuerza igual de contraria para hacer lo otro. ¿Y cómo hacemos eso? Pues es muy fácil: Pongamos unas canecas de 55 galones, las llenamos de agua y las colgamos en unas poleas y esa fuerza vertical del peso la ponemos horizontalmente contra la formaleta- Entonces, las poleas se hicieron para que la formaleta hiciera una misma fuerza entonces el edificio se torció hasta el piso décimo quince centímetros y se destorció hasta el piso 22 con esa solución.”

Partiendo del testimonio anterior, Caracol Radio en su página web, más específicamente en la Sección de Entretenimiento publicó en septiembre 29 de 2006:

“Colombia tiene sus diez maravillas propias, luego del concurso adelantado por ASOCRETO que llegó a su final en el marco de La Reunión del Concreto que se realiza en Cartagena. Participaron 22 obras, todas construidas en concreto, antes de 1980. Pensaban elegirse siete maravillas pero, ante un empate, la lista de obras ganadoras terminó siendo de 10 construcciones.

La votación se realizó durante todo el evento, en urnas ubicadas en diferentes puntos del Centro de Convenciones de Cartagena y para los organizadores fue un éxito rotundo, teniendo en cuenta que más de 800 personas se acercaron a escoger su obra favorita. Las siguientes son las construcciones ganadoras de este particular concurso:

- Edificio Avianca – Bogotá 1969
- Edificio Ugi, Bogotá, 1975
- Plaza de Toros, Cali, 1961
- Puente Pumarejo, Barranquilla, 1974
- Capilla de Campos de Paz, Medellín, 1975
- Catedral de Manizales, 1939
- Estadio 11 de Noviembre, Cartagena, 1957
- Hipódromo de techo, Bogotá 1954
- Aeropuerto Olaya Herrera, Medellín, 1957

- Capilla del Gimnasio Moderno, Bogotá, 1956”

“La ciudad se hace con Arquitectura”: entrevista con Hernando Vargas, 26 Marzo de 2010

Hernando Vargas es ingeniero Civil de la Universidad de los Andes graduado en 1971, con Maestrías en Arquitectura y Planeación Urbana en el MIT, Docente de la Universidad Nacional y la Universidad Javeriana. Desde el 2006 es Profesor de planta en los Departamentos de Ingeniería Civil y Ambiental. Es un hombre de sesenta años, alto, con una voz pausada y tranquila, sonrío todo el tiempo y su semblante recuerda mucho al difunto Hernando Vargas Rubiano quien además de ser su mentor y compañero de aventuras, fue su padre.

Colaboró en proyectos como el Edificio UGI trabajando hombro con hombro con Hernando Vargas Rubiano, esta edificación es una hazaña nunca antes vista en Colombia: en 1973 los bogotanos presenciaron la construcción de un edificio de 22 pisos ubicado en la carrera 13 con calle 39 ¡construido al revés! Algo que no podían creer hasta verlo.

Hernando hijo relata como una casona, cuyo propietario era un hombre llamado Aurelio Ramos y una estación de gasolina fueron reemplazados por el coloso inspirado en un dibujo muy singular que capturó la atención de Vargas Rubiano. Dicho libro llegó por cosas del destino, pasó de la mano de una vendedora de libros que ocasionalmente pasaba por las oficinas y pasó a la de los dos Hernandos, el padre y el hijo.

Apenas el libro llegó a sus manos, Vargas Rubiano se interesó no solo en el diseño sino en las palabras que eran sólo el abrebocas para la gran aventura. “Esto se construye de arriba abajo”. Era como observar el dibujo de un sabroso postre, mas no la receta. La improvisación y sobretodo, ser muy recursivo era elementales para embarcarse en aquella hazaña. Este, apoyado firmemente por su gran amigo tanto en el trabajo como en la aventura, lo hicieron posible. Dicha persona era nada más y anda menos que Guillermo González Zuleta, llamado cariñosamente como “El Pote Zuleta”.

La intervención del ingeniero Zuleta fue milagrosa, pues tal como diversas editoriales rechazaron el primer manuscrito del libro “Harry Potter y la piedra filosofal”, muchos creyeron impensable la idea de “descolgar un edificio” y no edificarlo, como era lo habitual. El “Pote” había sido gran amigo de Vargas Rubiano desde la Universidad Nacional donde ambos fueron estudiantes y eran muy similares en diversos aspectos, y el más predominante era el amor al peligro y a lo “imposible”. Zuleta y Vargas caracterizaban la sencillez y capacidad de desafiar los cánones tradicionales de arquitectura. Eran dos vanguardistas que se lanzaban a mares desconocidos.

Zuleta colaboró mucho en el proyecto, se puede decir que era la marca que registraba dicha edificación. Era un bogotano nacido en 1916, tenía un título de Ingeniero Civil, y esta rama de conocimiento estaba en su sangre: era nieto del mismísimo Juan Nepomuceno González Vásquez, el segundo presidente y cofundador de la Sociedad Colombiana de Ingenieros. Gracias a él se consiguió traer el primer ferrocarril a nuestro país.

Y Guillermo González era tricampeón del Premio Nacional de Ingeniería, el cual se le dio por primera vez en 1967 por su labor del Muelle de Manaure, luego por el Estadio de Baseball en Cartagena y en 1974 por el Coliseo Cubierto El Campín, obra que le inmortalizó. De manera que, con un respaldo de su talla, la obra del UGI sería una realidad.

Bastó una considerable cantidad de acero, concreto, la fuerza y dedicación de los obreros, la sagacidad de los ingenieros pero ante todo, persistencia para edificar el coloso que más tarde la Revista de la Asociación Colombiana de Productores de Concreto señalara como:

“(El UGI) Es un homenaje al recurso humano...que de alguna u otra forma engrandece la arquitectura colombiana”.

El UGI es desde entonces una curiosa construcción que asombra a los colombianos por su edificación a la inversa y por el bajo costo que este requirió. Todo gracias al ingenio de un hombre que ante nada se detenía a la hora de plasmar sus sueños del papel a las construcciones.

Su hijo nos cuenta un poco su experiencia y recuerdos de esa inolvidable aventura la cual implicó romper esquemas establecidos por la arquitectura tradicional.

Mariana Vargas: ¿Cuál es la importancia de la arquitectura dentro de la cultura?

Hernando Vargas Caicedo: La arquitectura se origina en una respuesta humana a las necesidades de adaptación al ambiente. Se dice que la arquitectura es nuestra tercera piel. Después de la pura construcción, y de resolver los problemas de la Firmitas, es decir, firmeza, estabilidad, seguridad y la Utilitas, o comodidad, usabilidad, funcionalidad, la arquitectura ha ido planteando el valor formal de la Venustas, belleza, apoyándose en convenciones estéticas.

M.V. Hábleme un poco del método utilizado cuando se llevaron a cabo proyectos como el edificio UGI. ¿Por qué es tan característico este proyecto frente a otros?

H.V.C Hacer un edificio al revés, que los taxistas llamaban coloquialmente durante su construcción “el sistema chino” -quizás por su parecido a las pagodas- exigía adivinar e inventarse cómo poder hacerlo, ya que en el libro de Fritz Rafeiner, que nos inspiró, no explicaba bien los cómo. Se tenía pensado el qué mas no el cómo. Daba pistas de la edificación de la construcción de la siguiente manera: primero se hacía el núcleo central y le seguía desde arriba se descolgaban los demás pisos de arriba abajo. Para planear, diseñar y construir el edificio UGI, de 22 pisos, fue necesario un intenso, grato y colaborativo proceso de trabajo entre los encargados del diseño y la construcción (...) el cuidado de la planeación aseguraba comunicación y diseños exitosos, imposibles en la división habitual del trabajo profesional en la práctica inmobiliaria convencional donde prima el mandato de un cliente orientado por el lucro sobre la creatividad de quienes son sus realizadores intelectuales y materiales. Hacer el edificio de arriba abajo implicaba grandes riesgos y exigía alta capacidad previa de planeación de todas las operaciones o maromas.

M.V. Pero estos riesgos no detuvieron a Vargas Rubiano...

H.V.C Claro que no, de hecho lo “imposible” le fascinaba y luchaba hasta hacerlo posible. Le interesaban las cosas fuera de lo común, la aventura le apasionaba y la vida misma es un riesgo

que vale la pena correr y eso no lo detuvo. Al contrario, las dificultades lo impulsaron. Colegas y amigos le recuerdan por su actitud frente a los riesgos, le parecían irresistibles.

M.V. ¿Hubo algún momento de su vida personal o profesional en el que pensara que la arquitectura era más que solo planos y también podía ser un acto de creación?

H.V.C Siempre vi que Hernando Vargas Rubiano diseñaba y construía, no era arquitectura teórica. Además, siempre vi que había un entusiasmo de aprovechar cada obra sucesiva para explorar, aprender, proponer y salirse de la rutina. De Hernando Vargas Rubiano aprendí que la frontera formal entre arquitectos e ingenieros era una convención quizás pasajera y que la colaboración los complementaba potentemente.

M.V. Trabajó con Hernando Vargas Rubiano como padre y mentor en diversos proyectos, entre ellos el edificio UGI. ¿Qué influencias tuvieron antes de concebir un proyecto semejante?

H.V.C Una aparición fue la llegada hacia 1971 de un vendedor de libros de arquitectura a nuestra oficina que llevaba la obra titulada Edificios en altura del arquitecto austríaco Rafeiner donde, entre muchos ejemplos recientes internacionales sobre esta clase de obras, presentaba escuetamente en pocas líneas e imágenes, su propia obra Casa Finlandia, edificio de 12 pisos recientemente construido en Hamburgo. Lo extraordinario era que allí se veía un sistema de construcción al revés de la milenaria costumbre, de arriba hacia abajo y, como en los nidos de los arrendajos que Hernando Vargas Rubiano admiraba como forma construida en nuestra infancia en los Llanos, colgaban del árbol en vez de tener múltiples patas o columnas.

M.V ¿Cómo es, a su juicio, el paso de una idea al dibujo y después de eso al hecho?

H.V.C. Una idea de arquitectura puede transmitirse en palabras, aunque algunas sean muy complejas para lograrlo plenamente. Antes de la comunicación de la idea en maquetas o planos una forma del pensamiento del arquitecto es la visual, lo que implica que imagina formas que puede seguir materializando. Muchas veces el proceso es arduo por altas restricciones del problema o, sobre todo, por interferencia con otros protagonistas del proyecto. Por eso, una muestra de la inteligencia emocional del arquitecto es su capacidad de relación con esos clientes

del proceso del proyecto para madurar la idea sin perder su fuerza. El dibujo ha sido herramienta esencial para registrar y comunicar ideas formales sobre arquitecturas propuestas. Viollet-Le-Duc decía que lo que no pasa por la mano no pasa por la cabeza para insistir en la importancia crucial de un proceso de diseño en el que hay una coordinación intelectual, emocional y física suficiente para producir objetos nuevos con sentido y valor. Hernando Vargas Rubiano además de arquitecto, era artista, y no tenía dificultad alguna en plasmarlo en sus obras.

M.V. Por eso la conexión tan grande entre el dibujo y los planos...

H.V.C Exactamente. El dibujo no solo era un hobby, en ambos campos complementarios podía expresar sus ideas y dejar un legado a los colombianos. Está mal si se piensa que la arquitectura está apartada del arte, porque se requiere de ejercicios de pensar y de plasmar, como el diseño gráfico o industrial una idea. Arquitectos audaces como mi padre son prueba de ello. Tanto como la arquitectura y el arte responden a necesidades humanas y nosotros trabajamos por ellas.

M.V. ¿Cree que la arquitectura y el urbanismo son métodos de creación opuestos o complementarios?

H.V.C. No pueden no deben ser opuestos. La ciudad se hace de arquitectura. En países como Francia o Finlandia la arquitectura ha sido declarada de “interés público” por su impacto sobre las sociedades en ambiente, patrimonio, competitividad. Hasta el siglo XIX era raro que se tratara sistemáticamente el tema del urbanismo pero el crecimiento de las ciudades exigió que se abordara esa reflexión como una nueva disciplina, una mezcla de otras, incluida la arquitectura, para poder responder a la escala y complejidad del orden urbano.

M.V. Me atrevería a comparar al artista con el arquitecto porque son inventores modernos que no solo se quedan en una idea sino que la llevan a cabo hasta su plenitud...

H.V.C. La arquitectura se define a sí misma en el modelo tradicional del renacimiento en adelante, como una de las bellas artes, aunque es un arte aplicado, con objetos que deben ser útiles además de bellos. La condición mitológica de artista autónomo de la sociedad, resistente a dependencias, está en el caso de la arquitectura fuertemente contrastada con la enorme

dependencia del cliente por el valor de los encargos, monto de las obras y responsabilidad sobre ellas, para el caso de la arquitectura. El arquitecto, desde Vitruvio, siglo I, debe inventar, ser un hombre técnicamente culto, conocedor de las técnicas de su época, capaz de adaptar y usar artefactos técnicos como una especie de ingeniero.

Hitos arquitectónicos de Hernando Vargas Rubiano:

- Nacido en 1917 en Tunja, Colombia.
- 1935 Concluye sus estudios en el Colegio Boyacá de Tunja.
- 1936-1941 Estudia en la Facultad de Arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia, donde le otorgan su título de Arquitecto. Fue en los pasillos de la Universidad Nacional, donde fue influenciado por personalidades como Karl Brunner, Le Corbusier, Alejandro Humboldt, Leonardo Da Vinci que se acomodaron a su forma de pensar y de trabajar.
- 1941-1942 Realiza un curso de materiales de construcción en la Universidad de Pensylvania, y su área de profundización es el de *“Low cost houses”* (casas de costos bajos).
- En 1942 introduce al país tecnología novedosa para la construcción de casas para población de bajos recursos: el Terraconcreto, técnica que fusionaba cemento y arena el cual era de fácil ejecución. Dicha propuesta culminó en el CINVA RAM.
- En 1942 comienza a trabajar las casas campesinas en suelo cemento en Tausa, Cundinamarca.
- 1944: Diseña la Clínica de Occidente en Cali.
- En 1946 fue un miembro destacado del Consejo Directivo del Centro Interamericano de Vivienda.
- En 1947 fue elegido Presidente de la Sociedad Colombiana de Arquitectos y tuvo la iniciativa de invitar al arquitecto Le Corbusier para adelantar el Plan Piloto de urbanismo en Bogotá.

- En los años 1945-1947 se destaca como profesor de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional en el curso de Diseño Arquitectónico y de construcción. Entre sus alumnos más destacados estuvieron Germán Samper y Dicken Castro.
- En 1947 Vargas participó en la conversión del Panóptico en el Museo Nacional de Colombia. La noche de inauguración coincide con el BOGOTAZO.
- 1947-1948 Fue Arquitecto de la Comisión Preparatoria de la IX Conferencia Panamericana, y una obra destacada que se le atribuye fue la transformación del Panóptico en el Museo Nacional en Bogotá.
- 1948 fue, junto con el ingeniero José Ramón Leiva, el fundador de la firma H. Vargas Rubiano & Cía. Ltda, la que durante 1950 y 60 tomaría el nombre de H. Vargas Rubiano, Leiva y Cía. Ltda. En la década de los 70 se llamaría H. Vargas Rubiano e Hijos Ltda.
- 1948 Forma parte del grupo fundador de la Universidad de los Andes y de su facultad de Arquitectura.
- Promovió el Código de Ética Profesional hacia 1956
- Hacia 1958 concibió y dibujó la HAMACARPA, y en ese mismo año, promovió en la Sociedad Colombiana de Arquitectos (SCA) la expedición de los Reglamentos y Tarifas para los honorarios profesionales de los Arquitectos en Colombia.
- 1960: Vargas diseñó y construyó su propia residencia, ubicada en la calle 93 con carrera novena. En ese mismo año, el presidente de la República, Lleras Camargo le ofrece ser el primer gobernador del Meta. Vargas se rehúsa debido a compromisos profesionales.
- 1968 preside la Delegación de Arquitectos colombianos en Praga.
- 1969 diseña y construye el Hotel Sochagota en Paipa.
- 1972 diseña y construye la Torre del Banco Ganadero, en la carrera quinta con calle 16.
- En 1973 Diseñó y construyó el Edificio UGI (Unión General de Inversiones) en Bogotá.
- 1976 diseña y construye el edificio Saturno.
- En 1983 diseña el World Trade Center de Bogotá en la calle cien, conocido por su restaurante giratorio.



El buque argentino Santa Rosa, le salvó la vida a los “Colombian Boys” en pleno ataque al Pearl Harbor.

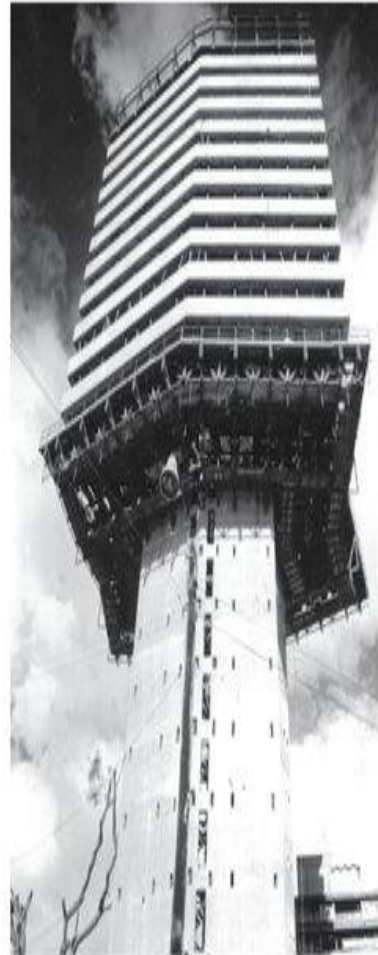


Matrimonio de Hernando Vargas Rubiano con Rosita Caicedo Ayerbe. Archivo familiar.





Hernando Vargas Rubiano, Guillermo González Zuleta, visitantes brasileños y equipo del proyecto. Edificio Ugi, Bogotá.



Edificio UGI, en construcción. De arriba a abajo piso 9.
Archivo: Hernando Vargas Rubiano e Hinos S.A.

"Edificio UGI en Bogotá. Por primera vez en Suramérica se edificó empleando el sistema nuclear descendiente. En 1973 se construyeron en las seis principales ciudades del país 3.903.336 m² de edificación representados en 31.955 unidades de vivienda." Año 1974-1975. Foto: Guillermo Molano. En "Colombia, Trayectoria de un pueblo". Editora Arco. 1976





DDOA

ARQUITECTURA
URBANISMO
INDUSTRIAS

A G O S T O D E 1 9 7 5

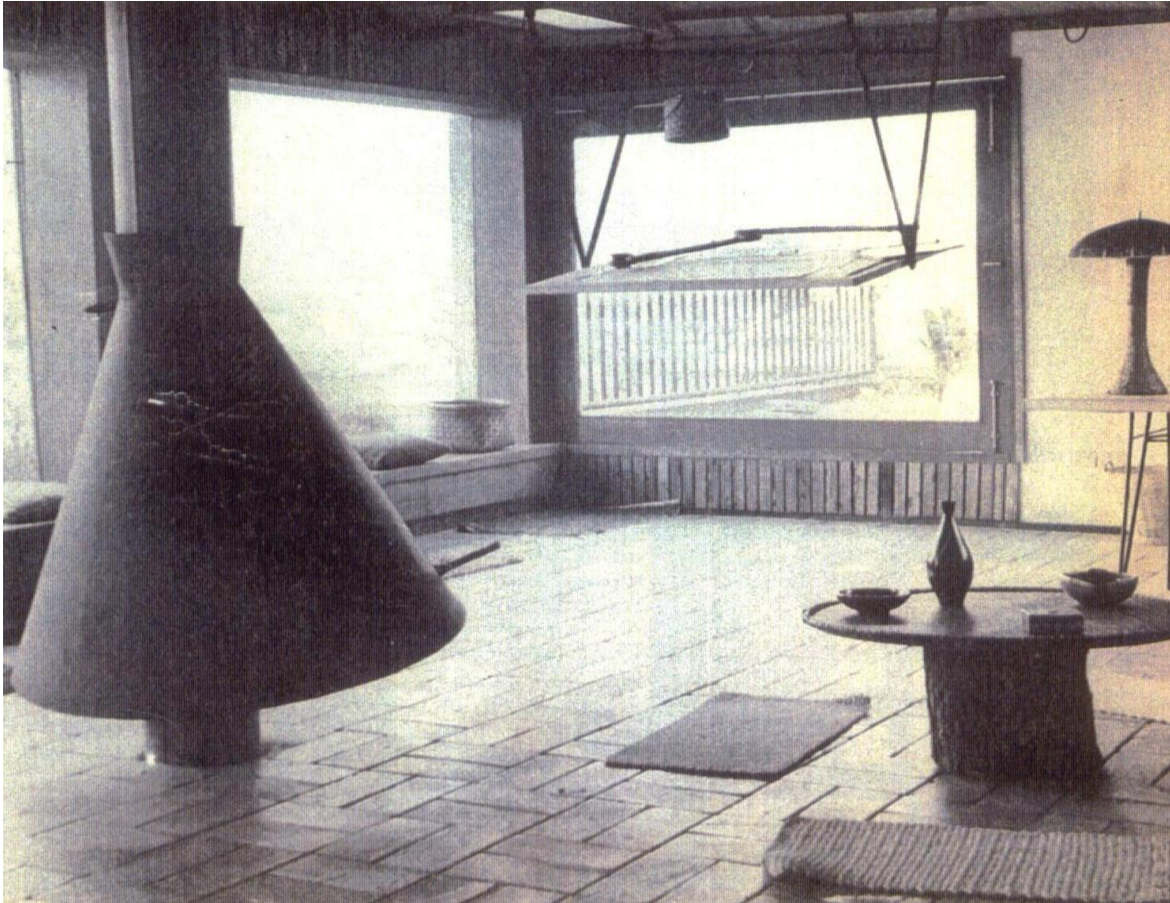
UGI Office Building, Bogotá
Project engineer, project coordinator,
project manager.

Applicant's name: Hernando Vargas Caicedo

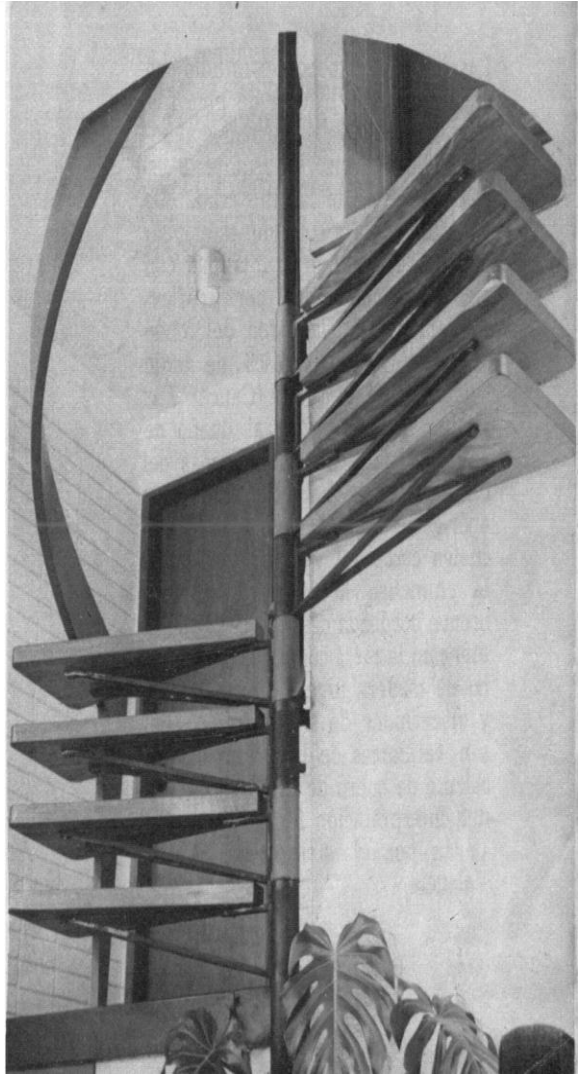
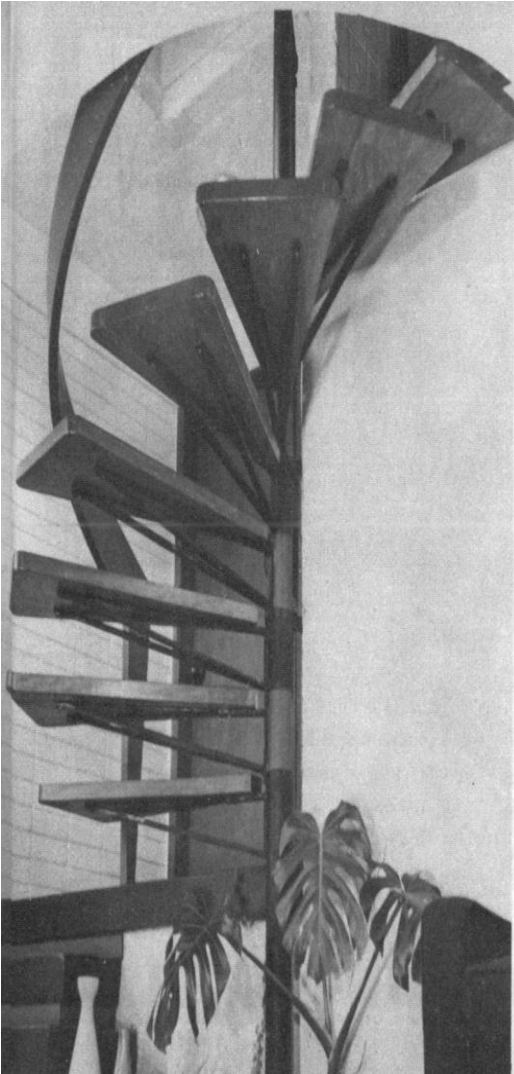
Program: Master of Architecture,
First Professional Degree

25





Chimenea en casa de Hernando Vargas. Archivo familiar.

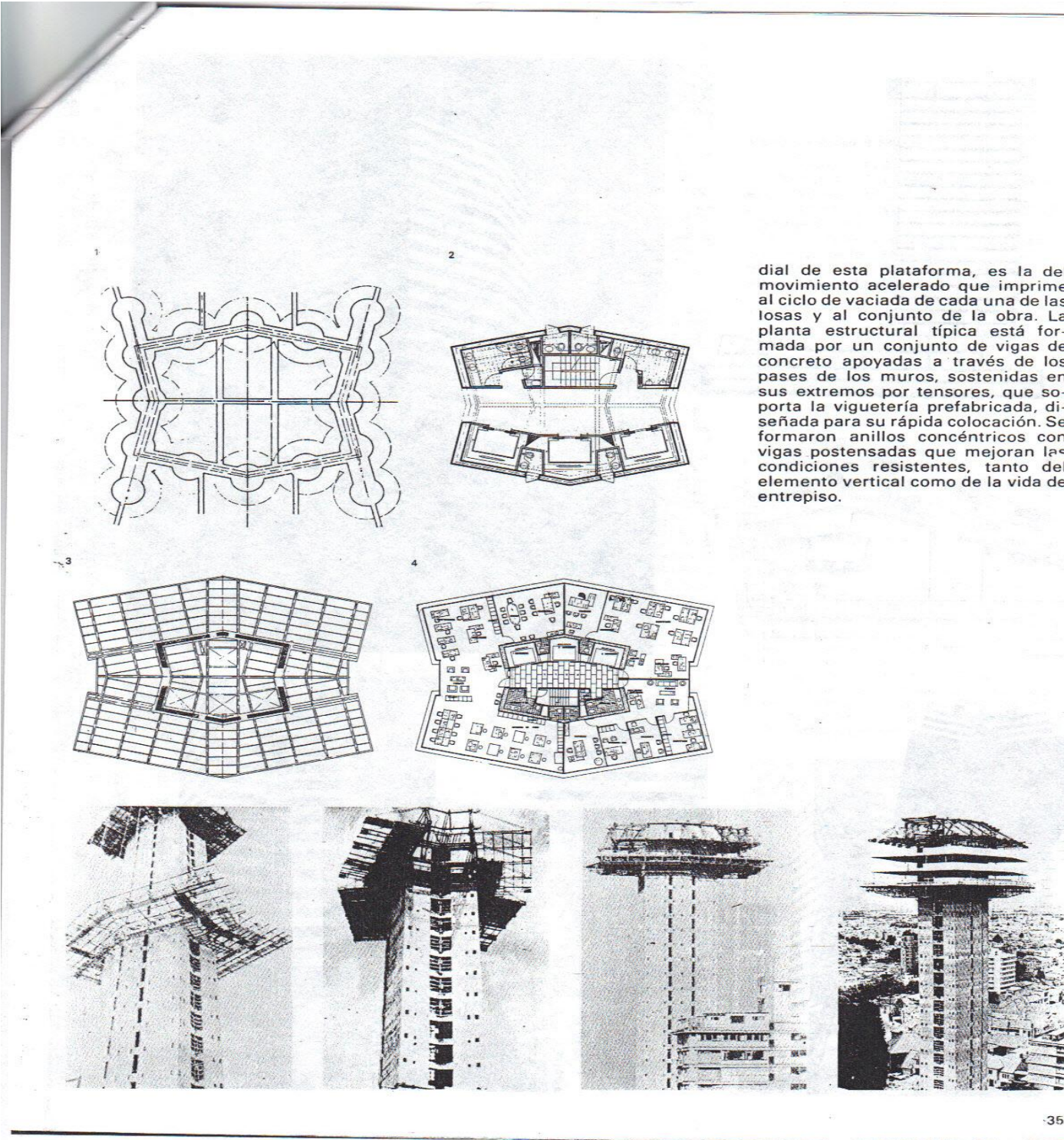


Escalera en casa de Hernando Vargas. Archivo familiar.





De izquierda a derecha: Hernando Vargas Caicedo, Hernando Vargas Rubiano, Leticia Vargas Caicedo y José Vargas Caicedo. Almuerzo familiar 2008.

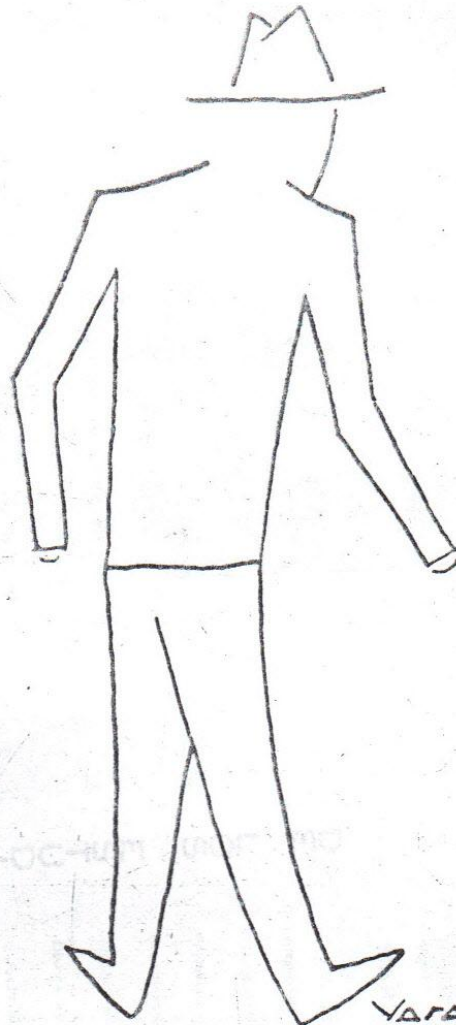


dial de esta plataforma, es la del movimiento acelerado que imprime al ciclo de vaciada de cada una de las losas y al conjunto de la obra. La planta estructural típica está formada por un conjunto de vigas de concreto apoyadas a través de los pases de los muros, sostenidas en sus extremos por tensores, que soporta la viguetería prefabricada, diseñada para su rápida colocación. Se formaron anillos concéntricos con vigas postensadas que mejoran las condiciones resistentes, tanto del elemento vertical como de la vida de entrepiso.

Planos del UGI. Archivo familiar.

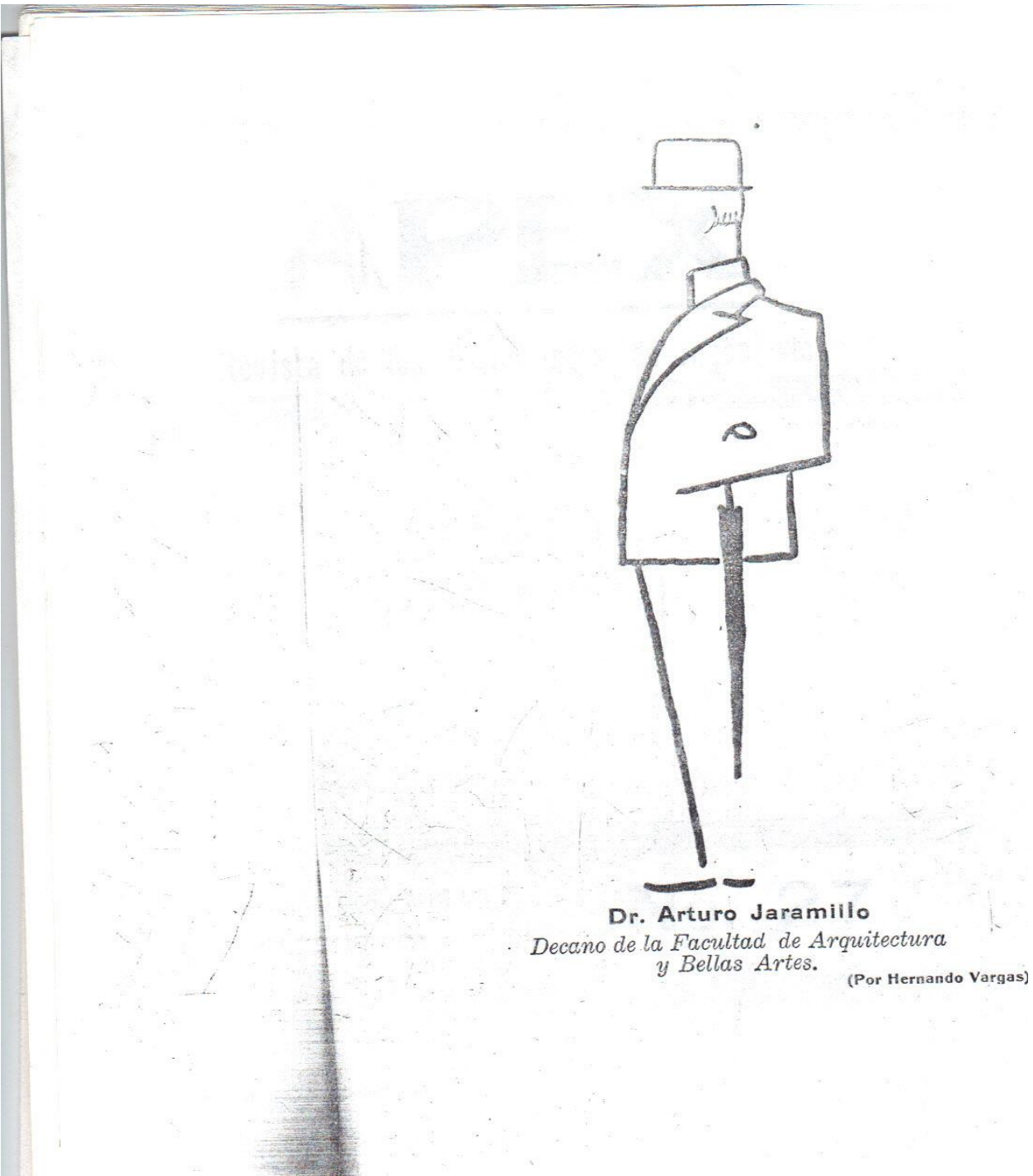
rudos "cau-
mpeladores.
n engrudos
del arequipe
reto que me
la módica
o al arequi-
ñaría a ésta
de una ma-
saberlo una
a moderna:
r las disper-
caucano!

DARIAGA



Dr. CARLOS ARTEAGA HERNANDEZ

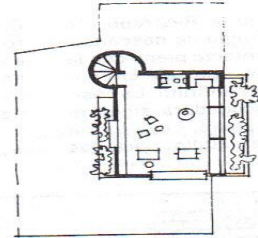
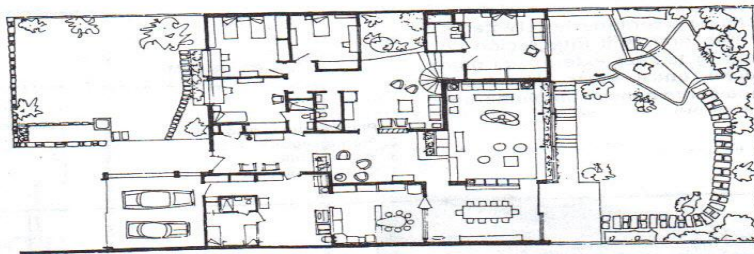
Caricaturas de Vargas Rubiano. 1938.

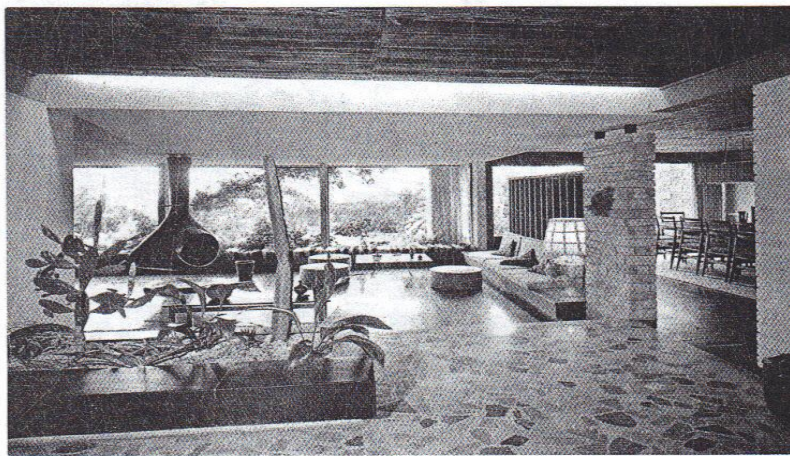
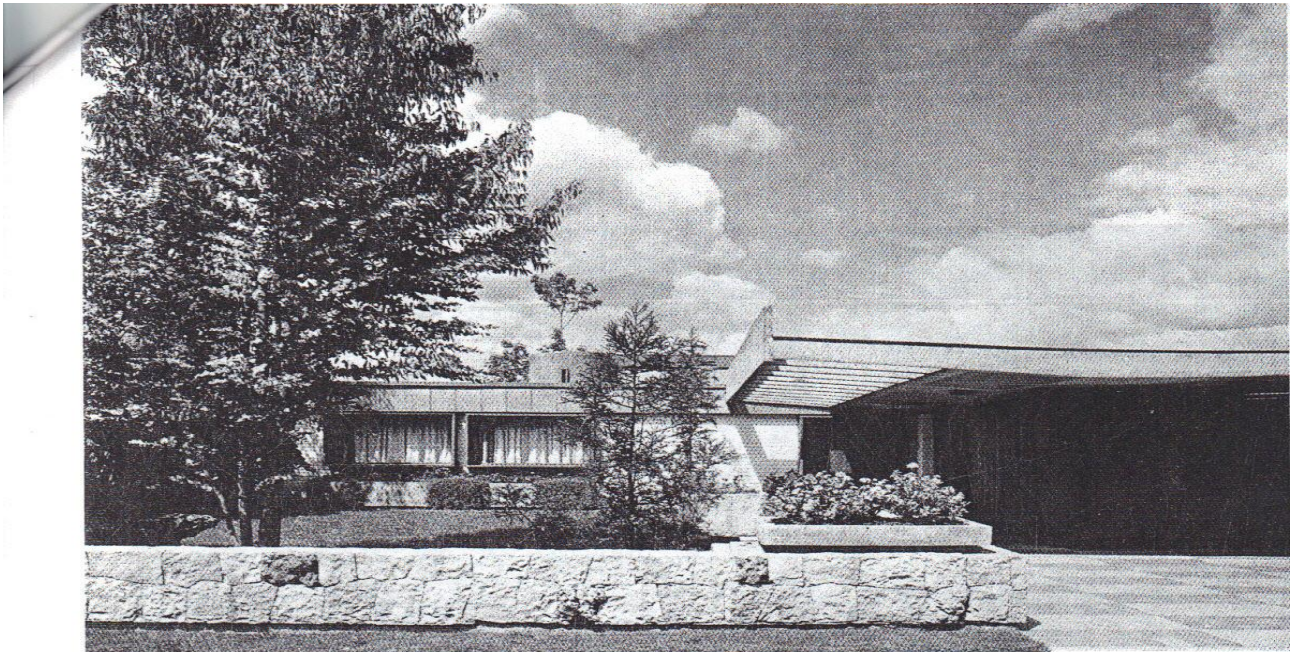


Caricaturas de Vargas Rubiano. 1938.

Residencia en Bogotá. 1959.

Proyecto: H. Vargas Rubiano, Leiva & Cía. arquitectos.
Fotografía: Paul Beer





Para aislamiento del estudio, en altillo diseñó el arquitecto, una escalera plegable en caracol. Sus pasos se cierran en abanico, mediante el movimiento sencillo de palanca manual.

La chimenea del salón, es colgante y además puede girarse. Aspecto característico de la casa es la losa que cubre el garage y el pórtico de entrada.

1. Planta principal
2. Planta altillo: estudio

(Plano tomado de "Arquitectura en Colombia", 1963).

apartamentos

Centro "Saturno", Bogotá. 1977.

Proyecto y construcción: H. Vargas Rubiano e Hijos Ltda.
Arq. Colaborador Gonzalo Vargas Ayala
Diseño: Hernando Vargas Rubiano, arquitecto.
Diseño estructural: Guillermo González Zuleta & Cía. Ltda.
Construcción estructural: CODIS Ltda.
Fotografía: Antonio Nariño

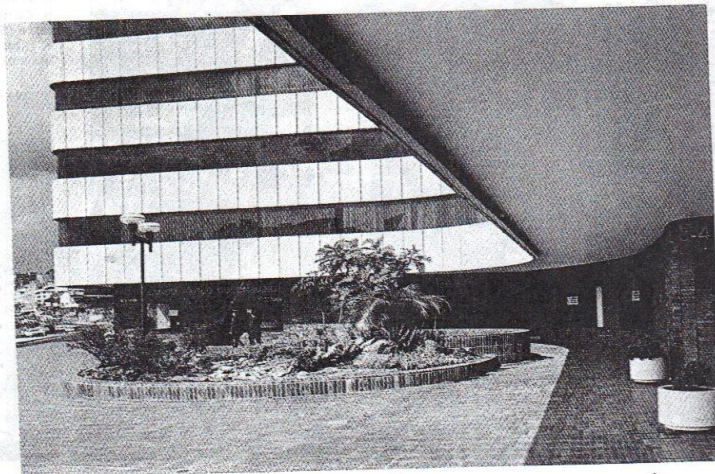
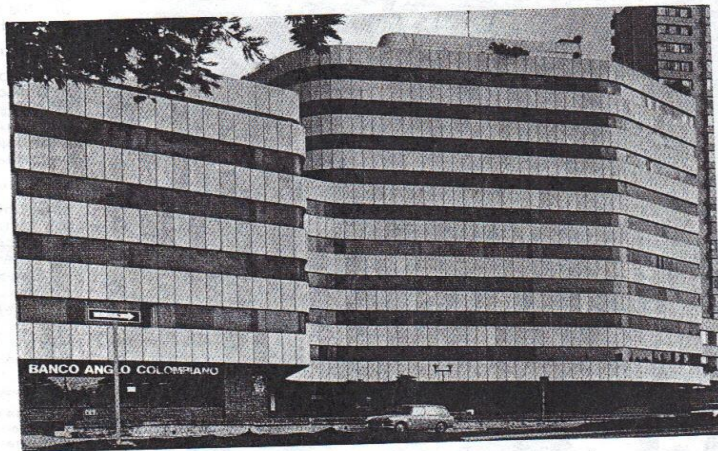
En cinco lotes integrados en la Urbanización "Bosque El Retiro", con frentes sobre la carrera séptima, la carrera sexta y la calle 84 (vía peatonal), se proyectó y construyó este conjunto de vivienda multifamiliar, que consta de 39 apartamentos, 100 puestos de estacionamiento y locales de servicios para la comunidad.

El conjunto comprende tres bloques de apartamentos: el bloque A de 10 pisos y el bloque B de seis pisos, ambos con acceso por la carrera séptima, y el bloque C, de seis pisos, con acceso por la carrera sexta. Los tres bloques se unen interiormente mediante circulaciones cubiertas.

El volumen de diez y seis pisos sobre la carrera séptima, permitió el empuje con los edificios del costado norte y alivió el fuerte contraste con las torres de 26 pisos del costado sur, conformando al mismo tiempo una plazuela peatonal de desahogo sobre la cual se ubicaron en primer piso los locales para servicios de la comunidad.

Los volúmenes fueron resueltos a base de superficies curvas de fachada, las cuales caracterizan el diseño y proporcionan gran variedad de las visuales desde los apartamentos hacia los espacios circundantes.

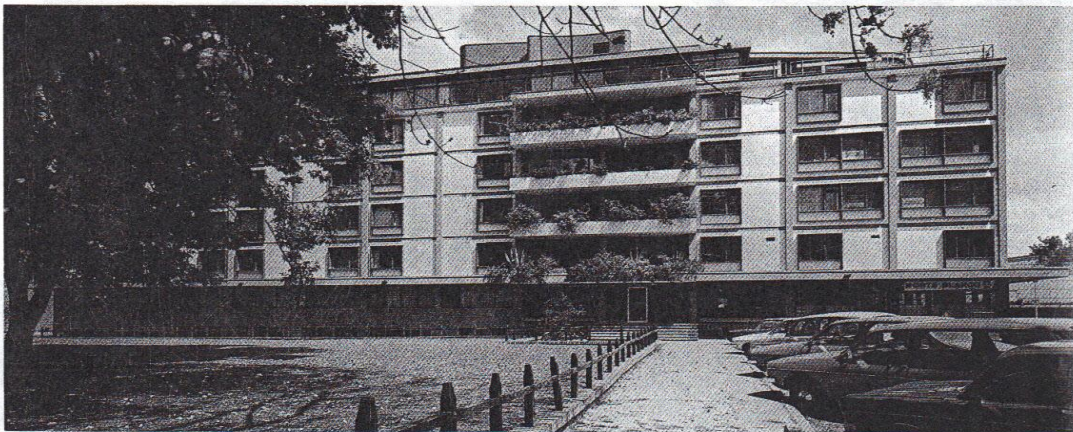
El tamaño del terreno resultante de la integración permitió para las áreas verdes una solución amplia y generosa.



único

Clínica del Country, Bogotá. 1957.

Proyecto: Hernando Vargas Rubiano, arquitecto.
Diseño estructural: Hermes Paixao e Silva, ingeniero.
Construcción: H. Vargas Rubiano, Leiva & Cía Ltda.
Fotografía: Paul Beer (blanco y negro), Antonio Nariño (color).



1. Fachada principal (reciente)
2. Fachada principal
3. Planta baja: entrada (1), cafetería (2), hall (3), consultorios tipo (4) y (5), información y recepción.
4. Planta tipo: cirugía (1) y (2), hall (3), habitaciones (4) y (5).
5. Fachada portería



Casa campesina, I.C.T. 1941.

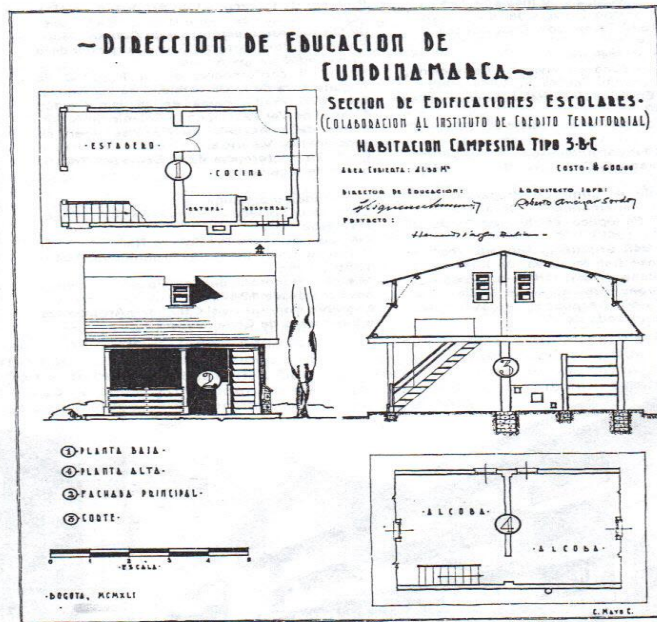
Proyecto: Hernando Vargas Rubiano, arquitecto.

El Instituto de Crédito Territorial, conforme a su título y por voluntad expresa del legislador, se fundó para fomentar técnica y económicamente la vivienda rural y aldeana destinada a familias urgidas de alojamiento conveniente a un mejor pasar. Se buscó de contera frenar las migraciones de campesinos, hacia las ciudades que entonces ya estaban promoviendo los problemas socio-económicos que actualmente y en gran escala padecen nuestros principales centros urbanos.

En sus comienzos el Instituto acató el mandato de la ley con diversas construcciones rurales al tenor de la que aquí se incluye, y que tuvieron, por la perdurabilidad de sus materiales, excelente diseño y economía en su costo, la acogida inmediata y el aprecio de quienes recibieron el favor oficial. Pero esas ocasiones no rindieron a las directivas del Instituto los ansiados dividendos publicitarios, políticos o de prestigio personal y en consecuencia se abandonó el objetivo primordial y el Instituto se transformó en agencia de Crédito inminentemente urbano. Los conjuntos de vivienda urbana no exigen desplazamientos engorrosos y exaltan la acción demagógica pero a la vez son señuelo para los incautos inmigrantes, y así hemos caído en el círculo vicioso: Al mayor número de viviendas urbanas mayores son los éxodos de los campos hacia las ciudades y a mayor población rural pugnando por avecindarse en los centros urbanos más urgencia de alojamiento se requieren. El Instituto ha favorecido con sus obras urbanas a gran número de familias, pero con su política centralizadora ha ocasionado inmensos perjuicios representados en déficit en escuelas, centros de salud, fuentes de trabajo con sus secuelas en desempleo agresividad desenfrenada, tugurios, y vicios.

"El problema de dotar a las clases menesterosas de habitación barata, higiénica y eficiente, es de interés fundamental. En Colombia es el INSTITUTO DE CREDITO TERRITORIAL la

La Vivienda Campesina



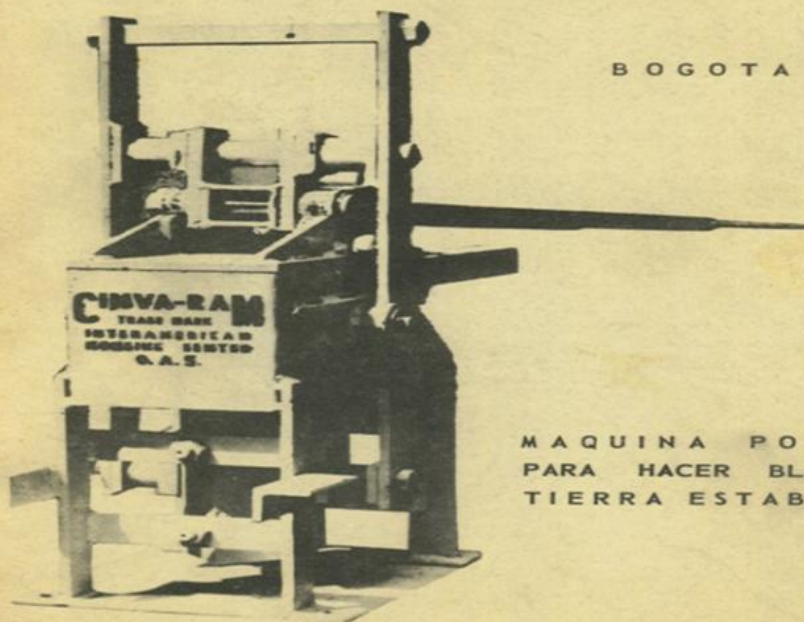
entidad encargada de resolverlo, especialmente en el aspecto rural.

Presentamos una plancha de Casa Económica que el Instituto ha realizado, y cuyo proyecto fue elaborado por el arquitecto de la Universidad Nacional HERNANDO VARGAS RUBIANO.

(Dibujo y texto tomados de INGENIERIA Y ARQUITECTURA Vol IV, número 41, pág. 9). Año de 1942.

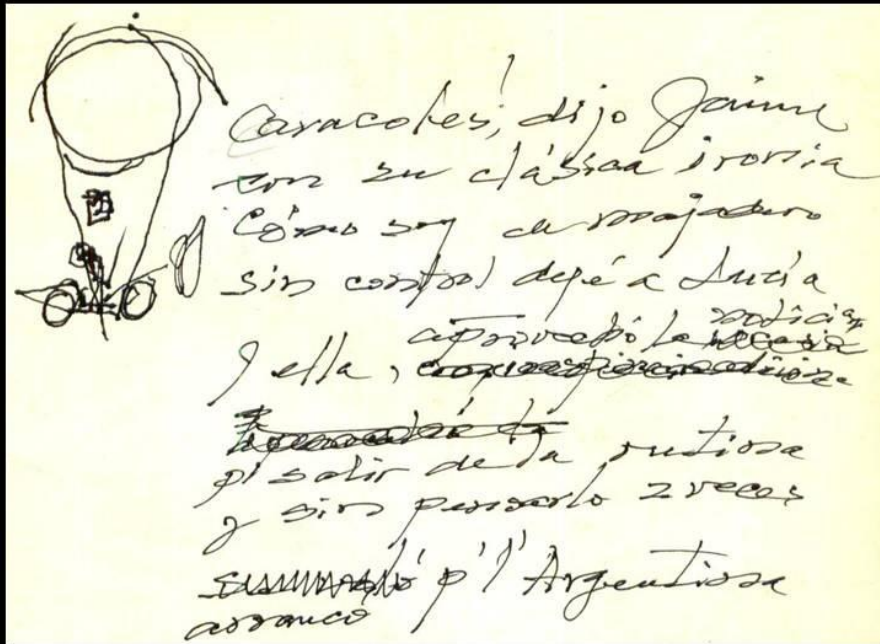
CINVA RAM

BOGOTA 1957



MAQUINA PORTATIL
PARA HACER BLOQUES DE
TIERRA ESTABILIZADA

CENTRO INTERAMERICANO DE VIVIENDA Y PLANEAMIENTO



Dibujo de la "Bivola" hecho por el propio Vargas. Archivo Familiar.



Oficinas de Vargas Rubiano e Hijos en el UGI.



Vargas Rubiano y LeCorbusier analizando el Plan Maestro para Bogotá. Archivo Familiar.



La Hama-carpa. 1987. Archivo Familiar.

